

LAS VENAS DEL SUR

SIGUEN ABIERTAS



Coordina: Emiliano López

Escriben: Utsa Patnaik, Prabhat Patnaik, John Smith, E. Ahmet Tonak,
Atilio Boron y Gabriel Merino

**BATALLA DE
IDEAS**

tricontinental
Instituto Tricontinental de Investigación Social

Las venas del sur siguen abiertas.

Debates sobre el imperialismo de nuestro tiempo

Coordinador: Emiliano López

Colección Teoría Crítica desde el Sur



*Se autoriza la reproducción parcial o total,
siempre y cuando sea sin fines de lucro y se cite la fuente*

Traducción: Luján Veiga

Corrección: Fernando Vicente Prieto

Diseño interior: Daniela Ruggeri

Arte de tapa: Daniela Ruggeri

Editor responsable: Fernando Vicente Prieto

Batalla de Ideas Ediciones

Uruguay 37 - C1015AAA - CABA, Argentina

editorialbatalladeideas@gmail.com

**Instituto Tricontinental de Investigación Social
Oficina Buenos Aires**

Mitre 811 4º F, CABA, Argentina

eltricontinental.org

ISBN: 978-987-47620-0-9

Impreso en Argentina, junio 2020.

Hecho el depósito que marca la ley 11.123

Las venas del sur siguen abiertas : debates sobre el imperialismo de nuestro tiempo /
Atilio A. Boron ... [et al.] ; coordinación general de Emiliano López. - 1a ed. - San
Telmo / Buenos Aires : Batalla de Ideas ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Tricontinental Instituto de Investigación Social, 2020.
184 p. ; 23 x 16 cm. - (Teoría crítica desde el Sur)

ISBN 978-987-47620-0-9

1. Economía. 2. Ciencia Política. I. Boron, Atilio A. II. López, Emiliano, coord.
CDD 338.982

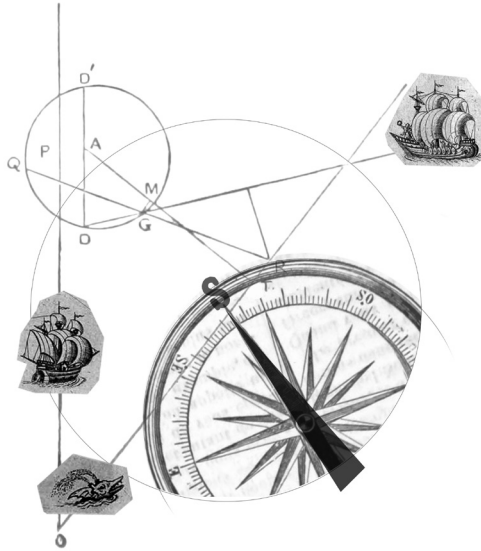
Colección

**Teoría crítica
desde el Sur**

Emiliano López
(coordinador)

las venas del sur siguen abiertas

debates sobre el imperialismo de nuestro tiempo



Escriben: Utsa Patnaik, Prabhat Patnaik, John Smith,
E. Ahmet Tonak, Atilio Boron y Gabriel Merino

**BATALLA DE
IDEAS**

tricontinental
Instituto Tricontinental de Investigación Social

Índice

<u>Introducción</u>	7
<i>Emiliano López</i>	
<u>Imperialismo en la era de la globalización</u>	12
<i>Utsa Patnaik y Prabhat Patnaik</i>	
<u>Explotación y superexplotación en la teoría del imperialismo</u>	32
<i>John Smith</i>	
<u>El moribundo capitalismo competitivo</u>	77
<i>E. Ahmet Tonak</i>	
<u>Notas sobre imperialismo y la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos</u>	97
<i>Atilio A. Boron</i>	
<u>La reconfiguración imperial de Estados Unidos y las fisuras internas frente al ascenso de China</u>	145
<i>Gabriel E. Merino</i>	

Introducción

Una caja de herramientas para cerrar nuestras venas

*No asistimos en estas tierras a la infancia salvaje del capitalismo,
sino a su cruenta decrepitud.*

Las venas abiertas de América Latina, Eduardo Galeano

*Allí pernoctó el Cerco: al alba reptó hacia el cañón por donde fuga la
carretera a Huánuco. Dos infranqueables montes vigilan el desfiladero:
el rojizo Pucamina y el enlutado Yantacaca, inaccesibles para los
mismos pájaros. El quinto día, el Cerco derrotó a los pájaros.*

Redoble por Rancas, Manuel Scorza

El concepto de imperialismo tiene mala prensa. Sin duda, en el mundo intelectual y académico hegemónico se lo trata como un término *demodé*, centralmente ideológico y con escasa capacidad explicativa de nuestra realidad actual. En esta «Era de la Globalización» no necesitamos reeditar categorías de otros momentos históricos que nos llevarían a viejas recetas para mejorar la vida de nuestros pueblos, sino más bien reconocer el tiempo que vivimos y hacer primar el realismo.

Aun cuando puede estar motivada por nobles intenciones, esta visión nos inmoviliza y nos conduce a dejarnos convencer de que este mundo desigual solo puede transformarse en su dimensión molecular. Sin embargo, es parte del triunfo del

modelo civilizatorio occidental y capitalista, luego de la caída del Muro de Berlín, que buena parte del pensamiento crítico haya abandonado ciertas categorías en pos de explicaciones más amigables con el *establishment* académico y político de nuestro tiempo.

Miremos por donde miremos en el Sur Global, encontramos situaciones que requieren explicaciones globales. La apropiación de bienes comunes en África y América Latina, la expansión de los talleres textiles en condiciones infrahumanas de trabajo en Asia, el dominio de la producción de los países del Sur de Europa y Norte de África por empresas radicadas en Alemania y Francia; la dominación del Estado de Israel sobre Palestina; la imposición de la propiedad privada sobre espacios comunales transformándolos en espacios para la acumulación de capital; las innumerables intervenciones militares en Oriente Medio; la imposición del *American Way of Life* a través de la industria cultural estadounidense; no son más que expresiones de que el capitalismo global es, a decir de Samir Amin, un «sistema desigualador entre países y regiones». Esta desigualdad no es una abstracción, no es pura elucubración teórica, sino que se vive en los cuerpos de los oprimidos y oprimidas del Sur.

Es por ello que consideramos que la categoría más adecuada para entender esta desigualdad global es el imperialismo. Consideramos urgente volver a darle contenido, actualizado a nuestros tiempos y a nuestras luchas, a un concepto potente en términos explicativos e históricamente asociado a las luchas de los pueblos por la liberación. Es tanto concepto como categoría nativa de nuestros proyectos de emancipación del Sur.

La trayectoria de este concepto teórico-político es ampliamente difundida. Hacia fines del siglo XIX Gran Bretaña conoció su período de expansión capitalista más intenso. Luego de sufrir una crisis económica de peso, el reimpulso de su propio capitalismo implicó una nueva oleada de expansión global de la civilización capitalista occidental. Aquí la novedad más

significativa en relación a las prácticas coloniales previas fue que la expansión respondió, sobre todo, a las necesidades de la acumulación de capital de los centros industriales de Europa. Como lo ha señalado Hobson, un liberal crítico de las imposiciones del gobierno inglés al resto del mundo, «todos los hombres de negocios admiten que el crecimiento de los poderes productivos en sus países excede el crecimiento del consumo, que se pueden producir más bienes que los que pueden ser vendidos con ganancias, y que existe más capital que el que puede ser invertido rentablemente. Esta situación económica es la que forma la raíz del Imperialismo».

Esta lectura motivó a los pensadores marxistas como Lenin, Rosa Luxemburgo, Kautsky, entre otros, a poner el ojo sobre esta nueva etapa que se abría en el mundo. El trabajo de Lenin *El imperialismo, fase superior del capitalismo* marcó sin duda un antes y un después en la discusión sobre el imperialismo. Este concepto no solo era explicativo de la concentración del poder y de los ingresos en los países del norte, sino que era un mecanismo de concentración y monopolización del capital, basado en la exportación de capital desde los países imperialistas hacia las periferias del mundo, favorecido por el desarrollo del capital financiero y, al mismo tiempo, apropiando los recursos provenientes del Sur para garantizar las condiciones de producción del Norte.

En buena medida, podemos ver a estos años de expansión global del capital del Norte, en particular del inglés, como un fárrago de capitalismo y coloniaje. De hecho buena parte de la operatoria de este supuesto proceso civilizatorio del Norte se basó en la liberalización económica y la dependencia política de una gran parte del mundo. Asia, África y Oriente Medio fueron parcelados como propiedad de diferentes países imperialistas de Europa. Así, una cuarta parte del mundo se distribuyó en colonias donde se impuso a sangre y fuego el nuevo deber ser de las corporaciones capitalistas transnacionales. En el caso de América Latina, el imperialismo tomó la forma de dependencia económica en un marco de presunta independencia política nacional. Tal como lo presentaba Manuel Scor-

za en su magnífica y desgarradora historia, el capital extranjero se instaló en nuestras tierras apropiándose del agua, de los cerros y hasta de la vida misma.

Más allá de esta expansión, el capital global entró en una nueva y terrible fase de crisis. Una guerra sin precedentes hasta el momento, que destruyó a los centros del imperialismo clásico, fue la expresión más deshumanizante de esta nueva fase de desarrollo del orden mundial desigualador. Es en ese contexto que surge una nueva hegemonía global que termina de consolidarse luego de la Segunda Guerra Mundial: Estados Unidos. Lejos de intentar atizar el conflicto entre potencias, Estados Unidos logró ser el mejor representante del capital estadounidense y del capital global por al menos 50 años. Apostó a la reconstrucción de Europa para lograr mercados rentables para su expansión industrial doméstica, viabilizó negociaciones para impulsar flujos de inversiones productivas en los países del Sur, exportó sus patrones culturales de consumo por el mundo, participó abiertamente en los operativos militares contra los proyectos de izquierda de varios países e impuso regímenes dictatoriales en una variedad de países del Sur. Como ha dicho oportunamente el historiador Perry Anderson, Estados Unidos basó su nueva lógica imperial en una combinación de la fortaleza productiva de su economía, su capacidad de dominio militar y su capacidad hegemónica a través de la legitimidad que logró su democracia y su modelo cultural. Es, en buena medida, «un guante de terciopelo que tiene dentro una mano de hierro».

Más allá de este éxito del imperialismo norteamericano, las resistencias populares en todo el Sur global en la década de 1960, la Revolución Cubana, la derrota del imperio en Vietnam, marcaron una nueva crisis política de ese orden desigualador mientras se desarrollaba una nueva crisis económica global, quizá una de las más significativas para explicar el mundo que hoy vivimos.

La crisis de la década de 1970 encontró, nuevamente, una salida en el imperialismo recargado. Neoliberalismo e impe-

rialismo se hermanaron para dar lugar a un nuevo ciclo de imposiciones financieras, productivas y militares desde el Norte hacia el Sur. El nuevo (des)orden global nacido de esa crisis capitalista de los años 70 del siglo pasado multiplicó las desigualdades previamente existentes y generó una tendencia a la financiarización y al saqueo sin precedentes. Luego de declarar la «muerte de las ideologías» y el «fin de la historia» a favor de un nuevo mundo global libre, democrático y capitalista, el supuesto nuevo siglo norteamericano está, nuevamente, en una crisis innegable. Pero esta crisis no tiene como contracara necesaria condiciones de mayor dignidad para los pueblos del Sur. Por el contrario, la crisis del imperialismo norteamericano acentúa la barbarie: interviene militarmente de manera directa en Medio Oriente, multiplica sus imposiciones financieras, absorbe las masas de capital del mundo y las convierte en capital financiero, desarrolla nuevos formatos de guerra híbrida contra los países que no quieren ceder su soberanía, desde Siria a Venezuela.

Este libro intenta, desde el diálogo y el debate colectivo, construir una nueva lectura acerca del imperialismo de nuestro tiempo. Es una caja de herramientas para entender el tiempo que nos toca y renovar nuestro compromiso militante en contra de todas las formas de opresión. Comprender cómo opera hoy el imperialismo, a través de qué mecanismos, delimitar la profundidad de su crisis y las posibilidades de hegemonías alternativas, permite reeditar el compromiso con la liberación de nuestros pueblos desde el Sur Global. Permite pensar que, en buena medida, debemos cerrar el desangre que implica la expoliación de nuestros cuerpos, de nuestra cultura, de nuestros bienes comunes y de nuestro trabajo. Permite reconstruir un piso histórico sobre el cual pararnos. El Che lo sintetizaba en que, más allá de los desacuerdos tácticos, «en cuanto al gran objetivo estratégico, la destrucción total del imperialismo por medio de la lucha, debemos ser intransigentes».

Incluimos aquí cinco capítulos que atraviesan una variedad de puntos de debate contra las lecturas celebratorias de la glo-

balización neoliberal, contra el «no hay alternativa». Ponen en tela de juicio el rol que le otorgan los países imperialistas a nuestras economías del Sur como garantizadas de alimentos baratos, las nuevas (viejas) formas de la explotación laboral, las características de la competencia entre capitales a escala global, la nueva estrategia militar de Estados Unidos en el contexto de crisis de su proyecto hegemónico y los puntos nodales para interpretar la sucesión hegemónica que vivimos como una oportunidad a la vez que un gran riesgo.

Esperamos que estas líneas sean un aporte para comprender la monstruosidad del enemigo, pero a la vez nos lleven a profundizar nuestras herramientas y fortalecer nuestras trincheras. Porque, en definitiva, por más terrible que sea la operatoria del enemigo, siempre lucharemos por nuestros sueños de justicia, como nos planteaba el poeta palestino Samih Al-Qassem en su *Informe de una bancarrota*:

... así apagues tus fuegos en mis ojos,
 así me llenes de angustia,
 así falsifiques mis monedas,
 o cortes de raíz la sonrisa de mis hijos,
 así levantes mil paredes,
 y clavetees mis ojos humillados,
 enemigo del hombre,
 no habrá tregua
 y habré de pelear hasta el fin.

Emiliano López

Junio de 2020

Instituto Tricontinental de Investigación Social

Imperialismo en la era de la globalización¹

Por Utsa Patnaik y Prabhat Patnaik

Introducción

El capitalismo es principalmente un sistema monetario donde una gran parte de la riqueza es producida en forma de dinero, o como activos nominados en dinero, llamados activos financieros. Para que el sistema funcione es esencial que el valor del dinero no decaiga en relación con las mercancías; de otra forma, la gente abandonaría la tenencia de dinero y dejaría de ser no sólo una forma de riqueza sino incluso medio de circulación.

El capitalismo asegura la estabilidad del valor del dinero de varias maneras. Una es el mantenimiento de un vasto ejército de reserva de fuerza de trabajo, no solo dentro de la metrópolis sino también en el tercer mundo. Este ejército de reserva «distante» mantiene bajos los salarios nominales locales y por lo tanto los precios de las mercancías que allí se producen y también los salarios nominales de los trabajadores en la metrópolis, que están amenazados con la desocupación a través

¹**Nota del editor.** Este artículo fue autorizado para ser incluido en este libro por los editores de *Monthly Review*. Agradecemos profundamente a los autores y a los editores de la mencionada revista la posibilidad de incluir este valioso artículo en nuestra publicación. La versión original del texto se encuentra en Patnaik, U. y Patnaik, P. (2015). Imperialism in the Era of Globalization. *Monthly Review*, 67(3), Julio-Agosto.

de la fuga de capitales al tercer mundo en caso de insistir con salarios más altos.

Estos ejércitos de reserva, sin embargo, no son suficientes. Incluso si no hay un incremento autónomo en los precios de las materias primas y salarios nominales debido a su existencia, ciertos productos escasos igualmente sufrirían un aumento a medida que la acumulación del capital incrementa su demanda. La amenaza que esto trae al valor del dinero también debe ser evitada y esto se logra restringiendo la demanda de dichas mercancías por fuera del sector capitalista, a través de un estrangulamiento del poder adquisitivo de las masas (esto es, imponiendo una «deflación de ingresos»). Dos instrumentos típicos de dicha «deflación de ingresos» históricamente han sido el desvío sin ningún *quid pro quo* de la plusvalía producida allí (economistas anticoloniales indios lo han llamado la «fuga de riqueza») y la destrucción de la pequeña producción a través de importaciones de la metrópolis capitalista (lo que los mismos autores han llamado «desindustrialización»), que ha creado el «distante» ejército de reserva por primera vez. Toda esta disposición, que abarca el mundo fuera del propio capitalismo, constituye el «imperialismo». No termina con el colonialismo; por el contrario, su importancia aumenta con la «financiarización» cuando la estabilidad del valor del dinero se vuelve un asunto de preocupación principal y creciente (de aquí surge la actual obsesión con las «metas de inflación»).

El imperialismo como un acuerdo se ha hecho, por otra parte, invisible en la disciplina económica, aun para sus mejores predicadores y aun durante en el período colonial. Nada menos que John Maynard Keynes, en su clásico trabajo *Las Consecuencias Económicas de la Paz*, donde habla de la economía de El Dorado² que representaba la Europa de Pleguerra, falla en mencionar que El Dorado descansaba sobre un marco elaborado por el imperialismo. El acceso de Europa a la comida desde el «Nuevo Mundo», un importante aspecto de la economía de

²N.d.T. Keynes se refería a una situación económica utópica e ideal que era la propuesta por el liberalismo de pleguerra.

El Dorado, no habría sido posible si esta comida no hubiera sido pagada a través de un arreglo intrincado, esto es, por la apropiación británica gratis de una parte de la plusvalía de sus colonias y semicolonias («fuga de riqueza») y por la exportación de bienes manufacturados a sus colonias y semi-colonias a expensas de sus productores locales («desindustrialización»)³.

El imperialismo, sin embargo, no es solo un fenómeno limitado a la historia. Necesariamente subyace, como ya fue mencionado, al capitalismo en todas sus épocas, incluyendo la era actual de la globalización. Analicemos el asunto en detalle.

I

Los economistas siempre han estado obsesionados con el espectro de los «rendimientos decrecientes». Ricardo ha visto ilustremente los «rendimientos decrecientes» en la agricultura conducir a una caída progresiva en la tasa de ganancia, un giro progresivo de los términos de mercado entre manufactura y agricultura en favor del último y el eventual desenlace de un estado estacionario donde un mayor crecimiento se vuelve imposible. Incluso Keynes en el trabajo mencionado anteriormente veía los «rendimientos decrecientes» en la producción de alimentos como un debilitamiento de El Dorado aun si la guerra no lo hubiera hecho. Y aun así ninguno de estos miedos se han vuelto realidad. Los términos de intercambio entre la industria manufacturera y la agricultura han mostrado una tendencia secular a girar en contra, más que a favor, del último; y mientras la tasa de crecimiento bajo el capitalismo se ha venido abajo últimamente, esto no tiene nada que ver con ninguna caída de la tasa de ganancia causada por los «rendimientos decrecientes». Asimismo, el mundo capitalista

³Para el rol de dicha «fuga de plusvalía» y «desindustrialización», ver Bagchi (2006) y Panaiik, Utsa (2006).

avanzado no tiene dificultades para satisfacer sus necesidades alimenticias, contradiciendo los miedos de Keynes. ¿De qué manera, entonces, explicamos este contraste entre miedos y realidad?

No podemos simplemente afirmar que los «rendimientos decrecientes» son un mito. La limitación de la extensión de la tierra es, sin duda, una realidad material a tener en cuenta. La extensión de la tierra por supuesto puede ser aumentada, en unidades efectivas, a través del progreso tecnológico o a través de ciertos tipos de inversión, como la irrigación, que hace posibles múltiples cultivos. En otras palabras, las medidas para «incrementar la tierra» son ciertamente posibles. Pero en su ausencia, las limitaciones del tamaño de la tierra crecerán en el tiempo, a medida que la demanda aumente, el «costo real» de la producción agrícola (para usar los términos de Keynes), que significa que, para una cantidad dada de salarios nominales y precios monetarios de otros insumos, el precio de oferta de esta producción aumentará en el tiempo.

Un aumento así en el precio de oferta crea, sin embargo, serios problemas para el capitalismo. Estos surgen no por una tasa de ganancia decreciente o un desplazamiento hacia un estado estacionario como Ricardo temía. Dichos temores se relacionaban en cualquier caso con perspectivas a largo plazo. Incrementar el precio de oferta, hasta ser traducido en un aumento de precio, socava el valor del dinero y eso es un serio e inmediato problema para el capitalismo. Si los tenedores de riqueza creen que el valor del dinero en términos de mercancías va a caer en el tiempo, entonces nadie mantendrá riquezas en su forma dinero.

Sin embargo puede pensarse que, puesto que todas las demás mercancías excepto el dinero tienen costos de transporte, un cambio de dinero hacia otra mercancía como forma de mantener la riqueza, solo tendrá lugar si se espera alguna mínima tasa de inflación en esa mercancía que supere su costo de transporte; y si este umbral de tasa de inflación no es alcanzado, entonces no ocurrirá un giro de dinero hacia esta mercancía.

Pero dos puntos deben ser observados aquí. Uno, si algunas personas esperan que el índice de inflación exceda el índice de costos de transporte sobre una mercancía, incluso cuando la mayoría no lo haga, entonces cambiaría su tenencia de dinero a esa mercancía; esto, sin embargo, forzaría la suba del precio de esa mercancía y haría que más gente también cambie de la forma dinero a esa mercancía por las expectativas revisadas respecto al precio; y así sucesivamente. Y si por la suba del precio de oferta nadie espera que el precio de la mercancía caiga, entonces un proceso inflacionario comienza y va a eliminar la forma dinero de su rol de forma riqueza.

Segundo y más importante, dentro de las tierras para agricultura, la masa de tierra tropical ocupa una posición especial. Su extensión es absolutamente fija (en ausencia de medidas de «aumento de tierra») pero produce una variedad de productos para el capitalismo que simplemente no son producibles en ningún otro lugar, aunque son de vital importancia para él. De hecho, la materia prima central para la revolución industrial original que puso a andar al capitalismo, el algodón crudo, no era producible en la metrópolis, podía producirse solamente en las regiones tropicales y subtropicales. Por lo tanto, como la acumulación procede en la metrópolis, el precio de oferta de una serie de mercancías que pueden producirse en las masas fijas de tierra tropical se disparará. El consecuente índice de inflación superará por lejos cualquier margen para cambiar de dinero a mercancías.

Tal aumento del precio de oferta, por lo tanto, es fundamentalmente incompatible con el rol del dinero como una forma de tenencia de riqueza. Y ya que incluso tener dinero con fines de transacción implica una tenencia de riqueza en forma dinero, no importa por qué momento fugaz, cualquier cosa que elimine el dinero como una forma de riqueza, *ipso facto* también elimina el dinero como un medio de circulación y por lo tanto hace una economía monetaria imposible. Dicho precio de oferta creciente, por lo tanto, es fundamentalmente incompatible con la economía monetaria.

Es esencial para la viabilidad del sistema capitalista que este fenómeno de aumento del precio de oferta no se manifieste. Y esto es exactamente lo que ha ocurrido a lo largo de la historia del capitalismo, que es la razón por la cual los pronósticos ricardianos o incluso las anticipaciones keynesianas nunca se materializaron. No se han materializado, no porque los rendimientos decrecientes sean un mito, sino porque el capitalismo ha dirigido los recursos hacia otras formas para asegurar que ellos no se materialicen.

El imperialismo es ese dispositivo que asegura que el fenómeno del aumento del precio de oferta no se manifieste realmente. De hecho, como veremos, no es solo un dispositivo posible, sino *el* dispositivo típicamente utilizado por el capitalismo para este propósito, de donde se sigue que el imperialismo es inmanente en su propia forma dinero. Veamos por qué y cómo el imperialismo se vuelve relevante para todo este asunto.

II

Discutamos la agricultura antes de llegar a las industrias extractivas, cuyo caso es similar. El tamaño fijo de la dotación de tierra tropical no sería un problema si la inversión en aumento de tierra o el progreso técnico para el aumento de tierra pudiera tener lugar a un punto suficiente para compensar el incremento del precio de oferta. Pero éstos típicamente requieren inversión pública. La irrigación en las regiones tropicales para cultivos múltiples, como señaló Marx (2006) hace tiempo, requiere del Estado, ya que la escala de inversión excede por lejos lo que es posible o incluso rentable para un productor individual, que típicamente es el pequeño productor (aun cuando Corporaciones Multinacionales desarrollan y diseminan nuevas variedades de semillas y otros insumos que pueden aumentar los rendimientos, el grado al que llegan estas innovaciones adoptadas depende de la disponibilidad de créditos subsidiarios y otros insumos que provee el Estado). Pero donde el Estado está limitado a seguir el principio de «fi-

nanzas sólidas», como fue el caso de los países tropicales antes de la descolonización, cuando el Estado intentó balancear su presupuesto, y como es el caso otra vez bajo la globalización cuando la «responsabilidad fiscal», en el sentido de un 3 por ciento o menos del ratio déficit fiscal sobre PBI, se ha vuelto la «norma», dichas iniciativas desde el Estado se tornan visibles por su ausencia. La tendencia espontánea bajo el capitalismo (o sea, exceptuando su fase transitoria poscolonial dirigida) es evitar «el aumento de tierra».

Prevenir que se manifieste el incremento del precio de oferta, por lo tanto, normalmente toma la forma de suprimir la demanda *ex post* para tales mercancías, aun si su demanda *ex ante* aumenta. El no incremento en la demanda *ex post*, en efecto, significa que el fenómeno de aumento del precio de oferta no pueda manifestarse.

La supresión de la demanda *ex post* puede en sí misma realizarse de dos maneras: una es a través de lo que Keynes llamó «inflación de ganancias»; esto es un aumento en los precios en relación a un nivel dado de salarios nominales e ingresos nominales de los trabajadores; la otra es a través de lo que podría llamarse «deflación de ingresos», o sea una caída de los salarios e ingresos monetarios de los trabajadores para los precios dados. La primera de estas implica de nuevo una amenaza al valor de la moneda y por lo tanto a la estabilidad del sistema monetario. Es cierto, uno puede imaginarse una situación donde la inflación de ganancias es localizada, sin representar una amenaza a las monedas metropolitanas, es decir, donde el aumento de precios relativo a salarios nominales ocurre en un país particular no metropolitano o un grupo de países cuyo tipo de cambio se deprecia *vis-à-vis* las monedas metropolitanas. Pero aun esa inflación localizada de ganancias necesariamente socavaría el valor de la moneda local y así destruiría el sistema monetario local; y, más aun, produciría una fuga de dinero a mercancías dentro de ese grupo de países que podría aumentar el precio de algunas mercancías incluso en términos de monedas metropolitanas y por lo tanto causar problemas por el valor de la moneda en la metrópolis. Por

ende, aunque dicha inflación de ganancias sí ocurre, los medios más favorables para suprimir las demandas *ex post* bajo el capitalismo que permiten prevenir la manifestación de los incrementos del precios de oferta, son los centrados en la deflación de ingresos. Una gama completa de instrumentos es usada para asegurar que las demandas *ex post* para las mercancías con precios de oferta en aumento sean suprimidas, a través de una compresión de ingresos de dinero del pueblo trabajador⁴.

Surge la pregunta: ¿trabajadores de qué lugar? La preservación del valor de dinero en la metrópolis a través de prevenir cualquier manifestación del aumento del precio de oferta puede asegurarse a través de imponer una deflación de ingresos sobre cualquier segmento de la población trabajadora que demande la mercancía particular. En otras palabras, la deflación de ingresos puede ser impuesta sobre los trabajadores tanto en la metrópolis como en la periferia (o ambos); en cualquier caso, servirá para su propósito. Pero parece irreal imaginar que los trabajadores en la periferia serían perdonados mientras aquellos en la metrópolis serían aplastados. En todo caso, la estabilidad social del capitalismo metropolitano requerirá justamente lo contrario: concretamente, cambiar las cargas de la deflación de ingresos tanto como sea posible a la periferia. Por lo tanto, aparece la conclusión: el capitalismo metropolitano necesariamente impone la deflación de ingresos sobre los trabajadores de la periferia, incluye hasta los más pequeños productores cuyos productos están sujetos a incrementos en el precio de oferta *ex ante* (esto es, tasas invariantes de ingresos monetarios para ellos).

El hecho de que el capitalismo metropolitano necesariamente impone la deflación de ingresos sobre la clase trabajadora de la periferia permanece inalterado sin importar sobre qué fase del capitalismo hablemos; y sin importar qué más sucede en esa fase. Es una característica definitoria del imperialismo. En un mundo exclusivamente capitalista donde

⁴ Para una discusión en el contexto indio, ver Patnaik, Utsa (2007).

incluso las actividades con «rendimientos decrecientes» están dentro del sector capitalista, tal como lo previó Ricardo, el término «imperialismo» no tendría sentido; la deflación salarial dentro del capitalismo será entonces la única forma de deflación de ingresos. Pero cuando hay otros modos de producción y clases que tienen una existencia espacial distinta (como las masas de tierra tropical o la periferia en general, distintas del capitalismo metropolitano, que está principalmente localizado en las regiones templadas), entonces la imposición de la deflación de ingresos tiene también una dimensión espacial; y esta espacialidad ha sido tradicionalmente referida a —capturada por— el término imperialismo.

En el período actual, cuando el peso de las finanzas ha aumentado, la urgencia por preservar el valor de dinero se ha vuelto aún mayor. Así, la necesidad de imponer la deflación de ingresos en general, y sobre los trabajadores de la periferia en particular, se ha vuelto incluso más significativa. Que un segmento de la burguesía de la periferia se haya integrado con el capital metropolitano, que algunos países en la periferia hayan experimentado un alto «crecimiento», que los trabajadores en la metrópolis estén ahora viviendo la deflación de ingresos en una escala mucho mayor que antes, son todas diferencias para ser registradas con respecto al mundo capitalista contemporáneo en contraste con su pasado. Pero habiéndolos registrado, debemos también dejar en claro que no diferencian ni una pizca la realidad del imperialismo; esto es, el hecho de la imposición de la deflación de ingresos por el capital metropolitano sobre los trabajadores de la periferia.

A algunos puede parecerle que esta realidad del imperialismo está solo en foco cuando miramos a la esfera limitada de la agricultura, como hemos estado haciendo hasta ahora. Dejando de lado el hecho que, en la imagen global, esa esfera está lejos de estar limitada, todo lo que se ha dicho hasta aquí sobre la agricultura, especialmente los productos de la masa de tierra tropical, es igualmente válido para las industrias extractivas. La imposición de la deflación de ingresos sobre los trabajadores de la periferia es también un medio para garanti-

zar que el problema del aumento del precio de oferta no se manifieste con respecto a los productos de industrias extractivas.

Las industrias extractivas, sin embargo, tienen una especificidad adicional, especialmente se diferencian con una masa de tierra cultivada por un gran número de campesinos, pues los minerales se encuentran en locaciones específicas cuyas propiedades pueden ser fácilmente monopolizadas. El capital metropolitano, por lo tanto, siempre intenta monopolizar esta propiedad. En un período de rivalidad interimperialista, tal como expuso Lenin, hay rivalidad entre los diferentes segmentos del capital metropolitano para adquirir la propiedad, no solo de fuentes minerales actuales sino incluso de fuentes potenciales. Pero en períodos como el presente, la globalización, provocando la formación de un capital financiero internacional (diferenciado del mero acuerdo internacional entre capitales financieros nacionales, tal como Karl Kautsky había visualizado), generalmente silencia las rivalidades interimperialistas, incluyendo la rivalidad por la propiedad y el control sobre las fuentes actuales y potenciales de riqueza mineral.

Estar bajo el régimen neoliberal, en lugar de estar bajo el control del Estado de la periferia, es en lo que generalmente se ponen todos los matices del capital metropolitano.

III

El antiguo imperialismo, el imperialismo con colonias, usaba el Estado colonial para imponer la deflación de ingresos sobre los trabajadores de la periferia, para que la absorción de lo que la periferia misma producía pudiera ser restringida y las mercancías así pudieran ser realizadas directamente en la metrópolis, o bien pudieran dar lugar a la producción de otras mercancías demandadas por la metrópolis, hacia las cuales podría destinarse la tierra que hasta ahora era usada para esa producción. Las dos formas principales de deflación de ingresos eran: el sistema tributario colonial, con una gran parte de ingresos destinados a comprar estas mercancías provenientes

del «drenaje de excedente» que el poder colonial permitía de manera gratuita; y la creación de desempleo a través de la destrucción de artesanías locales por importaciones desde la metrópolis, esto es, el proceso de «desindustrialización» mencionado previamente. La «desindustrialización» también libera directamente mercancías que hasta ahora eran absorbidas localmente, como las materias primas usadas en la producción textil y alimentos que se habían vuelto la subsistencia de los ahora desplazados pequeños productores.

El viejo imperialismo tenía la «ventaja» de que el poder gobernante metropolitano de la época, Gran Bretaña, podía mantener su economía abierta a los bienes de los países recientemente industrializados, sin endeudarse (por el contrario, se volvió el capital exportador más grande en los años anteriores a la Primera Guerra). Por al menos cuatro décadas, hasta 1928, India tenía el segundo excedente de exportación más grande del mundo (después de EE. UU.); y esto a pesar de la importación de bienes que causaba la desindustrialización doméstica. Pero este excedente de exportación fue enteramente apropiado por Gran Bretaña no solo para pagar su déficit contable actual con la Europa continental, Norteamérica y las regiones del reciente asentamiento europeo, sino también para permitir exportar capital a estas regiones. Esto contrasta con la posición del poder metropolitano gobernante de hoy, Estados Unidos, que es también el país más altamente endeudado en el mundo, con un crecimiento de deuda acelerado. La diferencia entre las dos situaciones surge porque los mercados coloniales y el «drenaje» colonial no pueden jugar más el mismo rol que antes, aunque sin dudas el fenómeno de la invasión de mercados y el drenaje de excedente continua, el último en la forma de súper ganancias que surgen del monopolio tecnológico, ahora institucionalizado por el Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (Acuerdo sobre los ADPIC o, en inglés, TRIPS Agreement).

La importancia reducida del drenaje de excedente y de los mercados de la periferia surge no solo por la descolonización política, sino también porque el alcance de sucesivas invasio-

nes sobre estos mercados que ya han sido penetrados es limitado, mientras que las actuales necesidades del capitalismo metropolitano son enormes.

En el capitalismo contemporáneo, en contraste con el período colonial, la ejecución de políticas neoliberales es el medio principal para imponer la deflación de ingresos sobre la clase trabajadora de la periferia. Hay por lo menos cinco maneras obvias en las cuales estas políticas provocan la deflación de ingresos para los trabajadores en la periferia. La más evidente es a través de un incremento masivo en las desigualdades de ingreso. Las grandes reservas de trabajo que existen en la periferia en países como India, China, Indonesia y Bangladesh, lejos de mantenerse estable, aumentan en realidad en tamaño relativo, lo que mantiene bajos los salarios reales no solo de los trabajadores de la periferia, sino también de la metrópolis. Esto es porque los trabajadores en la metrópolis ahora tienen que competir con aquellos de la periferia, por la voluntad del capital metropolitano; una voluntad que no existía previamente, de moverse a locaciones en la periferia para crear unidades productivas para cubrir necesidades locales y también metropolitanas. El vector de salarios reales del mundo por lo tanto no muestra ningún aumento; incluso, decrece⁵. Pero la productividad laboral aumenta en todas partes, lo cual da como resultado un incremento en la tasa de plusvalor. Esto impone la deflación de ingresos sobre los trabajadores e incluso crea, al mismo tiempo, una tendencia hacia la «sobreproducción» global.

La segunda manera en la que la deflación de ingresos es impuesta sobre ellos bajo el neoliberalismo es a través de medidas fiscales de gobierno. Dado el hecho de que las economías se abren a los flujos de capital global, incluyendo los flujos financieros globales, los gobiernos compiten entre ellos para ofrecer concesiones fiscales al capital globalizado para tentar-

⁵ Para los Estados Unidos, por ejemplo, Joseph Stiglitz (2013) dice: «Ajustados por inflación, los salarios reales se han estancado o caído; el ingreso de un trabajador masculino no tipo en 2011 (USD 32 986) era más bajo que en 1968 (USD 33 880)»

lo a ubicar plantas en sus suelos para atraer «desarrollo». Al mismo tiempo, ya que la «responsabilidad fiscal» impone un límite en el tamaño relativo del déficit fiscal, las concesiones de impuestos al capital son necesariamente acompañadas por recortes en gastos sociales, en transferencias a los pobres, en subsidios a la comida y en la provisión pública de servicios esenciales como la salud y la educación, de las cuales todas lastiman a los trabajadores y todas reducen en términos reales el poder adquisitivo en sus manos. La deflación de ingresos así efectuada restringe el consumo de bienes esenciales como granos, para que el uso de la masa de tierra limitada alcance para cubrir las demandas de los ricos sin suponer amenaza alguna al valor del dinero; lo que acompaña este proceso, sin embargo, es el incremento del hambre entre la población.

Las siguientes cifras ilustran el punto. Tomando el mundo como un todo, entre el trienio 1979-1981 y el trienio 1999-2001, el cereal per cápita (producto medio anual dividido por la población en los años intermedios) cayó desde 355 kilos a 343 kilos. Los cálculos para el trienio 2015-17 también ubican las cifras en 345 kilos. Con el ingreso mundial per cápita en aumento, dado que la elasticidad-ingreso de la demanda de cereales es positiva ya que tuvo lugar una gran desacumulación de capital 1999-2001 en comparación con 1979-1981, se hubiese esperado un aumento significativo en el precio de los cereales en estas dos décadas y, por lo tanto, también un giro en términos de mercado en favor de los cereales *vis-á-vis* las manufacturas. ¡De hecho, sin embargo, estos términos de intercambio para los cereales cayeron 46 por ciento entre 1979-1981 y 1999-2001! La virulencia de la deflación de ingresos impuesta sobre los trabajadores, especialmente en la periferia, se puede medir a partir de esto.

La tercera forma es a través de una reducción en la participación de los pequeños productores en el valor agregado de la cadena completa desde la cosecha hasta el mercado minorista. Esto ocurre porque los pequeños comerciantes tienen poco poder de negociación y las agencias comercializadoras gubernamentales que existieron con anterioridad para dar una «justa»

participación a los productores son reemplazadas cada vez más por capitalistas monopólicos, incluyendo corporaciones multinacionales.

La cuarta forma es a través de la continuación del proceso colonial de desplazamiento de pequeños productores y pequeños comerciantes locales por parte de grandes empresarios incluyendo corporaciones multinacionales. El fenómeno de «desindustrialización» ahora se esparce también al sector terciario, donde *Wal-Mart* y otras corporaciones precipitan una nueva ronda de reemplazo-con-desempleo. Dicho fenómeno espera también a los artesanos, pescadores y a un conjunto de pequeños productores.

La quinta y última manera es en muchos aspectos significativa, concretamente el desencadenamiento de un proceso de acumulación primitivo de capital *vis-à-vis* el campesinado, donde el gran capital, en nombre del «desarrollo» y la «infraestructura», se apodera no solo tierras comunales o gubernamentales, sino incluso la tierra de los campesinos a precios «desechables». La imposición de la deflación de ingresos sobre los campesinos afecta no solo el lado de la demanda sino también el lado de la oferta de mercancías agrícolas; esto solo significa que, sin embargo, para la preservación del valor del dinero, el estrangulamiento de la demanda debe ser aún más grande.

Así, la «globalización» acelera en gran medida el proceso de separación de pequeños productores de sus medios de producción. Al mismo tiempo, también aumenta el tamaño del ejército de reserva global y ayuda a asegurar que no se empobrezca⁶.

IV

La existencia de un *pool* de trabajadores desempleados o subempleados en sí mismo actúa como una medida de deflación de ingresos; pero a su vez previene cualquier posibilidad

⁶ La discusión que sigue ha surgido en gran medida del trabajo de Foster, MaChesney y Jonna (2011).

de una presión de salarios nominales, una prevención que es vital para la preservación del valor de la moneda (Patnaik, P., 2009).

La discusión usual del rol del ejército de reserva en la tradición marxista ha tendido a enfatizar la contención sobre los salarios reales y por lo tanto, el hecho de que mantiene el proceso de explotación andando. Esta es la manera en la que el mismo Marx discute el asunto. Pero mientras en la teoría de Marx los cambios en los salarios nominales y reales van acompañados pues se centraba en un universo con dinero-mercancía, en un mundo con dinero crediticio estas variaciones no van necesariamente juntas. En un mundo así, no es suficiente desde el punto de vista del capital que existan factores de contención sobre el nivel de salarios reales; debe haber también un factor de restricción sobre el nivel de los salarios nominales.

El ejército de reserva en un mundo así juega, por lo tanto, el rol de estabilizar el sistema monetario, manteniendo bajo el nivel de los salarios nominales. No solamente preserva el proceso de apropiación de la plusvalía; también mantiene el sistema monetario andando, para el cual, por supuesto, el tamaño del ejército de reserva tiene que ser lo suficientemente grande. En la era de la globalización, cuando la movilidad internacional del capital vincula los salarios de los trabajadores en la metrópolis con aquellos de los trabajadores en la periferia, el ejército de reserva en sí mismo juega un rol global. Incluso si no se localiza en la metrópolis misma, juega un rol global, que es el de mantener bajo el vector de salarios nominales a través de todos los países, incluyendo la metrópolis, e impartiendo estabilidad al sistema monetario metropolitano. El mantenimiento de un ejército de reserva global por lo tanto complementa el proceso de deflación de ingresos y es una parte integral de la operación del imperialismo.

El ejército de reserva global es en general reproducido espontáneamente e incluso aumentó en tamaño relativo en la era de la globalización. Las desigualdades crecientes en el in-

greso global aumentan, *ceteris paribus*, la tasa de crecimiento de la productividad laboral. Esto es porque el rico, en promedio, no solo demanda menos productos trabajo-intensivos que el pobre, sino también porque se mueve hacia nuevos y nuevos productos más rápidamente, los que típicamente son menos y menos trabajo-intensivos. Para cualquier tasa de crecimiento de la producción, por consiguiente, la tasa de crecimiento del empleo se desacelera bajo la globalización.

Si bien es cierto que la tasa de crecimiento del producto misma ha sido más alta en algunas economías periféricas en la era de la globalización, esto no ha sido suficiente para prevenir un incremento relativo en las reservas de trabajo, como el término «*jobless growth*»⁷ usado en el contexto de economías como la india sugiere. Una fuente aún más importante para el reabastecimiento y la ampliación del ejército de reserva es, como hemos visto, el proceso de acumulación primitiva de capital, que se intensifica en la era de la globalización y arroja elevados números de pequeños productores desplazados hacia un mercado de trabajo donde el aumento de la demanda de trabajo no es lo suficientemente rápido.

Debe notarse una implicancia de lo anterior. El no agotamiento del ejército de reserva de trabajo en las economías periféricas es importante no solo para las burguesías de esas economías, sino también para el capital metropolitano. Esto se sigue de la creencia de que, con crecimiento en las economías periféricas, un estado de escasez de trabajo surgirá allí tarde o temprano, colocando una presión al alza sobre los salarios y por lo tanto eliminando la pobreza. Esto es *naif*: cualquier desenlace estará asociado con un colapso del sistema monetario en la metrópolis, que luego resistirá fuertemente en conjunto con la gran burguesía local, que está ahora integrada a él.

⁷ N.d.T. Literalmente, «*jobless growth*» significa «crecimiento sin empleo». El término se refiere a procesos de crecimiento económico en los cuales el empleo decreció o se mantuvo en niveles similares. La India es un ejemplo típico de este comportamiento en la era de la globalización.

V

El imperialismo favorece un completo abanico de requerimientos del capitalismo, como adquirir mercados externos y asegurar el abastecimiento de materias primas, sin las cuales, como Harry Magdoff ha señalado, no habría manufacturas de ninguna manera, sin importar cuán pequeña sea su participación en el valor bruto de la producción manufacturera. Todos estos requerimientos persisten en la era de la globalización, pero uno en particular aparece en primer plano, precisamente por la presencia de las finanzas y esto atañe a la preservación del valor de la moneda. Un conjunto de procesos asociados con el capitalismo en la era de la globalización que no están confinados a la metrópolis, pero afectan profundamente a la periferia, espontáneamente trabajan hacia tal fin. El proceso intensificado de acumulación primitiva de capital (que como Rosa Luxemburgo ha resaltado no está confinado solo a la prehistoria del capitalismo sino que lo acompaña durante toda su historia); el reabastecimiento y la ampliación de las reservas de trabajo en la periferia por dicha acumulación primitiva y también por las altas tasas de crecimiento de la productividad laboral dentro del segmento capitalista; la búsqueda de las políticas neoliberales que desatan un proceso de deflación de ingresos que dejan de lado lo que resulta del incremento en el tamaño relativo del ejército de reserva global; son todas partes de este fenómeno. Todos estos procesos que enredan a la periferia en su red constituyen elementos clave del imperialismo contemporáneo. Todas constituyen imposiciones sobre los trabajadores en la periferia contra las que son incapaces de actuar, a pesar de la descolonización política, a menos que desvinculen sus economías del régimen del capital liberalizado y los flujos comerciales.

En ocasiones se sostiene que durante las décadas de 1950, 1960 y 1970, cuando el poder capitalista, Estados Unidos, diseñó concretamente el derrocamiento de gobiernos —desde Mosadegh, a Arbenz, a Allende— que estaban intentando adquirir mayor control sobre sus recursos naturales a expensas de cor-

poraciones multinacionales, el imperialismo fue un fenómeno efectivo; pero no hoy en día. En otras palabras, mientras «imperialismo» era un término significativo antes, no solo en la era colonial sino en las décadas de posguerra, hoy ya no lo es.

Nuestro argumento es precisamente el opuesto. El imperialismo se vuelve visible porque el régimen intervencionista que surgió en las primeras colonias después de la descolonización buscó de varias maneras derrocar su yugo. Buscaron adquirir mayor control sobre los recursos naturales; desecharon el principio de «finanzas sanas» incluso cuando subían los impuestos sobre capitalistas domésticos y extranjeros, utilizando el sector público como una opción de respaldo en el caso de resistencia capitalista y no cooperación; llevaron adelante inversiones en «aumentos de tierra» y progreso tecnológico bajo los auspicios del sector público que obviaron la necesidad de cualquier deflación de ingresos; y comprometieron al Estado en la tarea de proveer servicios esenciales. Todo esto significó un debilitamiento del dominio imperial, que es la razón por la cual el imperialismo fue tan visible en oposición a estos regímenes.

Pero con la imposición de políticas neoliberales en la era de la globalización, el margen para cualquier acción independiente por parte del Estado nación contra las finanzas globales, que puede abandonar sus costas cuando lo desee, se vuelve muy restringido. Poniéndolo de otra manera, el Estado del tercer mundo conlleva un cambio desde el dirigismo hacia a la era neoliberal: de ser un Estado (incluso un Estado Burgués) que aparentemente se coloca por sobre todas las clases interviniendo por el «bien social», y por lo tanto en ocasiones incluso en nombre de los oprimidos, a uno que promueve casi exclusivamente los intereses de la oligarquía financiera corporativa, que está integrada al capital global, sobre la base de que sus intereses son coincidentes con el «interés social». Con este cambio en la naturaleza del Estado, de uno dirigista a un Estado neoliberal, que es efectuado en todos lados a través del proceso de globalización, la necesidad de cualquier intervención imperialista explícita desaparece (excepto para adquirir control directo sobre el petróleo, como en Irak). En resumen, la invisibilidad

del imperialismo hoy significa que se ha vuelto mucho más poderoso, no que ha desaparecido.

VI

Hay más sobre este poder del imperialismo que la mera posibilidad de la fuga de capitales. La globalización tiende sistemáticamente a socavar todas las posibilidades de resistencia en la periferia contra la hegemonía del capital financiero internacional. El crecimiento en el tamaño relativo del ejército de reserva hace que la acción de los sindicatos sea difícil y los derechos laborales sean socavados en el nombre de introducir «flexibilización del mercado de trabajo» para atraer capital e impulsar el «desarrollo». También da lugar a la privatización de unidades de sector público, «subcontratación» de trabajo para el sector no organizado, la sustitución de trabajo ocasional por trabajadores de tiempo completo, un giro hacia la «producción doméstica» con salarios extremadamente bajos. Todo esto dificulta la resistencia de los trabajadores organizados. Al mismo tiempo, el despojo del campesinado, la deflación de ingresos impuesta sobre él, también tiende a hacer mucho más dificultosa la acción del campesino. Las dos «clases básicas», entonces, se debilitan.

Pero esto solo significa que las formas tradicionales de resistencia de clase se vuelven más difíciles de replicar, y nuevas formas de resistencia deben ser desarrolladas. Para apartarse de las dificultades económicas que se imponen a la gente bajo la globalización, los regímenes neoliberales buscan encontrar pilares políticos para su supervivencia promocionando formas de enfrentamiento sectarios en la sociedad como los étnicos, religiosos y otros. Haciendo esto, contribuyen a la desintegración de la vida social. Dicha tendencia, sin embargo, también crea las condiciones para un derrocamiento del neoliberalismo y un movimiento por etapas hacia una trascendencia del capitalismo, al mismo tiempo que cada vez más deja en claro al pueblo que la elección, como dijo Rosa Luxemburgo, es entre socialismo y barbarie.

Referencias

BAGCHI, A. K. (2006). *Perilous Passage: The Global Ascendancy of Capital*. Oxford University Press: Delhi.

FOSTER, JOHN BELLAMY; JONNA, R. J. Y MCCHESENEY, R. W. (2011). The Global Reserve Army of Labour and the New Imperialism. *Monthly Review*, Vol. 63, Issue 6, noviembre 2011.

MARX, KARL (2006). The British Rule in India. En Husain, Iqbal (ed.). *Marx on India*. Tulika Books: New Delhi.

PATNAIK, PRABHAT (2009). *The Value of Money*. Columbia University Press: New York.

PATNAIK, UTSA (2006). The Free Lunch: Transfers from the Tropical Colonies and their Role in Capital Formation in Britain During the Industrial Revolution. En Jomo, K. S. (ed.). *Globalization Under Hegemony: The Long Twentieth Century* (pp. 30-70). Oxford University Press: Delhi.

PATNAIK, UTSA (2007). Deflationary Neo-liberalism: An Indian Perspective. En Bowles, P.; Veltmeyer, H. et al. (eds.), *National Perspectives on Globalization: A Critical Reader*. Londres: Palgrave.

STIGLITZ, JOSEPH (19 de enero de 2013). Inequality Is Holding Back the Recovery. *New York Times*. Recuperado de <https://opinionator.blogs.nytimes.com/2013/01/19/inequality-is-holding-back-the-recovery/>.

Explotación y superexplotación en la teoría del imperialismo

Por John Smith

El imperialismo y sus negadores

«El comunismo no es una doctrina sino un movimiento; no procede de principios sino de *hechos*» (Engels, 1977, p. 291)¹. Grandes diferencias internacionales en la tasa de explotación. Un enorme cambio global de producción y el centro de gravedad de la clase obrera industrial hacia los países y regiones donde la explotación es más intensa. La dependencia —dramáticamente intensificada— de las empresas con sede en los países imperialistas (y también de prosperidad y paz social en dichos países) respecto a los beneficios de esta explotación. Tales son los hechos más importantes del llamado capitalismo neoliberal, desde el cual debemos proceder.

La explotación a tasas extremas en las fábricas de prendas de vestir de Bangladesh, en las líneas de producción chinas, en las plantaciones de té y café y en otros lugares —mucho más altas que las que soporta la generalidad de los trabajadores en los países imperialistas— es un hecho palpable, directamente observable, experimentado todos los días en carne propia por cientos de millones de trabajadores en países de

¹ Todos los énfasis en los pasajes citados están en el original, a menos que se indique lo contrario.

bajos salarios. No necesitamos una teoría para saber esto, solo necesitamos quitar nuestras anteojeras y abrir los ojos. Pero necesitamos una teoría si queremos entender lo que vemos y resolver las consecuencias que se derivan de esto.

No contradice el postulado fundamental de la ley de valor de Marx, que plantea que la forma salarial oculta la relación intrínsecamente explotadora entre capitalista y trabajador, o el principio de la dialéctica materialista de que la oposición entre esencia y apariencia es una ley de todos los sistemas dinámicos que contienen contradicciones². Lo que hace que el imperialismo y la superexplotación sean visibles de inmediato —incluso si lo que es visible es solo la punta de un iceberg— es precisamente la violación sistemática de la igualdad entre los proletarios y, en consecuencia, una violación sistemática de la ley del valor .

En la era de la producción globalizada, aún más que en las etapas anteriores de la evolución imperialista del capitalismo, los trabajadores no son igualmente móviles y libres de vender su fuerza de trabajo al mejor postor. La eliminación de los impedimentos a los flujos transfronterizos de productos básicos y capital ha estimulado la migración de la producción a países de bajos salarios, pero las fronteras militarizadas y el aumento de la xenofobia han tenido el efecto opuesto en la migración de trabajadores de estos países —no deteniéndola por completo, pero inhibiendo su flujo y reforzando el estatus vulnerable de segunda clase de los migrantes. Y así, las fábricas cruzan libremente la frontera entre Estados Unidos y México y atraviesan con facilidad los muros de *Fortress Europe*, al igual que las mercancías producidas en ellas y los capitalistas que las poseen, pero los seres humanos que trabajan en ellas no tienen derecho de paso. Esta es una paradoja de la globalización —un mundo sin fronteras para todo y para todos, excepto para los trabajadores.

² «Vemos cotidianamente “salir” el sol, hacer un recorrido por sobre la tierra, para luego ocultarse. Sabemos, no por lo que vemos, sino por conocimientos, que no es el sol el que gira alrededor de la tierra, sino al revés» (Osorio, 2019, p. 2).

Las diferencias salariales globales entre países imperialistas y países en desarrollo, a menudo mayores de 10 a 1 y nunca menores de 3 a 1, en gran medida como resultado de la supresión de la libre circulación de trabajadores, proporcionan un reflejo distorsionado de las diferencias globales en la tasa de explotación (simplemente, la relación entre el valor generado por los trabajadores y lo que se les paga en salarios). La reubicación a gran escala de la producción a países de bajos salarios en el cuarto de siglo que condujo a la crisis financiera mundial, impulsada por el arbitraje laboral global —es decir, la reducción de los costos de producción y el aumento de las ganancias al reemplazar a los trabajadores relativamente bien remunerados en el hogar por trabajadores de bajos salarios en el extranjero—, significa que las ganancias de las empresas con sede en Europa, América del Norte y Japón, el valor de todo tipo de activos financieros derivados de las cuales se derivan estas ganancias y el nivel de vida de los ciudadanos de estas naciones se han vuelto altamente dependientes de las tasas más altas de explotación de trabajadores de las naciones de bajos salarios. Por lo tanto, la globalización neoliberal debe ser reconocida como una nueva etapa imperialista del desarrollo capitalista, donde el imperialismo se define por su esencia económica: la explotación del trabajo vivo del sur por parte de los capitalistas del norte. Mientras tanto los capitalistas del sur dirigen las maquinadoras de manera similar al sádico traficante de esclavos que golpea su látigo en la espalda de aquellos. Pero no es él el capitán, para hallarlo tenemos que ir a la cima de la cadena de valor que se ubica en Europa, América del Norte y Japón.

En lugar de la superación del imperialismo y la convergencia entre los países «desarrollados» y eternamente «en desarrollo», el imperialismo se manifiesta hoy en un sistema global de racismo, opresión nacional, humillación cultural, militarismo y violencia estatal similar al *apartheid* que se burla de su estatus formal como ciudadanos libres de su nación y del mundo y ha convertido a sus países en reservas de mano de obra súper explotable para que las corporaciones transnacionales y sus proveedores se alimenten.

Nada de esto está oculto a la vista. El carácter abiertamente explotador del capitalismo *apartheid* en Sudáfrica fue exactamente eso, abierto, desnudo, evidente para todos los que tienen ojos; y lo mismo ocurre con el capitalismo imperialista del siglo XXI. La violación sistemática de la igualdad entre los proletarios afecta profundamente el funcionamiento global de la ley del valor. ¿Cómo podría ser de otra manera, dado que las relaciones de valor son relaciones sociales? La violación sistemática de la igualdad entre los proletarios es incontrovertible, y también lo son las tasas divergentes de explotación que necesariamente se derivan de esto. Sin embargo, muchos marxistas insisten dogmáticamente en que las relaciones de valor de la economía global contemporánea son idénticas a las del mercado idealizado analizado por Marx en su búsqueda de una «teoría general» del capital y que ninguno de los supuestos simplificadores que hizo para ese fin necesita estar relajado³.

La teoría de Marx proporciona las claves esenciales necesarias para revelar la relación explotadora y antagónica que se esconde detrás de la apariencia superficial de libertad e igualdad entre comprador y vendedor. Pero lo que tenemos aquí es una inversión perversa de esto: el uso de la teoría de Marx no para revelar lo que está oculto, sino para ocultar lo que es altamente visible para cualquier observador no instruido, pero sin prejuicios.

La negación del imperialismo marxista viene en diferentes sabores. William Robinson y David Harvey declaran abiertamente que la era del imperialismo ha terminado y que el término está obsoleto. Muchos otros evitan el tema tanto como pueden, y cuando no pueden, evitan referirse al imperialismo por su nombre, prefiriendo eufemismos anodinos como «centro y periferia» o «desarrollado y en desarrollo». Por ejemplo, Robert Brenner, para quien el cambio global de producción a países de bajos salarios significó «enormes, pero a menudo re-

³ «Lo que es un supuesto para “el análisis general del capital”, esto es, a nivel del modo de producción, es asumido por algunas corrientes marxistas como una ley de hierro. Se asume con esto que el supuesto debe prevalecer en el capitalismo en todo nivel de análisis, en todo lugar o espacio, y en todo tiempo» (Osorio, 2018, p. 157).

dundantes, adiciones de capacidad de fabricación al mercado mundial, que tienden a reducir los precios y beneficios globales» (Brenner, 2009, p. 9) —pero no es una nueva fuente de superganancias para las empresas transnacionales estadounidenses y europeas.

Y hay quienes continúan describiendo la economía capitalista global y sus empresas y naciones líderes como imperialistas, pero niegan la relevancia o incluso la existencia de las diferencias internacionales en la tasa de explotación. *The Global Class War*, un artículo en la revista *Catalyst*, es un ejemplo reciente de la última de estas tendencias. En ella, Ramaa Vasudevan critica dos libros recientes, incluyendo uno escrito por mí mismo (Smith, 2016), donde se plantea el reconocimiento de la realidad de la superexplotación y la búsqueda de un concepto teórico de la misma⁴.

En sus propias palabras:

Un argumento que se ha presentado recientemente [...] es que los países capitalistas avanzados extraen las superganancias imperialistas de someter a los trabajadores de la periferia a la superexplotación. El imperialismo estadounidense en estas formulaciones somete sistemáticamente a los trabajadores en los Estados Unidos y a los trabajadores en Bangladesh, China y México a diferentes tasas de explotación. El trabajador estadounidense se enfrenta a una tasa de explotación más baja y esta tasa más baja depende de la superexplotación de los trabajadores en los últimos países. En lugar de que los trabajadores de todo el mundo encuentren una causa común contra la avalancha de capital, estos argumentos colocan a los trabajadores en los EE. UU. y a los trabajadores en la periferia en posiciones estructuralmente separadas, y también implican a los trabajadores estadounidenses en los mecanismos de las rentas imperialistas (Vasudevan, 2019, p. 112).

A pesar de su imprecisión acerca de las expresiones «depende de», «estructuralmente separados» y «mecanismos de renta

⁴El otro libro criticado por Vasudevan es Amin (2018).

imperialista» que quedan abiertos a diferentes interpretaciones); tomando «EE. UU.» para significar «EE. UU. y otros países imperialistas»; con la condición de que «trabajadores en Bangladesh, China», etcétera, se refiera específicamente a los aproximadamente 500 millones de ellos que trabajan en eslabones de cadenas de valor mundiales de bajos salarios; y con la adición de que esta iteración global de divide y vencerás tiene una dinámica muy diferente en tiempos de crisis, como ahora. Esto resume bastante bien mi punto de vista. ¿Qué contrapone ella a esto?

A medida que el capital corporativo liderado por Estados Unidos se extiende y estrecha su red de control a través de las fronteras para explotar directa o indirectamente a los trabajadores con salarios más bajos en América Latina, Asia y África, tiene a su disposición una mayor reserva de trabajo de la cual la plusvalía puede ser extraída y reclamada. El acceso a esta vasta y creciente reserva global de mano de obra y la agudización de la competencia entre los trabajadores en este grupo permiten al capital corporativo de Estados Unidos elevar la tasa general de explotación. Este es el verdadero significado de la expansión global del capital corporativo estadounidense y el arbitraje laboral global (Vasudevan, 2019, p. 130).

¿Cuál es «la tasa general de explotación»? ¿Se refiere a la media mundial? Si es así, esto implica que la tasa de explotación difiere en todo el mundo. ¿O quiere decir que solo hay una «tasa general de explotación» y que cualquier desviación es minúscula e insignificante? Vasudevan esquiva estas preguntas obvias, aunque el siguiente pasaje sugiere que ella cree en la segunda opción:

Los defensores de la tesis de la superexplotación tienen razón al señalar la degradación absoluta de las vidas y los medios de vida de los trabajadores en la periferia. También tienen razón al llamar la atención sobre el impacto de la expansión del ejército de reserva mundial del trabajo al servicio del capital corporativo. Pero la importancia real de la globalización del capital es que ha reforzado un aumento en la tasa global de explotación (Vasudevan, 2019, p. 135).

En otras palabras, si los trabajadores en las fábricas de prendas de vestir de Bangladesh o en las líneas de producción chinas están sujetos a una mayor tasa de explotación que los trabajadores en los países imperialistas, esto no tiene importancia, debe excluirse de la consideración. Ni siquiera deberíamos hacer preguntas al respecto, ya que esto sería «enfrentar los intereses de los trabajadores de bajos salarios en la periferia con los de los Estados Unidos» (*ibid*, p. 110)⁵.

Este es un argumento curioso. Por la misma lógica, no deberíamos investigar la desigualdad de género, por temor a enfrentar los intereses de las mujeres contra los hombres; ni deberíamos reconocer la discriminación racial, por temor a enfrentar a los negros contra los blancos —a pesar de que la violación de la igualdad entre los trabajadores como resultado de la división y conquista imperialista, reflejado en las diferencias en el precio de la fuerza de trabajo, es mucho más grave que lo que resulta del racismo y la opresión de las mujeres dentro de los países (y el racismo, por supuesto, es fundamentalmente una expresión del imperialismo)⁶. Entonces, ¿por qué Vasudevan ignora la estructura de *apartheid* del mercado laboral global, sus conexiones obvias con el imperialismo y sus grandes implicaciones para el funcionamiento de la ley del valor? Porque, sospechamos, teme las implicaciones de reconocer que los dos grupos de trabajadores están realmente en «posiciones estructuralmente separadas» y que los trabajadores en los países imperialistas están de alguna manera «implicados en los mecanismos de las rentas imperialistas».

A pesar de sus temores, reconocer estos hechos no significa que la revolución socialista sea imposible en Estados Unidos,

⁵ Esta cita es del epígrafe que precede al artículo de Vasudevan. No está claro si las palabras fueron escritas por los editores de *Catalyst* o por Vasudevan.

⁶ No es mi intención hacer una comparación simplista entre la opresión imperialista y la opresión de las mujeres, que en cualquier caso no se puede medir por el acceso relativo a los bienes materiales. Es cierto que las mujeres aportan grandes cantidades de trabajo doméstico no remunerado, pero el punto relevante aquí es que los niveles de consumo, el acceso a la salud y la educación, etcétera, dependen mucho más de la nacionalidad que del género.

el Reino Unido y otros países imperialistas, y tampoco contradicen la opinión de que los trabajadores en todas partes del mundo están encerrados en una carrera global hacia el fondo. Tales conclusiones, que de hecho han sido extraídas por algunos autores que reconocen estos hechos (por ejemplo, Cope, 2019; Amin, 2018) son demasiado pesimistas por tres razones: no reconocen la profundidad de la crisis actual del capitalismo, aún en sus primeras etapas, como la crisis más profunda de su historia y las posibles consecuencias e implicaciones que se derivan de esto; no reconocen cómo en las últimas décadas la clase trabajadora dentro de los países imperialistas ha sido transformada por la migración y por la afluencia masiva de mujeres en sus filas; y subestiman el potencial de los avances revolucionarios en las naciones del sur para catalizar el surgimiento del internacionalismo revolucionario dentro de los países imperialistas. Pero el reconocimiento de estos hechos nos ayuda a comprender por qué el camino revolucionario es tan difícil y por qué la lucha económica espontánea —el intento de los trabajadores de defender o mejorar su posición dentro del capitalismo en lugar de librar una lucha política para derrocarlo— conduce precisamente a su subordinación a la ideología burguesa, como argumentó Lenin en *¿Qué hacer?*⁷.

Concepciones burguesas versus marxistas de productividad

La negación del imperialismo de Vasudevan difiere de la de sus co-pensadores en un aspecto importante. Mientras que evita expresar una opinión sobre si las tasas de explotación más altas son frecuentes en países de bajos salarios, otros no son tan tímidos.

⁷ Lenin dijo, a continuación: «El movimiento espontáneo de la clase trabajadora es el sindicalismo [...] y el sindicalismo significa la esclavitud ideológica de los trabajadores por parte de la burguesía. Por lo tanto, nuestra tarea [...] es combatir la espontaneidad, desviar el movimiento de la clase trabajadora del sindicalismo espontáneo que se esfuerza por caer bajo el ala de la burguesía y ponerlo bajo el ala de la socialdemocracia revolucionaria» (Lenin, [1902] 1978, p. 50).

Nigel Harris expresó la opinión consensuada de los opositores marxistas a la teoría de la dependencia⁸ de la siguiente manera:

En igualdad de condiciones, cuanto mayor sea la productividad del trabajo, mayores serán los ingresos pagados al trabajador (desde sus costos de reproducción son más altos) y cuanto más explotado esté, mayor será la proporción de la producción del trabajador [que] se apropia del empleador (Harris, 1986, pp. 119-120).

Ampliando esto, Alex Callinicos argumentó que:

Un trabajador altamente remunerado puede ser más explotado que un trabajador mal remunerado porque el primero produce, en relación con su salario, una mayor plusvalía que el segundo. De hecho, hay razones para creer que los salarios generalmente más altos pagados a los trabajadores occidentales reflejan los mayores costos de su reproducción; pero el gasto en particular en educación y capacitación que forma parte de estos costos crea una fuerza laboral más altamente calificada que, por lo tanto, es *más productiva y explotada* que sus contrapartes del Tercer Mundo (Callinicos, 1992), énfasis mío⁹.

Dado que todos, excepto los trabajadores mejor pagados, gastan todo su salario en bienes de consumo, «salario» y «costo de reproducción» son sinónimos; uno no puede usarse para explicar al otro. Esta parte de su argumento es una tautología que no explica nada. Él atribuye particular importancia al

⁸ «Dependencia» es un eufemismo para el imperialismo, una concesión hecha al deseo de la burguesía nacional y «élites modernizadoras» de las naciones sometidas para el desarrollo capitalista independiente, y para las partes falsamente llamadas «comunistas» que trataron de formar un bloque con aquellos sobre esta base. El término ahora ha pasado a la historia y no puede ser reescrito, pero puede ser y está siendo llenado con nuevo contenido revolucionario, sobre todo en el renacimiento y la rápida expansión del marxismo y la teoría de la dependencia en América Latina.

⁹ Callinicos volvió brevemente a este tema en su libro: «Desde la perspectiva de la teoría del valor de Marx, el error crítico [de los teóricos de la dependencia] es no tener en cuenta la importancia de los altos niveles de trabajo productividad en las economías avanzadas» (Callinicos, 2009, pp. 179-180).

costo de la educación y la capacitación dentro de los costos generales de reproducción de los trabajadores en los países imperialistas¹⁰. El impacto de estos conceptos en la capacidad de estos trabajadores para generar plusvalía es tan grande, argumenta, que necesitan menos tiempo para reemplazar un valor mucho mayor de su fuerza laboral que los trabajadores menos productivos y menos remunerados en países de salarios bajos. Por lo tanto, están más explotados. Sin embargo, es difícil entender por qué los trabajadores de la cadena de montaje de Estados Unidos y el Reino Unido, enfermeras, camioneros, etcétera, deberían ser mucho más hábiles que sus homólogos mexicanos y chinos. Callinicos y sus seguidores deberían reflexionar sobre la sabiduría de Marx:

La diferencia entre trabajo calificado y trabajo simple, «*skilled*» y «*unskilled labour*», se funda en parte en meras ilusiones o, por lo menos, en diferencias que hace ya mucho tiempo han dejado de ser reales y que perduran tan solo en el mundo de las convenciones inveteradas; en parte sobre la condición de desvalimiento en que se hallan ciertas capas de la clase obrera, situación que les impide más que a otras arrancar a sus patrones el valor de su fuerza de trabajo (Marx, [1894] 2002, p. 239).

Como veremos, el argumento de Callinicos se basa en una confusión subyacente entre las definiciones de productividad de valor de uso y valor de cambio y la consiguiente reproducción, en atuendo marxista, de una concepción burguesa de la productividad —que luego sirve como la piedra angular para intentar, en nombre de la teoría del valor marxista, negar no solo la importancia de la superexplotación en los eslabones de bajos salarios de las cadenas de valor mundiales, sino incluso

¹⁰ La participación del trabajo en el PIB en los países imperialistas ha caído a alrededor del 60%, mientras que el gasto en educación en el Reino Unido en 2019 consume el 4% del PIB, o alrededor del 7% del ingreso laboral bruto. Esta aproximación aproximada indica la magnitud relativa de los costos de educación frente a los costos totales de reproducción de la fuerza de trabajo. La «participación del trabajo» está sesgada por los superpagos a los CEO de las principales empresas; Por otro lado, el gasto en educación de los trabajadores forma solo una parte del gasto total en educación, por lo que la proporción real entre ellos no se alejará del 7%. En cuanto a los costos de capacitación... la mayoría de los trabajadores no reciben capacitación.

su existencia. El efecto es normalizar las grotescas diferencias salariales, que se convierten en una consecuencia natural del desarrollo desigual, no en un sitio de superexplotación en expansión, no en algo de importancia para la lucha por la unidad de clase; y excluir así la posibilidad de que los salarios, pensiones y atención médica gratuitas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, puedan, al menos en parte, ser el resultado de la lucha de clases, dentro y fuera, obligando a los capitalistas en los países imperialistas a hacer concesiones, pero esto implicaría una tasa más baja de explotación que en aquellos países donde las luchas económicas de los trabajadores se enfrentan con ametralladoras y dictaduras militares.

El énfasis que Callinicos pone en el trabajo calificado tiene sus raíces intelectuales en el trabajo de Michael Kidron, uno de los fundadores de la «Tendencia Internacional Socialista», confirmado por Callinicos y Harris. Kidron argumentó:

Si hay una diferencia sobresaliente [entre los trabajadores británicos e indios] radica en los diferentes grados en que se enriquecen culturalmente. Se puede esperar que el trabajador británico promedio lea y maneje; normalmente podrá manejar una amplia gama de herramientas y conceptos y responder a una amplia gama de estímulos sobre la base del conocimiento y no de la experiencia personal. El trabajador indio no [...]

El costo de mantenerlos de manera efectiva, su valor, seguramente reflejará esta diferencia. Por ejemplo, el conductor de un camión no se atreve a hacer la práctica de dormir al volante y, por lo tanto, debe ser capaz de garantizar el descanso en el hogar; un conductor de carro de bueyes se atreve y, a menudo, se queda dormido, por lo que su vivienda es menos importante para el empleador [...] y su salario no tendrá que contener un componente de vivienda tan grande. Los nuevos participantes en una fábrica en Gran Bretaña deben poder leer y los salarios de sus padres deben contener, por lo tanto, un componente de manutención infantil y educación. Los nuevos trabajadores de fábrica de la India no necesitan leer, y generalmente no lo hacen, por lo que la presión sobre los salarios de sus padres es menor. Y así sucesivamente (1974, p. 100).

El argumento de Kidron no es solo el chovinismo repugnante (especialmente su afirmación de que los trabajadores indios, a diferencia de los trabajadores británicos, no pueden pensar en conceptos), también es una tontería. Podría decirse que los camioneros indios deben estar más alertas y hábiles que sus homólogos británicos, porque es más probable que tengan que esquivar bueyes y baches mientras transportan sus cargas. Es probable que «los trabajadores de fábrica» de la India tengan más hijos y una familia extensa que mantener y su salario tendrá que cubrir su atención médica y educación, a diferencia de Gran Bretaña, donde el Estado proporciona estos servicios de forma gratuita¹¹.

La mayoría de los intentos por negar la superexplotación imperialista invocando la mayor productividad de los trabajadores en los países imperialistas hacen hincapié no en la calificación del trabajo sino en los medios de producción más avanzados e intensivos en capital (que a menudo van acompañados de destreza), por ejemplo Charles Bettelheim, quien —en su crítica del intercambio desigual de Arghiri Emmanuel (Bettelheim, 1972, p. 302)— argumentó que «cuanto más se desarrollan las fuerzas productivas, más se explotan los proletarios». Esta opinión ha sido repetida innumerables veces por marxistas declarados, por ejemplo, Claudio Katz, quien escribió que «la tasa de plusvalía es superior en el centro. Allí se concentran las inversiones más significativas y se gesta el mayor volumen de trabajo excedente [...] la magnitud del trabajo confiscado es claramente superior en las más productivas del centro» (Katz, 2017, p. 10)¹².

En primer lugar, este punto de vista ampliamente difundido se ve confundido por un hecho simple: los bienes consumi-

¹¹ Estos logros están ahora bajo grave amenaza, ya que el imperialismo del Reino Unido se hunde más en la crisis y sus gobernantes buscan acelerar la destrucción del contrato social posterior a la Segunda Guerra Mundial.

¹² Afirma que Marini «siempre» estuvo de acuerdo con esto, y también afirma que «este diagnóstico es aceptado también por los defensores contemporáneos del concepto de superexplotación». Desafortunadamente, no respalda estas afirmaciones con una sola referencia de ninguna de las fuentes que él cita.

dos por los trabajadores en el norte ya no se producen única o principalmente en el norte; en mayor medida, son producidos por mano de obra de bajos salarios en el Sur Global. Su productividad, sus salarios determinan significativamente el valor de la canasta de bienes de consumo que reproduce la fuerza de trabajo en los países imperialistas y, por lo tanto, el valor de esta fuerza de trabajo.

Pero esto solo se refiere al valor de la fuerza de trabajo, «v», el denominador en s/v , la fórmula engañosamente simple de Marx para la tasa de explotación. El valor generado por esta fuerza de trabajo, una vez que se resta «v», proporciona «s», trabajo excedente, el numerador. Cuando examinamos este elemento de la ecuación, descubrimos que la visión de Callinicos, Bettelheim, Katz, entre otros, tiene un problema mucho más profundo: se basa en un concepto burgués de productividad, uno que es antitético a la teoría del valor de Marx.

Marx ([1867] 1987, p. 407) contabilizó entre sus mayores descubrimientos «el doble carácter del trabajo, según se exprese en valor de uso o valor de cambio»¹³. Correspondiente al doble carácter del trabajo es el doble carácter de la productividad del trabajo: la definición universal de productividad laboral, verdadera para la sociedad humana en todas sus etapas de desarrollo, es la cantidad de valores de uso que se pueden producir: en un día o en una semana de trabajo. Pero para los capitalistas, la producción de valores de uso es solo un medio para un fin muy diferente, la producción de valores de cambio. De esto fluye un concepto y una medida de productividad completamente diferentes y esencialmente burguesas: cuánto aumenta el «valor agregado» de una empresa una hora, un día o una semana de mano de obra.

El valor agregado es la base de las estadísticas estándar sobre el PIB, la productividad y mucho más. El concepto de valor

¹³ La sentencia de la que este vino: «Los mejores momentos de mi libro son: 1) *el doble carácter del trabajo*, en función de si se expresa en el valor de uso o valor de cambio (todo el conocimiento de los hechos depende de esto) [...] 2) el tratamiento de la plusvalía, independientemente de sus formas particulares como ganancia, interés, renta del suelo, etcétera».

agregado —el valor de una mercancía es igual al costo total de los insumos más el «valor agregado» de la empresa, es decir, el recargo en sus costos de producción, se parece mucho al concepto de precio de producción de Marx, acerca del cual él dice:

... los mismos economistas que se revuelven contra la determinación del valor de las mercancías por el tiempo de trabajo, por la cantidad de trabajo contenida en ellas, siempre hablan de los precios de producción como los centros en torno a los cuales oscilan los precios del mercado. Pueden permitirse esto porque el precio de producción es una forma ya totalmente enajenada y *prima facie* no conceptual del valor mercantil, una forma tal como aparece en la competencia, es decir, en la conciencia del capitalista vulgar y, por consiguiente, también en la de los economistas vulgares (Marx, [1894] 2007, p. 250).

Los precios de las mercancías producidas en relaciones capitalistas son «*prima facie* irracionales» porque la competencia entre capitales por ganancias hace que los precios de producción se aparten del tiempo de trabajo socialmente necesario, en cambio ocultan que este es el contenido del valor de la mercancía. Las estadísticas basadas en el valor agregado o los precios de producción no revelan el valor y la plusvalía generados en ninguna empresa, sector (si lo hay, recordando que algunas empresas y sectores se dedican a actividades no productivas) o nación; en cambio, lo que se revela en la competencia y se mide en las estadísticas del PIB y la productividad son valores transformados, valores irracionales.

Existe una amplia y rica literatura de intentos de derivar la masa y la tasa de plusvalía utilizando datos constituidos a partir del valor agregado, o utilizar la última como un *proxy* para la primera, a fin de calcular la tasa de ganancia y la tasa de plusvalor, pero todos se encuentran con este problema. Su éxito o no está más allá del alcance de este capítulo, pero a partir de la discusión hasta ahora podemos concluir que tal movimiento desde un alto nivel de abstracción de la realidad concreta, de la producción globalizada contemporánea requiere, entre otras cosas, una crítica rigurosa del valor y del fetichismo de los pre-

cios de producción que este concepto conlleva, para descubrir lo que —en la era del imperialismo— está oculto por los datos sobre el PIB y sobre la productividad y el comercio (ver Smith, 2012).

La productividad, es decir, la productividad del trabajo vivo está definida por la economía vulgar como valor agregado por trabajador. El concepto marxista de productividad se opone radicalmente a esta visión. De forma introductoria, ayuda a reflexionar sobre el hecho de que, medidos en términos de valores de uso, los trabajadores son hoy mucho más productivos que, por ejemplo, hace 100 años. Pero en términos de valor de cambio, no se puede hacer ninguna comparación entre hoy y hace 100 años, ya que los productos del trabajo vivo actual solo se comparan en realidad con otros productos del trabajo vivo actual.

Una composición de capital más elevada aumenta la productividad laboral de los valores de uso, pero no hace ninguna diferencia en la generación de valor de cambio (dejo de lado el caso especial de un capital individual que posee un monopolio temporal sobre una técnica de producción más avanzada). Esto es lo opuesto a lo que Callinicos y Katz creen: que los trabajadores de las ramas industriales de alta tecnología (es decir, intensivas en capital) producen más valor y, por lo tanto, son más explotados que los trabajadores de las industrias de baja tecnología. Marx, por otro lado, afirmó que «el nivel de explotación del trabajo, o la tasa de plusvalía, es el mismo [...] en capitales que ponen en movimiento cantidades desiguales de trabajo vivo [es decir, si son intensivos en capital o intensivos en mano de obra]», y esta suposición se basa a su vez en «la competencia entre los trabajadores y una igualación que se produce por su constante migración entre una esfera de producción y otra» (Marx, [1894] 1991, p. 275).

La productividad aparentemente mayor de los trabajadores en las ramas de producción intensivas en capital es una ilusión creada por las transferencias de valor de las ramas de producción intensivas en mano de obra. Lo que el capitalista con-

sidera ganancias obtenidas mágicamente del trabajo muerto, es decir, de su maquinaria y otros insumos, es de hecho un valor creado por el trabajo vivo empleado por capitalistas rivales con composiciones orgánicas más bajas. Cuando los marxistas argumentan lo contrario, que los trabajadores de las industrias intensivas en capital producen más valor que los de las industrias intensivas en mano de obra, al igual que los opositores de la teoría de la dependencia considerados aquí, están pensando en conceptos burgueses, sin importar cuánto estén vestidos de palabrería marxista.

Asumiendo una fuerza de trabajo de intensidad media, y suponiendo que se intercambia por el mismo salario, y dejando a un lado la cuestión del trabajo calificado o complejo, el nuevo valor generado por una cantidad dada es totalmente independiente de la composición orgánica del capital que se pone en movimiento.

Esto significa que, una vez más suponiendo que ambas labores sean de intensidad media y que se les pague los mismos salarios, el cocinero de hamburguesa que se encuentra en el estacionamiento de una fábrica de acero produce el mismo valor al mismo tiempo que un trabajador forjando acero dentro de esa fábrica.

Finalmente, para concluir esta discusión sobre las concepciones burguesas versus las marxistas de la productividad, imaginemos ahora que, debido a la organización sindical superior del trabajador del acero, o debido a la opresión racial y/o juvenil que afecta al trabajador de comida rápida, el trabajador del acero recibe un salario más alto que el trabajador que produce su almuerzo. Con todos los demás supuestos aún vigentes, el trabajador de comida rápida ahora soporta una mayor tasa de explotación. Todo esto debería ser elemental para cualquiera versado en los principios básicos de la ley del valor de Marx. Entonces, ¿por qué tantos marxistas tienen tanta dificultad para comprender lo que sucede cuando los trabajadores que producen los bienes de consumo de nuestros trabajadores siderúrgicos no se encuentran en el estacionamiento de la acería sino en

otro país? Ya hemos discutido un factor contribuyente: el fetichismo del valor agregado y las concesiones a las concepciones burguesas del valor que conlleva. Otro, al que ahora nos referimos, son errores y omisiones en el gran trabajo de Marx.

El imperialismo y el capital de Marx

Marx, en continuación del último pasaje citado, dijo «en teoría, suponemos que las leyes del modo de producción capitalista se desarrollan en su forma pura. En realidad, esto es solo una aproximación; pero la aproximación es tanto más exacta, cuanto más se desarrolla el modo de producción capitalista y menos es adulterado por las supervivencias de las condiciones económicas anteriores con las que se amalgama».

En particular, Marx trató la divergencia de los salarios como el resultado de factores temporales o contingentes que el capital y el trabajo incesantemente móviles erosionarían con el tiempo, y que podrían excluirse con seguridad del análisis, como dejó en claro en el tomo III de *El Capital*: «Por muy importante que sea el estudio de esta clase de fricciones [los obstáculos locales que obstruyen la igualación de los salarios] para cada trabajo en especial, puede desatendérselas no obstante en la investigación general producción capitalista, por ser casuales e irrelevantes» (Marx, [1867] 2007, p. 656).

Ahora sabemos que Marx estaba equivocado sobre esto. Estas fricciones temporales han resultado ser todo lo contrario. En el mundo imperialista de hoy, la condición de igualdad entre los trabajadores se viola profunda e impactantemente; y la competencia global no ha producido ningún progreso medible hacia la igualación internacional de los salarios reales¹⁴. Escribió po-

¹⁴ Por el contrario, la dispersión salarial internacional e intranacional ha aumentado durante la era neoliberal. Si China queda fuera de escena, hay poca evidencia de convergencia salarial o de ingresos, y la hipótesis de convergencia se debilita aún más. Durante la crisis financiera mundial, cuando las tasas de crecimiento en los países imperialistas se desplomaron, al mismo tiempo, se produjo un «superciclo de materias primas» alimentado por la especulación que mejoró temporalmente los términos de intercambio y el crecimiento económico en una franja de naciones del sur.

derosamente sobre por qué el imperialismo era una condición necesaria para el surgimiento del capitalismo, pero no anticipó cómo la evolución imperialista del capitalismo resultaría en la opresión de las naciones convirtiéndose en una propiedad intrínseca de la relación capital-trabajo en sí. Como Andy Higginbottom ha señalado:

La relación laboral asalariada no es solo entre capital y trabajo, sino también entre capital del norte y trabajo del sur. En este sentido, la explotación de clase y la opresión racial o nacional se fusionan [...] La clase obrera de las naciones oprimidas/Tercer Mundo/Sur global se paga sistemáticamente por debajo del valor de la fuerza laboral de la clase obrera de las naciones opresoras/Primer Mundo/Norte global. Esto no es porque la clase trabajadora del sur produzca menos valor, sino porque está más oprimida y más explotada (Higginbottom, 2011, p. 284).

Esta es la razón fundamental por la cual *El Capital* de Marx no contiene una teoría de la superexplotación, o, lo que es lo mismo, una teoría del imperialismo; esta laguna no puede explicarse única o principalmente por una decisión de dejar estos asuntos a un volumen de *El Capital* que nunca llegó a escribir. Si Marx pudo haber anticipado o no esta etapa cualitativamente nueva en la evolución de la relación capital-trabajo está abierto a debate. La importancia excepcional de la contribución de Ruy Mauro Marini a la teoría marxista del imperialismo radica, en parte, en su observación de que, durante la propia vida de Karl Marx, las importaciones de alimentos más baratos y otros bienes de consumo producidos por mano de obra superexplotada provenían de las colonias y neocolonias británicas que ayudaron a aumentar la plusvalía relativa dentro de Gran Bretaña, reduciendo el tiempo de trabajo necesario sin disminuir los niveles de consumo. Higginbottom señala que:

Marini coloca la necesidad de la superexplotación de la mano de obra a mediados del siglo XIX, es decir, antes de la aparición del imperialismo moderno como un sistema mundial, tal

como lo retrató Lenin. La transición en Inglaterra de la producción dominada por métodos de plusvalía absoluta a plusvalía relativa dependía de importaciones baratas y de una mayor productividad [...] El trabajo de Marini muestra que Marx no acertaba en todos los puntos, incluso en su propio tiempo (Higginbottom, 2014, pp. 31-32)¹⁵.

No se encuentra un concepto concreto de superexplotación en el gran trabajo de Marx, lo dejó para las generaciones futuras. Media docena de generaciones después, la brecha permanece y se ha vuelto terrible. Tanto la necesidad imperiosa de tal concepto como la posibilidad de existencia es planteada por la propia evolución del imperialismo, en particular por la proliferación de cadenas de valor globales. Su lugar en el centro de una teoría marxista de lo que John Bellamy Foster ha llamado imperialismo tardío (Foster, 2019) determinará críticamente si el renacimiento del marxismo, sobre el que descansa el futuro de la humanidad, nace sin vida. ¡Si! ¡Realmente es tan importante!

Nosotros, por supuesto, tenemos la gran ventaja de la retrospectiva. Para aliviar a Marx, si no es por exoneración completa, debemos recordar una premisa fundamental de la dialéctica materialista: no puede haber un concepto concreto de un sistema de interacción que no sea completamente concreto y desarrollado. Así como Karl Marx no podría haber escrito *El Capital* antes de la forma madura y completamente desarrollada del capitalismo que surgió el capitalismo industrial en Inglaterra, tampoco es razonable esperar encontrar en sus escritos —o en los de Lenin y otros que escriben en el momento del nacimiento de la etapa imperialista del capitalismo— una teoría del imperialismo que sea capaz de explicar su forma moderna completamente evolucionada. Y Marx no solo proporcionó los fundamentos teóricos para una teoría de la forma imperialista de la ley del valor, sino que dio abundantes pistas

¹⁵ Como Amanda Latimer ha señalado, «el trabajo de Marini socava el mito de que el cambio a una plusvalía relativa en Inglaterra fue por completo resultado de la lucha de clases nacional» (2016: 1142).

e ideas en esta dirección, aunque los «marxistas» que niegan el imperialismo les prestan tanta atención como los «cristianos» de hoy a las palabras de Jesús sobre los obstáculos en el camino de los ricos que quieren entrar en el reino de los cielos. Esta analogía es apta: nuestros marxistas que niegan el imperialismo tratan a *El Capital* como un texto sagrado, pero ignoran lo que les resulta incómodo.

En el volumen 1 de *El Capital*, Marx analizó en gran profundidad y detalle dos formas en que los capitalistas se esfuerzan por aumentar la tasa de explotación. Una es alargar la jornada laboral, aumentando así la plusvalía absoluta; y la otra es aumentar la plusvalía relativa aumentando la productividad de los trabajadores que producen bienes de consumo, reduciendo así el tiempo de trabajo necesario. En numerosos lugares describe brevemente una tercera, como en el capítulo titulado «Concepto de plusvalor relativo», donde escribe: «El plustrabajo [podría extenderse] [...] solo se alcanzaría merced a la reducción del salario del obrero por debajo del valor de su fuerza de trabajo [...] A pesar del importante papel que desempeña este procedimiento en el movimiento real del salario, impide su consideración aquí el supuesto de que las mercancías, y por tanto también la fuerza de trabajo, se compran y venden a su valor pleno» (Marx, [1867] 2001, pp. 380-381).

Empujar el salario del trabajador por debajo del valor de su fuerza de trabajo, es decir, la superexplotación, de acuerdo con una definición estricta, ya que supone una economía idealizada y unitaria donde la fuerza de trabajo tiene un valor único, se menciona nuevamente dos capítulos más adelante, en una discusión sobre las consecuencias para los trabajadores cuando «la maquinaria [...] se apodere gradualmente de todo el campo de la producción», con el resultado de que una «parte de la clase trabajadora que la maquinaria transforma de esta suerte en población superflua [...] inunda todos los ramos industriales más fácilmente accesibles, colma el mercado de trabajo y, por tanto, abate el precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor» (Marx [1867] 2001, p. 524).

Aquí Marx está hablando del desempleo episódico y sectorial que surge de la mecanización de una nueva rama de la industria, pero su relevancia para la era moderna apenas necesita ser aclarada. Una gran parte de la clase trabajadora en el Sur Global se ha vuelto superflua por la incapacidad de los métodos de producción modernos para absorber suficiente mano de obra para evitar el aumento del desempleo y solo esto —incluso antes de tener en cuenta la represión violenta de la libre circulación de los trabajadores y los regímenes laborales mucho más severos y la represión política que prevalecen en los países de bajos salarios— ejerce una fuerza poderosa que hace que el precio de su fuerza de trabajo caiga por debajo de su valor. Incluso antes de establecer la conexión precisa entre el salario, el valor de la fuerza de trabajo y la tasa de explotación, esto ya constituye evidencia *prima facie* de que el valor de la fuerza de trabajo se ha reducido mucho más cruelmente en las naciones del sur que en las del norte, tanto como para forzar un valor permanentemente menor de la fuerza de trabajo sobre estos trabajadores. También es una evidencia poderosa que las diferencias salariales están determinadas, en gran parte, por factores que son bastante independientes de la productividad de los trabajadores en el trabajo, como la ausencia de seguridad social, desempleo estructural y regímenes laborales represivos.

Marx no solo dejó a un lado la reducción de los salarios por debajo de su valor, sino que hizo una abstracción adicional que, aunque es necesaria para su análisis general del capital, también debe relajarse si queremos analizar la etapa actual de desarrollo del capitalismo: «La diferencia entre las tasas de plusvalor en diferentes países y, por ende, entre los grados nacionales de explotación del trabajo, es totalmente irrelevante para la presente investigación» (Marx, K. [1894] (2007, p. 180). Entonces, dos elementos que son cruciales para una teoría del imperialismo contemporáneo — las variaciones internacionales en el valor de la fuerza de trabajo y en la tasa de explotación — fueron explícitamente excluidos por Marx de su teoría general, tal como se elabora en *El Capital*. Por lo tanto, Anwar

Shaikh se equivocó al afirmar que «... el desarrollo de la ley del valor en *El Capital* contiene todos los elementos necesarios para su extensión al comercio internacional» (Shaikh, 1980, p. 208).

Tasa de explotación y tasa de plusvalía

A lo largo de este ensayo, «tasa de plusvalía» se ha utilizado como sinónimo y de manera intercambiable con «tasa de explotación». Pero esta identidad solo se mantiene en un alto nivel de abstracción; en otras palabras, solo si hacemos varias simplificaciones importantes.

Primero, requiere que excluyamos la distinción entre trabajo productivo y no productivo. Todos los productos consumidos empleados en tareas relacionadas con la circulación de títulos de propiedad y la protección de los derechos de propiedad, incluido el trabajo vivo, son costos de producción, gastos generales; sus costos son asumidos por los capitalistas en la esfera de la producción, que consumen parte de su plusvalía y reducen sus ganancias. Estas funciones, aunque necesarias para la sociedad capitalista, son formas sociales de consumo que se restan de la masa total de riqueza (es decir, el capital social total, la masa total de los valores de uso mercantilizados), en contraste con los capitales en la esfera de la producción, que son aquellos que agregan valor.

Dado que los guardias de seguridad, los empleados bancarios, los abogados y otros trabajadores que no son productores no producen valor ni plusvalía, en estos casos no es apropiado hablar de la tasa de plusvalía. Sin embargo, su jornada laboral todavía se divide entre la mano de obra necesaria (el tiempo requerido para reemplazar el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado en su canasta de bienes de consumo —es decir, el valor de su fuerza de trabajo, «v») y el trabajo excedente (la cantidad porque su jornada laboral supera «v»). En otras palabras, estos trabajadores, excepto aquellos que reciben un supersalario, son explotados. Esta condición no de-

pende de si su mano de obra excedente se utiliza para tareas de producción o tareas que no son de producción, o incluso si se desperdicia. Tareas que no son de producción, las tareas relacionadas con la circulación de títulos de propiedad desde publicidad hasta finanzas y seguridad constituyen una gran parte de la economía imperialista contemporánea, reduciendo la masa de plusvalía disponible para la redistribución como ganancia en todas sus formas.

En segundo lugar, la «tasa de plusvalía» se aplica solo al trabajo vivo empleado por un capitalista para producir mercancías, ya sea porque compró este trabajo vivo por un salario o porque es propietario del trabajador, como en el empleo capitalista de esclavos (Higginbottom, 2018). Los trabajadores por cuenta propia no producen plusvalía. Si reciben menos del valor de su producto, se someten a un intercambio desigual. Los trabajadores con empleo capitalista constituyen la abrumadora mayoría de la población económicamente activa en los países imperialistas, pero esto no es así en la mayoría de los países de África, Asia y América Latina. Como señaló Paul Sweezy:

La tasa de explotación es y siempre ha sido muy superior en la periferia que en el centro. En el centro, la tasa de explotación es, a todos los efectos prácticos, la misma que la tasa de plusvalía¹⁶. Esto no es así en la periferia, donde solo una pequeña parte de la fuerza laboral está empleada como asalariada en la industria capitalista y una proporción mucho mayor es explotada directa e indirectamente por terratenientes, comerciantes y usureros, principalmente en el campo, pero también en las ciudades y los pueblos. Aquí, todo o la mayor parte del excedente arrancado a los trabajadores no empleados en la industria capitalista se comercializa y se mezcla indistinguiblemente con la plusvalía producida en forma capitalista. En estas circunstancias, podemos hablar de una tasa social de explotación, pero no debemos confundir el concepto con el de tasa de plusvalía en el sentido usual (Sweezy, 1981, p. 76).

¹⁶ Como en sus otros escritos, Sweezy ignora la distinción entre trabajo productivo y no productivo, una distinción que podría decirse que es mucho más importante en los países imperialistas desarrollados que en sus colonias y neocolonias.

A continuación, dice (en un argumento que tiene mucho en común con la tesis de Marini) que la mayor tasa de explotación en las naciones subordinadas permite que «las clases dominantes locales y las élites aliadas vivan en un nivel compatible con el de las burguesías del centro, al mismo tiempo que hace posible un flujo masivo de productos excedentes monetizados (en forma de ganancias, intereses, alquileres, regalías, etcétera) de la periferia al centro». Añade, resumiendo mucho en un pequeño espacio:

La contrapartida de la muy alta (y frecuentemente creciente) tasa de explotación en la periferia es una tasa más baja (y en el tiempo relativamente estable) de plusvalía en el centro. Hay dos razones básicas e interrelacionadas para esto. Por un lado, la clase trabajadora del centro está más desarrollada y está en una mejor posición para organizarse y luchar por sus propios intereses. Por otro lado, las burguesías del centro aprenden a través de la experiencia histórica que una situación que permite que el nivel de vida del proletariado aumente con el tiempo (una tasa estable de plusvalía combinada con un aumento de la productividad) no solo es funcional sino incluso indispensable para la operación del sistema como un todo.

Escrito hace casi cuatro décadas, estas palabras han resistido el paso del tiempo, con la adición necesaria de que esta estrategia de estabilización contiene en su interior las semillas de la inestabilidad, es decir, nuevas contradicciones inherentes.

Monopolio y superexplotación

Antes de profundizar en la naturaleza de la explotación capitalista y la superexplotación imperialista, es útil considerar cómo estas dos categorías estrechamente relacionadas se relacionan con otro elemento constitutivo esencial del capitalismo: el monopolio. El monopolio está inscrito en el ADN del capitalismo, los capitalistas individuales no se esfuerzan

tanto por competir sino por encontrar una forma de evitar la competencia, obtener una ventaja sobre los rivales, ejercer alguna forma de monopolio que les otorgue ganancias superiores al promedio. La ley del valor, que en su forma más simple explica que las mercancías compradas y vendidas libremente se venden a su valor, resulta de los esfuerzos incesantes de los capitalistas individuales para violar esta ley. Su compulsión salvaje solo puede ser contenida por una fuerza externa, de ahí la necesidad de un Estado y un sistema de leyes independientes de los capitalistas individuales y por lo tanto, también de los incesantes intentos de capitalistas individuales y grupos de capitalistas de evadir estas leyes o alistar el poder del Estado para obtener una ventaja sobre sus rivales.

El monopolio aparece en muchas formas. Algunos pertenecen a la producción, innovaciones tecnológicas que permiten a un capitalista individual producir una mercancía determinada de manera más eficiente que otros; otros a la distribución, marca u otras formas de monopolio en el mercado, como barreras a los nuevos participantes, captura estatal, acceso privilegiado a insumos baratos, etcétera; todo esto puede ser de corta duración o de larga duración. A cada instancia de monopolio corresponde una renta, un ingreso no derivado del trabajo, una ganancia adicional por el monopolio a expensas de menores ganancias para el resto. El monopolio, por lo tanto, redistribuye la plusvalía entre capitales, pero no le agrega nada.

Esto es incluso cierto para las innovaciones tecnológicas que reducen la cantidad de trabajo requerida para producir bienes de consumo para los trabajadores, solo cuando esta innovación se generaliza, es decir, cuando deja de ser monopolizada por un capitalista individual —en otras palabras, cuando deja de ser una innovación— se traduce en una disminución del valor de la fuerza de trabajo y en un aumento correspondiente en la tasa de plusvalía. Solo entonces, y si los trabajadores no obtienen ninguna porción de estas ga-

nancias a través de salarios reales más altos, la tasa de plusvalía aumenta.

Si bien el monopolio tiene que ver con la distribución de la plusvalía, la explotación tiene que ver con su extracción. Y así como todo capitalista sueña con convertirse en monopolista, también está en el ADN de cada capitalista buscar formas de maximizar la extracción de plusvalía. Como acabamos de ver, en *El Capital* Marx analiza en detalle dos formas en que los capitalistas hacen esto, extendiendo la jornada laboral más allá del «tiempo de trabajo necesario», es decir, el tiempo necesario para reemplazar los valores consumidos por el trabajador y su familia, que Marx ha llamado plusvalía absoluta; y al cambiar la relación entre el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de trabajo excedente dentro de un día de trabajo sin cambios a través de avances de productividad que abaratan los bienes de consumo de los trabajadores, lo que él llamó plusvalía relativa. Ambos son completamente distintos de la reducción del tiempo de trabajo necesario a través de «empujar el salario del trabajador por debajo del valor de su fuerza de trabajo», la definición estándar de superexplotación, criticada más adelante en este ensayo.

De lo anterior se deduce que la renta y la superexplotación imperialistas son conceptualmente distintas, incluso si en realidad están íntimamente relacionadas. Por lo tanto, Samir Amin caía en el error de confundir los dos conceptos: «la parte visible de la renta imperialista [...] surge del grado de los precios de la fuerza de trabajo [...] La parte sumergida de la renta [surge de] el acceso a los recursos del planeta» (Samir Amin, 2018, p. 110).

Ahora podemos unir los dos elementos constitutivos del capitalismo: monopolio/competencia y explotación/superexplotación. Todo capitalista sueña con convertirse en monopolista, pero para los capitalistas en Vietnam, Camboya, México y otras naciones del sur, sus sueños siguen siendo solo eso, sueños; no tienen más remedio que depender exclusivamente de la extracción de plusvalía de sus propios trabajadores al ex-

plotarlos hasta más allá de los límites, o más bien, sacarles de lo que queda después de que los monopolistas e imperialistas hayan tomado su parte¹⁷. En contraste, el capital monopolista imperialista ha tenido la opción de compartir algunas de sus rentas monopólicas y rentas imperiales con sus propios trabajadores, comprar la paz social y expandir el mercado de sus bienes, junto con los recursos para financiar el gasto estatal en poder duro y blando para reforzar su dominio imperialista sobre las naciones sujetas.

Si los conceptos de Marx de plusvalía absoluta y relativa son insuficientes para explicar las realidades de la explotación en las redes de producción globales contemporáneas, ¿qué más necesitamos? En pocas palabras, un concepto teórico de superexplotación. Pero antes de que podamos conceptualizar la superexplotación, necesitamos un concepto de explotación más profundo y rico.

La teoría marxista de la explotación (I): el valor de la fuerza de trabajo

La fórmula aparentemente simple para la tasa de explotación, s/v , es —en un examen más detallado— cualquier cosa menos simple. El valor de la fuerza de trabajo y el valor generado por ella diferentes entre sí, muchos más de lo que generalmente se supone. El hecho de que tanto el numerador como el denominador de s/v se puedan expresar como números simples, cada uno de los cuales expresa dos partes del mismo día laboral, con la tasa de explotación dada por la relación simple entre ellos, lleva a muchos a olvidar cuán extremadamente diferentes son entre sí. Esto queda claro cuando hacemos dos preguntas elementales. ¿Qué determina el valor de la fuerza de trabajo? ¿Qué determina la cantidad del valor generado por la fuerza laboral?

¹⁷ China es una excepción extremadamente importante pero todavía parcial a esto, por lo que está en curso de colisión con las potencias imperialistas en ejercicio, principalmente Japón y Estados Unidos.

Tomando estas preguntas a su vez, los determinantes del valor de la fuerza de trabajo pueden dividirse en siete elementos.

1. La fecundidad de la naturaleza, es decir, la disponibilidad inmediata de alimentos, materiales de construcción; y su hospitalidad —la necesidad de protección contra los elementos, etc. Por ejemplo, si se tarda más en capturar peces, el valor de la fuerza de trabajo que depende de ellos para su sustento debe aumentar si los niveles de consumo se mantienen igual;
2. la proporción de los valores de uso requeridos para la reproducción de la fuerza de trabajo que son proporcionados libremente por el trabajo doméstico, la economía no capitalista, etc.
3. la productividad del trabajo en las ramas de la economía capitalista que producen bienes de consumo para los trabajadores;
4. la incidencia de la superexplotación en esas ramas;
5. el tamaño del componente llamado «moral e histórico» del valor de la fuerza de trabajo, es decir, el grado en que la lucha de clases y la evolución social general (diferentes formas de decir lo mismo) han resultado en la incorporación de nuevas necesidades para la reproducción de la fuerza de trabajo;
6. el grado promedio de complejidad/calificación del trabajo dentro de una economía nacional, que está estrechamente relacionado con su estructura productiva, pero que también está relacionado con el elemento «moral e histórico» mencionado anteriormente;
7. la intensidad de la opresión y la subyugación de los trabajadores en una economía nacional dada, incluida la ferocidad de la represión patronal/estatal, el grado de unidad/desunión de la clase trabajadora, la escasez estructural o la super abundancia de la fuerza laboral, los controles fronterizos suprimiendo la libre movilidad del trabajo.

Cada uno de los determinantes del valor de la fuerza de trabajo requiere un capítulo para sí mismo, y cada uno se presta a la investigación empírica, así como a la reflexión teórica. Aquí solo tenemos espacio para la discusión más breve.

Ninguno de estos factores, ni siquiera el primero, es puramente endógeno. Considere, por ejemplo, las consecuencias para cientos de millones de personas trabajadoras en todo el Sur global de la sobrepesca por parte de las flotas pesqueras imperialistas, o el impacto del cambio climático engendrado por el imperialismo sobre la fecundidad y la hospitalidad de la naturaleza.

El segundo factor enumerado, es decir, la fuerza del patriarcado, el tamaño de la economía no capitalista, etcétera, es fundamentalmente una consecuencia del imperialismo. De su «desarrollo del subdesarrollo» destaca la necesidad de que la teoría del valor adopte la teoría de la reproducción social, cuya negligencia por parte de la economía política marxista tiene mucho que ver con la reticencia de este último a abandonar las simplificaciones que Marx hizo para lograr su «teoría general» del capital.

El tercer factor ha experimentado una enorme transformación durante la era neoliberal, con la reubicación masiva de industrias que producen bienes de consumo para los trabajadores de países de bajos salarios.

El cuarto factor debe considerarse en conjunto con el tercero, el valor de la fuerza de trabajo está determinado no solo por la productividad de los trabajadores empleados en la producción de bienes de consumo, sino también por el grado en que son superexplotados. Los talleres clandestinos de producción abaratan estos productos y reduce el valor de la fuerza de trabajo que depende de ellos.

El quinto factor, el elemento «moral e histórico», está determinado por la lucha de clases, y esto tiene lugar a nivel nacional e internacional. Lo que los trabajadores logran incorporar al valor de su fuerza de trabajo en cualquier país es el resulta-

do de la lucha de clases global, no solo la lucha dentro de ese país en particular. Por ejemplo, fue el aumento de las luchas de liberación nacional en las colonias y neocolonias de Gran Bretaña, no solo el movimiento de reforma social en el país, lo que convenció a sus gobernantes imperialistas de conceder atención médica y educación gratuitas a los trabajadores de Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial. Su objetivo no era solo pacificar a los trabajadores dándoles lo que quieren, sino forjar un «contrato social» con los líderes de sus sindicatos y el Partido Laborista, y así asegurar su apoyo activo a las guerras contra los pueblos insurgentes en sus colonias y neocolonias. Por otro lado, a pesar de que los trabajadores fuera de los países imperialistas han sido excluidos de disfrutar de estas ganancias, se han incorporado progresivamente a lo que todos los trabajadores consideran sus derechos.

El sexto factor también es una función del desarrollo imperialista: en las naciones imperialistas, una proporción mucho mayor (aunque todavía minoritaria) de la clase obrera funciona como mano de obra compleja/calificada, en relación con el capitalismo dependiente. Pero también debemos recordar la advertencia de Marx de que en gran parte de la clase trabajadora la distinción entre mano de obra calificada y no calificada se basa en la «ilusión pura» como han puesto de manifiesto, por ejemplo, las mujeres que luchan por la igualdad de remuneración.

El séptimo factor, por último, expresa el grado de opresión nacional que sufren los trabajadores en una nación determinada, es decir, el grado en que se viola su igualdad con los trabajadores de otras partes del mundo. Se argumenta aquí que en la era neoliberal este se ha convertido en el factor más importante de todos, y es un determinante clave del cuarto factor, cuya importancia también ha aumentado enormemente.

Es interesante comparar esta lista de factores que determinan el valor de la fuerza de trabajo con una lista elaborada por Marx:

El valor de la fuerza de trabajo está determinado por el valor de los medios de subsistencia que habitualmente necesita el obrero medio. La masa de estos medios de subsistencia, aunque pueda cambiar su forma, en una época determinada y en una sociedad determinada, está dada, y, por consiguiente, se la puede tratar como una magnitud constante. Lo que varía es el valor de esta masa. Otros dos factores entran en la determinación del valor alcanzado por la fuerza de trabajo. Por una parte, sus costos de desarrollo, que varían con el modo de producción; por otra parte, su diferencia de naturaleza, según se trate de fuerza de trabajo masculina o femenina, madura o inmadura (Marx, [1867] 2001, p. 629).

De esto podemos extraer cuatro factores; su correspondencia con los siete factores determinantes del valor de la fuerza de trabajo en mi lista se observa entre paréntesis al final de cada uno de ellos:

1. La cantidad de medios de subsistencia requerida por el trabajador promedio (1, 5, 6);
2. el valor de esta cantidad (es decir, la cantidad de trabajo socialmente necesario requerido para producirla) (3, 4, 7);
3. el costo de desarrollar la fuerza laboral (es decir, sus costos de reproducción, incluidos los de los dependientes del trabajador) (2, 6);
4. la diversidad natural de la fuerza de trabajo (es decir, de hombres y mujeres, niños y adultos), esto no es aplicable. Dejo la fuerza de trabajo de los niños fuera del esquema y discuto que haya algo «natural» en el valor de la fuerza laboral masculina y femenina.

Las diferencias entre las dos listas reflejan la diferencia en los niveles de abstracción desplegados por Marx en su búsqueda de una «teoría general» del capital y el objetivo de este trabajo, que es una teoría del valor del imperialismo; y también reflejan la evolución del capitalismo en los 150 años desde que Marx publicó el volumen 1 de *El Capital*. Está claro que muchos

factores determinan el valor de la fuerza de trabajo y que su peso relativo cambia mucho de un período histórico a otro y de un país a otro; todo lo cual subraya por qué nuestro concepto de explotación debe ser concreto, actualizado e informado por análisis empírico, no simplemente levantado fácilmente de *El Capital* de Marx y aplicado mecánicamente a la realidad imperialista contemporánea como si las transformaciones del último siglo y medio nunca hubieran ocurrido.

La teoría marxista de la explotación (II): el valor generado por la fuerza de trabajo

Ahora pasamos a considerar el otro elemento en la fórmula para la tasa de explotación, «s». La ley del valor se basa en un principio fundamental: «El valor que produce la fuerza de trabajo [...] no depende del valor mismo de la fuerza de trabajo sino de la duración de su funcionamiento» (Marx, [1867] 2001, p. 656). Además, como hemos visto anteriormente, el valor que produce la fuerza de trabajo en un período de tiempo determinado también es completamente independiente de su valor, de su productividad y de la composición orgánica del capital del que forma parte. Marx enfatizó repetidamente el principio fundamental en muchos lugares a lo largo de su gran trabajo, por ejemplo:

La jornada de trabajo de magnitud dada se representa siempre en el mismo producto de valor, por más que varíe la productividad del trabajo y, con ella, la masa de productos y por tanto el precio de la mercancía singular. Si el producto de valor de una jornada de trabajo de 12 horas es de 6 chelines, por ejemplo, aunque la masa de los valores de uso producidos varíe con la fuerza productiva del trabajo y, por tanto, el valor de 6 chelines se distribuye entre un número mayor o menor de mercancías (Marx, [1867] 2001, pp. 630-631).

¿Qué otros factores, además de la duración, entran en juego? La intensidad del trabajo es uno: un trabajador que trabaje el doble de rápido que otro producirá el doble de valor al

mismo tiempo. Sin embargo, no está para nada claro que los trabajadores en los países imperialistas trabajen con mayor intensidad que los de los países con salarios bajos, e incluso la jornada laboral y la semana laboral tienden a ser muchas más largas en países de bajos salarios. Por lo tanto, podemos dejar esto fuera de nuestro análisis y asumir, como lo hizo el propio Marx en la cita anterior, que todo el trabajo vivo se gasta con la misma intensidad.

Otro es el grado de calificación o habilidad, discutido con anterioridad al refutar el argumento de Callinicos y Kidron de que las diferencias en el grado de calificación de la fuerza laboral entre países explican las diferencias en los salarios entre ellos o las diferencias en la cantidad de valor que generan en un período de tiempo dado. Por las razones expuestas, esto también puede excluirse de nuestro «concepto universal concreto» (Ilyenkov, 1960, pp. 84-88) de explotación capitalista.

También debe considerarse que el valor generado por el trabajo vivo se determina *ex post*, cuando el valor de los productos producidos por este trabajo se realiza a través de su venta:

El valor de una mercancía no se determina por la cantidad de trabajo efectivamente objetivado en ella, sino por la cantidad de trabajo vivo necesario para su producción. Supongamos que una mercancía representa 6 horas de trabajo. Si se efectúan invenciones gracias a las cuales se puede producir en 3 horas, también el valor de la mercancía ya producida se reduce a la mitad (Marx, [1867] 2001, p. 653).

Este es un asunto importante y complejo, pero puede excluirse de forma segura de la discusión actual por dos razones. Primero, si bien la determinación de valor *ex post* afecta la tasa de plusvalía y la tasa de ganancia, no tiene ningún efecto sobre la tasa de explotación, ya que la división de la jornada laboral en fuerza de trabajo necesaria y fuerza de trabajo excedente no se ve afectada por el hecho de que la fuerza de trabajo se esté empleando productivamente o no, ya sea que se desperdicie o se vendan los productos que produce sus productos.

En segundo lugar, solo entra en juego a medida que la productividad del trabajo avanza. Este avance será más o menos rápido en diferentes ramas de producción y en diferentes países, y está lejos de ser claro que la productividad esté avanzando ahora en los países imperialistas más rápido que en otras regiones. La subcontratación de la producción en países de bajos salarios ha sido una alternativa cada vez más difundida frente a las ganancias obtenidas por la inversión doméstica en nueva y más productiva tecnología.

Finalmente, debemos considerar el caso especial de los trabajadores empleados por un capitalista individual que posee una innovación técnica o tecnológica que le permite producir una mercancía de manera más eficiente, es decir, más barata, de lo que es la norma para esa rama de producción en particular. Marx dice: «El trabajo cuya fuerza productiva es excepcional opera como trabajo potenciado intensificado; esto es, en lapsos iguales genera valores superiores a los que produce el trabajo social medio del mismo tipo» (Marx, 2001, p. 386). A primera vista, esto parece contradecir la afirmación de Marx de que el mismo trabajo produce el mismo valor total, independientemente de la variación de la productividad.

La contradicción entre las dos afirmaciones de Marx solo es aparente porque, en la primera de estas citas, Marx se enfoca en niveles de productividad específicos de la empresa, mientras que en la segunda de estas citas él se abstrae de estas. Las diferentes tasas de plusvalía de las que Marx habla en la primera cita tratan exclusivamente de las diferencias de productividad entre empresas individuales dentro de una rama de producción de productos idénticos, pero en diferente tiempo de trabajo. Transponer estas diferencias de productividad específicas de la empresa a diferencias entre sectores enteros con diferentes composiciones orgánicas es un error importante, una lectura fundamentalmente errónea de la teoría del valor de Marx. Sin embargo, esto es exactamente lo que argumentan los marxistas que niegan el imperialismo, pues están muy

interesados en «probar» que los trabajadores en las industrias más avanzadas, intensivas en capital, producen más valor por hora de trabajo vivo, y que, por extensión, los trabajadores en las naciones más avanzadas producen más valor que los de las naciones subdesarrolladas y, por lo tanto, son igualmente explotados.

La distribución desigual de la plusvalía se da entre capitalistas «en el mismo negocio», es decir, que producen los mismos productos. El capitalista más productivo capturará una parte adicional de la plusvalía a expensas de los competidores cuya productividad es menor que el promedio en esa rama particular de producción¹⁸. Debe quedar claro que esto solo se aplica a los capitales individuales en competencia directa entre sí, y de ninguna manera implica que las ramas de producción con composiciones orgánicas más altas tienen una tasa de plusvalía más alta que aquellos en las ramas de producción con menores composiciones orgánicas. Discuto este tema fascinante e importante con más profundidad en *Imperialism in the Twenty-First Century* (Smith, 2016, pp. 241-244), concluyendo lo siguiente:

... suponiendo una mano de obra de intensidad y complejidad promedio [...] toda la fuerza de trabajo gastada por los trabajadores empleados en los capitales menos productivos cuenta igualmente para el valor total, incluso si una parte desproporcionada de la misma es capturada por los capitalistas más productivos. Las ganancias adicionales de los capitalistas más productivos no se derivan de sus propios trabajadores más productivos, sino del trabajo excedente extraído de los trabajadores empleados por capitales tecnológicamente deficientes [...] Por lo tanto, el valor generado por los trabajadores productivos en un período de tiempo determinado es independiente de su

¹⁸ «Cuando Marx declara que las empresas que operan con una productividad por debajo del promedio obtienen menos del beneficio promedio ... esto solo ... significa que el valor o la plusvalía realmente producida por sus trabajadores es apropiada en el mercado por las empresas que funcionan mejor. No significa en absoluto que hayan creado menos valor o plusvalía que la indicada por la cantidad de horas trabajadas en ellos» (Mandel, 1975, p. 101).

productividad, incluso si el valor agregado capturado por sus empleadores sigue siendo altamente dependiente de esto. Esto es tan fundamental que debe repetirse: un trabajador siderúrgico que opera maquinaria tecnológicamente más sofisticada no produce más valor de cambio, simplemente le permite a su empleador capitalista capturar una mayor parte de él. De ello se deduce que la tasa de explotación, suponiendo salarios iguales, igual intensidad de trabajo, etcétera, no es más alta en capitales más productivos que en capitales menos productivos, como argumentan los críticos marxistas de la teoría de la dependencia.

Sobre la base de las simplificaciones y aclaraciones anteriores, está claro que ninguno de los siete factores que determinan el valor de la fuerza de trabajo discutidos anteriormente tienen alguna relación con el valor generado por él. Incluso si relajamos las simplificaciones e incluimos la intensidad, la calificación y la determinación *ex post* del valor, está claro que los determinantes del numerador y el denominador en la fórmula para la tasa de explotación tienen muy poco en común entre sí; que nuestra pequeña fórmula simple, s/v , es mucho más compleja de lo que generalmente se supone; y que referencias en la tasa de explotación que no tengan esto en cuenta producen mala ciencia.

La teoría marxista de la superexplotación

Anteriormente vimos muchos ejemplos de «la constante imbricación entre pago de la fuerza de trabajo por su valor y por debajo de este a lo largo de todo *El Capital*» (Osorio, 2018, p. 166). La forma en que Marx planteó la pregunta, la «reducción de los salarios por debajo de su valor», se ajustó a su «análisis general del capital», en el que asumió una economía unitaria única y una competencia perfecta entre los capitalistas y entre los trabajadores, la condición para todas las mercancías para vender a su valor¹⁹, y para que la fuerza de trabajo tenga un valor único.

¹⁹ O, más bien, vender a precios que corresponden a la forma modificada de su valor que Marx llamó «precios de producción», precios consistentes con la igualación de la tasa de ganancia entre diferentes capitales.

Para conceptualizar la superexplotación a nivel no del «capital en general», sino de la economía capitalista global contemporánea, se requiere una modificación significativa a la formulación de Marx: a nivel global, no se trata tanto de que los salarios estén por encima o por debajo de lo común, de un valor único, sino de que el valor de la fuerza de trabajo, y no solo el salario, se reduce en algunos países pero no en otros.

En otras palabras, lo crucial no es tanto si el valor de la fuerza laboral sea incumplido por la subremuneración, sino, como se destacó al comienzo de este ensayo, la vulneración de la igualdad de los trabajadores, una violación que se refleja en su fuerza con valores diferentes. El intento de Katz de «corregir» el concepto de Marini afirmando que la fuerza de trabajo tiene valores diferentes dependiendo de dónde reside, y que, debido a esto, «el concepto de pago de la fuerza de trabajo por debajo de su valor debe ser sustituido por una remuneración más baja de ese recurso» (Katz, 2017, p. 10) no nos lleva a ninguna parte, por dos razones. Primero, si aceptamos (como deberíamos) que el valor de la fuerza de trabajo varía ampliamente entre los diferentes países, la pregunta que debe responderse es ¿por qué varía tanto? En segundo lugar, Katz argumenta que esta corrección convierte a la superexplotación en un fenómeno menor, no sistémico, que es tan probable que se encuentre en los países «centrales» como en la «periferia»²⁰. Pero esto solo puede ser cierto si estamos de acuerdo con su afirmación de que «la magnitud del trabajo excedente [...] es claramente mayor en las economías más productivas del centro» (Katz, 2017, p. 10). Esto es idéntico al argumento presentado por los marxistas que niegan el imperialismo discutidos anteriormente en este capítulo, un argumento basado en la combinación de las definiciones de productividad, de valor de uso y de valor de cambio. En otras palabras, no es más que economía burguesa disfrazada de economía marxista.

²⁰ Sobre esta base, Claudio Katz argumentó que «la teoría de la dependencia no requiere un concepto de superexplotación omitido por Marx» (Katz, 2017: 15); Jaime Osorio respondió que la propuesta de Katz de «la reformulación de la teoría marxista de la dependencia no es otra cosa que un llamado a su claudicación» (Osorio, 2018: 179).

Como hemos visto, Marx excluyó reiterada y explícitamente la supresión de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo de su «teoría general» del capital, enfatizando repetidamente la importancia de esto en la vida real. La reducción en el valor de la fuerza laboral al suprimir los niveles de consumo (o lo que equivale a lo mismo, trasladar la producción a países donde los niveles de consumo, y con ellos, el valor de la fuerza laboral es mucho menor) es una tercera forma distinta de aumentar la plusvalía²¹ y ha adquirido una importancia increíble durante la era neoliberal, convirtiéndose en la fuerza impulsora de su mayor transformación, el medio más importante para aumentar la tasa de plusvalía y contrarrestar la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

El redescubrimiento de esta tercera forma de plusvalía es el avance que hace posible aplicar los conceptos dinámicos y científicos contenidos en *El Capital* a la realidad imperialista concreta, y fue realizado por Andy Higginbottom en un documento de conferencia de 2009 titulado *The Third Form of Surplus Value Increase*, en el que se basó en el trabajo de Marini y lo desarrolló aún más en una serie de artículos innovadores, algunos de ellos citados en este ensayo. En su artículo de 2009 dijo: «Marx analiza tres formas distintas en que el capital puede aumentar la plusvalía, pero solo menciona dos de ellas como plusvalía absoluta y plusvalía relativa. El tercer mecanismo, la reducción de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo, Marx lo ubica en la esfera de la competencia y fuera de su análisis». El autor desarrolla esta idea en artículos posteriores, donde por ejemplo, criticando la lectura ortodoxa estándar de *El Capital*, dice:

²¹ En *La Dialéctica de la Dependencia*, Marini argumenta: «el concepto de superexplotación no es idéntico al de plusvalía, ya que incluye también una modalidad de producción de plusvalía relativa—la que corresponde al aumento de la intensidad de trabajo. Por otra parte, la conversión de parte del fondo de salario en fondo de acumulación de capital no representa rigurosamente una forma de producción de plusvalía absoluta, puesto que afecta simultáneamente los dos tiempos de trabajo al interior de la jornada laboral, y no sólo al tiempo de trabajo excedente, como pasa con la plusvalía absoluta. Por todo ello, la superexplotación se define más bien por la mayor explotación de la fuerza física del trabajador, en contraposición a la explotación resultante del aumento de su productividad, y tiende normalmente a expresarse en el hecho que la fuerza de trabajo se remunere por debajo de su valor real» (Marini, 1973: 93).

No está claro [...] por qué alargar la jornada laboral [plusvalía absoluta]; y el efecto indirecto, no intencional y mediado del aumento de la productividad laboral en la disminución del valor de la fuerza de trabajo [plusvalía relativa] pertenece a la naturaleza interna del capital, mientras que el capital que disminuye directamente los salarios no. Los tres mecanismos aumentan la tasa de plusvalía [...] La disminución directa de los salarios [es] crucial para el análisis del capitalismo como imperialismo y un sistema mundial (Higginbottom, 2011, p. 284).

El impulso de monopolio de los capitalistas, es decir, el deseo de capturar la plusvalía a expensas de otros capitalistas, junto con su insaciable deseo de mano de obra superexplotable, se combinan para dictar la trayectoria imperialista innata e inexorable del capitalismo, el único camino posible que el capitalismo pudiera haber tenido. Ambos elementos, el monopolio y la superexplotación, son absolutamente esenciales para el concepto de imperialismo; definir el imperialismo únicamente en términos de monopolio es unilateral y por lo tanto, falso; y olvida la otra definición de Lenin que se repite con frecuencia: «La división de las naciones en opresores y oprimidos [es] la esencia del imperialismo» (Lenin, [1915] 1964, p. 409), que hoy se expresa en la estructura de *apartheid* de la fuerza laboral global y la superexplotación que engendra.

Si es así, ¿por qué la superexplotación no es el centro del concepto de imperialismo de Lenin, como se expone en *Imperialismo, fase superior del capitalismo*, junto con el monopolio?

La respuesta corta es que está en el centro, y el lector puede encontrarlo si lo busca, pero está enrollado y por una buena razón. Como se argumentó anteriormente, no es razonable que esperemos encontrar, en los escritos de Lenin y en otros escritos en el momento del nacimiento de la etapa imperialista del capitalismo, una teoría del imperialismo que sea capaz de explicar su forma moderna completamente desarrollada. Hace un largo siglo, la relación entre las naciones imperialistas y oprimidas era en gran medida una relación entre las formaciones sociales capitalistas y precapitalistas, en marcado contraste

con el mundo actual, en el que las relaciones sociales capitalistas han establecido un dominio casi total, y las relaciones entre las naciones imperialistas y oprimidas tienen lugar casi por completo con la órbita de la relación capital-trabajo. Lenin no podría haber incluido una concepción de cómo se produce el valor en los procesos de producción globalizados porque la ocurrencia a gran escala de este fenómeno pertenece a una fase posterior de desarrollo capitalista de la que él vivía. Estas circunstancias han resultado en una desconexión inevitable, que persiste hasta el día de hoy, entre la teoría del imperialismo de Lenin y la teoría del valor marxista, aunque no era inevitable que esta desconexión persistiera hasta el día de hoy; por esto nos tenemos que culpar.

Como dijo Lenin en el prefacio de la edición francesa y alemana de su famoso folleto sobre el imperialismo, «enormes superganancias» se acumulan en «un puñado de países excepcionalmente ricos y poderosos que saquean el mundo entero» (Lenin, [1921] 1964, p. 193). Estas superganancias surgen del privilegio imperial, del incumplimiento monopolístico del intercambio equitativo. Las superganancias imperialistas pueden tomar muchas formas: desde la esclavitud y todas las demás formas viles de extorsión, robo desnudo e ilegalidad, o desde la superexplotación, en la que el intercambio que se viola es el que tiene lugar entre el capital y el trabajo (mediado por los empleadores directos, burguesías nacionales, etc.). En este caso, la igualdad que se viola es la igualdad entre los proletarios, cuya importancia central se destacó al comienzo de este ensayo.

La insaciable lujuria de los capitalistas por una mano de obra súper explotable, junto con su deseo permanente de cosechar donde no han sembrado, transgredir la igualdad del intercambio entre los agentes libres, proporciona el impulso para el imperialismo, por lo que el imperialismo no puede reducirse al monopolio o a la maduración/hipertrofia del capital, o de cualquier otro de sus efectos. El arbitraje laboral global, la sustitución de trabajadores relativamente bien re-

munerados por los trabajadores de bajos salarios en naciones sujetas, la fuerza impulsora de la globalización y el cambio global de producción que ha modificado la era neoliberal, es la expresión más pura de este impulso.

La superexplotación del trabajo asalariado desempeñó un papel menor en las primeras etapas del imperialismo capitalista, cuando el saqueo imperial se manifestó en la extracción rapaz de los recursos minerales, a menudo con trabajo forzado, junto con diversas formas de usura financiera y extorsión. El intercambio desigual, es decir, los términos de intercambio desfavorables y deteriorados de las exportaciones de productos primarios del Sur (ya presentes, como Marini ha señalado, desde mediados del siglo XIX), adquirieron una importancia preeminente en el largo período que condujo a la era neoliberal; contribuyendo poderosamente a una deuda exponencialmente creciente, que se convirtió en una fuente importante y continua de saqueo por derecho propio; finalmente, la globalización de la producción característica de la era neoliberal convirtió el trabajo vivo en el cultivo que se cosechará, el recurso que se extraerá. Y esto, durante la era neoliberal, se ha convertido en la forma predominante de saqueo imperial.

Esto trae a la mente una idea luminosa de Evald Ilyenkov que está a años luz de las banalidades de «la teoría del desarrollo desigual y combinado» (que, para muchos marxistas que niegan el imperialismo, sirve como un sustituto insípido de una teoría del imperialismo): «Muy a menudo [...] la verdadera causa objetiva de un fenómeno aparece en la superficie del proceso histórico más tarde que su propia consecuencia» (Ilyenkov, 1960, p. 217).

Conclusión

El impulso de los capitalistas al monopolio, es decir, su deseo de capturar la plusvalía a expensas de otros capitalistas, junto con su lujuria insaciable por trabajo superexplotable, se combina para definir la trayectoria imperialista que es innata

e inexorable en el capitalismo. El imperialismo y la superexplotación están por lo tanto inseparablemente conectados. Una teoría del imperialismo del siglo XXI debe explicar cómo la superexplotación modifica la relación de valores. Una teoría del imperialismo que no lo hace es inútil, nula y, necesariamente, una negación del imperialismo, incluso si aquellos que lo niegan continúan usando «imperialismo» como un término descriptivo.

Referencias

AMIN, S. (2018). *Modern Imperialism, Monopoly Finance Capital, and Marx's Law of Value*. New York: Monthly Review Press.

BETTELHEIM, C. (1972). Some Theoretical Comments by Charles Bettelheim. pp. 271–322. En Emmanuel, Arghiri (1972). *Unequal Exchange, A Study in the Imperialism of Trade*. London: NLB.

CALLINICOS, A. (1992). Race and Class. En *International Socialism* (2)55. Recuperado de <https://www.marxists.org/history/etol/writers/callinicos/1992/xx/race-class.html>.

CALLINICOS, A. (2009). *Imperialism and Global Political Economy*. Cambridge: Polity Press.

COPE, Z. (2019). *The Wealth of (Some) Nations*. London: Pluto Press.

ENGELS, F. [1847] (1977). The Communists and Karl Heinzen. En *Marx and Engels Collected Works, vol. 6*. Moscow: Progress Publishers.

HARRIS, N. (1986). Theories of Unequal Exchange. *International Socialism* (2)33.

HIGGINBOTTOM, A. (2009). *The Third Form of Surplus Value Increase*, trabajo presentado en la Historical Materialism Conference, London. Recuperado de https://www.academia.edu/11418979/Third_form_of_extraction_surplus_value.

HIGGINBOTTOM, A. (2011). The System of Accumulation in South Africa: Theories of Imperialism and Capital. En *Économies et Sociétés*, (45)2, pp. 261–288.

HIGGINBOTTOM, A. (2014). Imperialist Rent in Practice and Theory. En *Globalizations* (11)1, pp. 23–33. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/263569325_'Imperialist_Rent'_in_Practice_and_Theory.

HIGGINBOTTOM, A. (2018). Enslaved African labour in the Americas: from primitive accumulation to manufacture with racial violence. En *Revista de Estudos e Pesquisas sobre as Américas* (12)1. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/323583151_Enslaved_African_labour_in_the_Americas_from_primitive_accumulation_to_manufacture_with_racial_violence.

ILYENKOV, E. (1960). *The Dialectic of the Abstract and the Concrete in Marx's Capital*. Moscow: Progress Publishers.

KATZ, C. (2017). *Aciertos y Problemas de la Superexplotación*. Recuperado de <https://katz.lahaine.org/b2-img/ACIERTOSYPROBLEMAS-DELASUPEREXPLOTACION.pdf>.

KIDRON, M. (1974). Black Reformism: the Theory of Unequal Exchange. En *Capitalism and Theory*. London: Pluto Press.

LATIMER, A. (2016). Superexploitation, the Race to the Bottom and the Missing International. En Bâ, S. M. y Ness, I. (ed.). *The Palgrave Encyclopedia of Imperialism and Anti-Imperialism*, pp. 1136-1150. New York: Palgrave Macmillan.

LENIN, V. I. [1902] (1978). *What Is to Be Done?* Beijing: People's Publishing House.

LENIN, V. I. [1915] 1964. The Revolutionary Proletariat and the Right of Nations to Self-Determination. En *Collected Works*, vol. 21, pp. 407-11. Moscow: Progress Publishers.

LENIN, V. I. [1916] (1964). Imperialism, the Highest Stage of Capitalism. En *Collected Works*, vol. 22, 185-305. Moscow: Progress Publishers.

LENIN, V. I. [1921] (1964). *Collected Works*, Vol. 22, pp. 189-195. Moscow: Progress Publishers.

MANDEL, E. (1975). *Late Capitalism*. London: NLB.

MARINI, R. M. (1973). *Dialéctica de la Dependencia*. México DF: Ediciones Era.

MARX, K. (1987). Marx to Engels. En *Collected Works*, vol. 42. Moscow: Progress Publishers.

MARX, K. (2001). *El Capital, Tomo 1*. México: Siglo XXI Editores.

MARX, K. (2007). *El Capital, Tomo 3*. México: Siglo XXI Editores.

Osorio, J. (2018). Acerca de la superexplotación y el capitalismo dependiente. *Cuadernos de Economía Crítica* (4)8, pp. 153-181.

OSORIO, J. (2019). *Cuestiones epistémicas en el análisis de la dependencia y del capitalismo dependiente*. Recuperado de <https://herramienta.com.ar/articulo.php?id=3006>.

SHAIKH, A. (1980). The Laws of International Exchange. En Nell, Edward J. (ed.). *Growth, Profits and Property: Essays in the Revival of Political Economy*, pp. 104–135. Cambridge: Cambridge University Press.

SMITH, J. (2012). *La ilusión del PIB – Valor añadido frente a valor capturado*. Recuperado de <https://www.monthlyreviewencastellano.com/numero-13>.

SMITH, J. (2016). *Imperialism in the Twenty-First Century—Globalisation, Super Exploitation, and Capitalism's Final Crisis*. New York: Monthly Review Press.

SWEEZY, P.M. (1981). *Four Lectures on Marxism*. New York: Monthly Review Press.

VASUDEVAN, R. (2019). The Global Class War. *Catalyst* (3)1.

El moribundo capitalismo competitivo

E. Ahmet Tonak¹

Introducción

Un día de la década de 1980, mi abuelo materno estaba sentado en un parque en los suburbios de Londres. Un hombre británico mayor se acercó a él y lo advirtió con su dedo en la cara. «¿Por qué estás aquí?», demandó el hombre. «¿Por qué estás en mi país?».

«Porque somos los acreedores», respondió mi abuelo, que había nacido en India, trabajado toda su vida en la Kenia colonial y era ahora un jubilado en Londres. «Ustedes se llevaron todas nuestras riquezas, nuestros diamantes. Ahora hemos venido a recaudar». Estamos aquí, decía mi abuelo, porque ustedes estuvieron allí.

Suketu Mehta. *This Land Is Our Land*

En esta era de la globalización, el concepto de imperialismo ha perdido algo de su prestigio teórico; incluso una breve referencia es susceptible de ser considerada banal y poco sofisticada. Es interesante que la relativamente reciente popularidad del concepto y la formulación de nuevas teorías competitivas del imperialismo se han enfocado mayormente en sus mani-

¹ Visiting Professor, UMass Amherst, Departamento de Economía y economista en el Tricontinental: Instituto de Investigación Social. Sin implicarlos, me siento muy en deuda con I.C. Schick, V. Prashad, y Z. Ü. Kutlu por sus sugerencias.

festaciones políticas (tales como guerras e invasiones militares) o en las consecuencias económicas de las relaciones imperialistas capitalistas² (como desigualdad y pobreza). Sin negar el significado político y la urgencia de desarrollar un análisis de la dominación política de los países capitalistas avanzados (el Norte Global) sobre los menos avanzados (el Sur Global), me centro aquí en el rol jugado por las relaciones económicas desiguales entre el Norte y el Sur para constituir la base de la dominación política. Al mismo tiempo, considero las fuentes de las desigualdades domésticas e internacionales como características inherentes al desarrollo capitalista, para el cual la motivación económica es fundamental. Es dentro de este marco que los mecanismos de transferencia de valor deben ser vistos como una forma de reproducir la desigualdad entre las economías capitalistas sustentada por los procesos globales de acumulación del capital.

Ciertos participantes activos en los debates actuales sobre imperialismo, especialmente David Harvey, han argumentado que la interpretación clásica del imperialismo ya no tiene tanto poder explicativo y que la dirección de la transferencia de valor se ha revertido en los últimos años³. Si bien las interpretaciones clásicas del imperialismo —por ejemplo aquellas de Bujarin, Luxemburgo y Lenin— no son perfectas, no puedo estar de acuerdo con la desestimación de Harvey a las contribuciones anteriores. Además, encuentro la especulación de Harvey sobre la inversión de la dirección de la transferencia

² Uso el término *imperialistas capitalistas* para distinguir el foco de otras relaciones imperialistas que han existido históricamente entre países fuertes y débiles (territorios, comunidades, etc.) en modos de producción precapitalistas.

³ Como es frecuentemente citado, Harvey escribe que «aquellos de nosotros que piensan que la vieja categoría de imperialismo no encuadra demasiado bien en estos tiempos no negamos para nada los complejos flujos de valor que expanden la acumulación de riqueza y poder en una parte del mundo a expensas de la otra. Simplemente pensamos que los flujos son más complejos y que constantemente cambian de dirección. El histórico drenaje de riqueza del Este al Oeste durante más de dos siglos, por ejemplo, ha sido revertido en gran medida durante los últimos 30 años.» (Harvey, 2017:169) John Smith identifica a estos escritores, usando un término bastante cargado, como «negadores del imperialismo», y a aquellos que tienen diferentes formulaciones del mecanismo de transferencia de valor como «Euro-Marxists», otro adjetivo políticamente cargado.

de valor es poco sólida teórica y empíricamente. En contra de esas visiones, argumento que el imperialismo está activo y, más importante aún, limita los intentos de desarrollo económico autónomo en el Sur. Sin negar la dificultad empírica de estimar su monto total y neto, no hay dudas de que los países imperialistas continúan extrayendo bienes del Sur global.

También vale la pena notar que la mayoría de las conceptualizaciones más recientes del imperialismo desde Lenin (e incluso desde Hilferding y Hobson) han estado basadas en la idea de poder, específicamente del poder de grandes firmas monopolistas. El reclamo de Lenin fue lo suficientemente sencillo: el capitalismo ha finalmente llegado a su fase final (capitalismo monopolista), el imperialismo. Debo agregar que un número de modificaciones conceptuales al concepto de capitalismo monopolista han sido propuestas desde la formulación superficial de Lenin sobre la última fase del capitalismo. En particular, la reconceptualización que hicieron Paul Baran y Paul Sweezy, que definieron el monopolio como la ausencia de competencia y discutieron la inaplicabilidad de la teoría del valor de Marx, ha dominado la mayoría de los análisis del capitalismo moderno en la izquierda.

¿Pero esto es realmente así? ¿Y cómo desapareció la competencia exactamente hacia fines del siglo XIX? Por el contrario, yo diría que la competencia más que desaparecer, se intensificó mientras el capitalismo se desarrollaba y atravesó el proceso de centralización y concentración del capital. Aquellos que afirmaron que la fase actual del capitalismo debía ser entendida como monopolista se han apoyado principalmente en una noción implícita de libre competencia (o competencia pura o perfecta) *vis-á-vis* la fase anterior del capitalismo⁴, una

⁴ Es interesante que varios aspectos de la competencia capitalista real, como ha sido formulada inicialmente por Marx, están atribuidos al monopolio. Para demostrar el uso innecesario del monopolio y el significado y la aplicabilidad funcional de la competencia al capitalismo moderno, reemplacé el término «monopolio» por «competencia» (con mínimas modificaciones) en la siguiente cita del nuevo libro de Smith sobre imperialismo. Como los lectores certificarán, la cita modificada cobra perfecto sentido y la necesidad del término «monopolio» es, al menos, cuestionable: «La *competencia* posee formas variadas. Algunas se refieren a producción, o sea, a innovaciones tecnológicas que permi-

noción que no está relacionada a la concepción de Marx de competencia real como la guerra entre unidades del capital (y entre los mismos trabajadores⁵). Marx asumió que esta guerra competitiva opera en y a través de las naciones, en otras palabras, es un proceso de regulación central que funciona tanto doméstica como internacionalmente⁶. Obviamente en la base de esta competencia está el hecho que el capital es principalmente conducido por la ganancia, y que esto atañe no solo a las crisis y a los ciclos productivos, sino también al aumento del ejército de reserva de trabajo a escala mundial.

Aunque generalmente se asume exactamente lo opuesto, quisiera discutir que el rol del Estado se ha vuelto más significativo a medida que el capitalismo se ha expandido globalmente. La función principal del Estado capitalista siempre ha sido crear tierra fértil con fines de lucro, tanto doméstica como internacionalmente. El cumplimiento de esta función va de la mano con un marco ideológico en el que conceptos

ten a un capitalista individual producir una cierta mercancía más eficientemente que otros; otras hacen referencia a la distribución (mercado u otras formas de *competencia* en el mercado, barreras a nuevas entradas, captura del Estado, acceso privilegiado a insumos baratos, etc.); todas pueden ser efímeras o duraderas. Es común a todas las formas de *competencia* que redistribuyen plusvalor entre capitales, permitiendo que capitalistas individuales o grupos de capitalistas cosechen ganancias extra vendiendo mercancías por más que su valor (esto es, más que los precios directos que son proporcionales a los valores de las mercancías) a expensas de menores ganancias para el resto.» (Smith, 2018)

⁵ La noción de Marx de competencia como guerra es uno de los conceptos fundamentales del reciente libro *Capitalismo* de Shaikh, donde lo nombra como competencia real, «...antagónico por naturaleza y turbulento en operación. Es el mecanismo central de regulación del capitalismo y es tan diferente de la llamada "competencia perfecta" » como la guerra es del ballet. La competencia dentro de una industria obliga a los productores individuales a establecer precios que los mantengan en juego, así como los fuerza a bajar costos para que puedan reducir precios y competir eficazmente. Los costos pueden bajar reduciendo salarios y aumentando la duración o intensidad de la jornada de trabajo, o al menos reduciendo el crecimiento de salarios en relación a la productividad. Pero esto debe competir con la reacción del trabajador, que es la razón por la cual el cambio técnico se vuelve el medio central a largo plazo. En este contexto, *capitalistas* individuales *toman sus decisiones basadas en juicios sobre un futuro intrínsecamente indeterminado*. La competencia enfrenta vendedor contra vendedor, vendedor contra comprador, comprador contra comprador, capital contra capital, capital contra trabajador, y *trabajador contra trabajador. Bellum omnium contra omnes*» (Shaikh, 2016: 14, énfasis mío).

⁶ Es un hecho citado frecuentemente que Marx planeaba pero no ha podido completar un volumen específico de *El Capital*, el sexto, enteramente abocado a la economía mundial («el mercado mundial y las crisis» en palabras de Marx) (Mandel, 1976).

como libertad (léase: movilidad del capital) y competencia no solo son centrales, sino que también son usados de manera fetichizada. Como David Gordon afirma, «el filo de la navaja de la competencia capitalista se ha agudizado: las empresas locales están cada vez más obligadas a igualar a los productores de menor costo en mercados competitivos a nivel mundial o corren el riesgo de que les corten las muñecas» (1998, p. 28). Hoy en día, se dice, cada país debe someterse a lo que dicta la competencia mundial. Sin productos de «clase mundial», sigue la tesis, el estándar de vida del país de uno es probable que se estanque, si no que caiga catastróficamente.

En lo que sigue, primero reviso brevemente las principales formas de transferencia de valor desde el sur, señalando que la importancia relativa ha cambiado en las últimas décadas. Luego me centro en el concepto de «tasa de plusvalor» de Marx y muestro cómo debe ser usado empíricamente. En ese contexto, tomaré la oportunidad de comentar sobre el uso y abuso del término superexplotación. Finalmente, sugiero algunas de las áreas de investigación menos explotadas que son necesarias para mejorar nuestro entendimiento acerca de la naturaleza de las relaciones imperialistas en la extremadamente integrada economía mundial actual.

Formas de transferencia de valor

Antes de listar algunas de las formas más importantes de transferencia de valor, es decir, de la apropiación de bienes por los capitalistas del Norte desde la clase trabajadora del Sur, se debe señalar que la mera existencia de transferencia de valor no debe ser interpretada como la causa de la desigualdad entre las regiones del mundo. La acumulación de capital y la expansión global del capitalismo han sido desiguales e integradas desde el comienzo. Los procesos históricos correspondientes están, por su naturaleza, altamente determinados por varios factores económicos y políticos. Determinar la dirección y la cuantía neta de valor transferido entre las regiones es bastante complicado; como fluyen desde el Sur al Norte obviamente

contribuyen a la perpetuación de las relaciones imperialistas, cuando no a su creación⁷.

Una de las formulaciones marxistas más prominentes sobre la transferencia de valor desde el Sur al Norte es la teoría del intercambio desigual de Arghiri Emmanuel. Desafiando la visión de Sweezy respecto a que la igualación de la tasa de ganancia a escala mundial no es posible por la inmovilidad del capital, Emmanuel ha señalado que, aunque uno pueda hablar de inmovilidad relativa de trabajo, que produce persistentes diferencias internacionales de salario, el capital es móvil y tiende a igualar las tasas de ganancia alrededor del mundo. Este proceso de igualación implica que la tasa de ganancia en los países del Sur es generalmente más baja que en el Norte por la transferencia de ganancias (plusvalor) debido a la composición orgánica más baja del capital en el Sur (Shaikh, 1980, p. 298)⁸. Una presentación crítica de la altamente creativa aplicación de Emmanuel de la teoría del valor de Marx a la economía mundial está fuera del alcance del presente ensayo. Debo señalar, sin embargo, que la teoría de Emmanuel sobre intercambio desigual ha sido tanto criticada como ampliada por otros marxistas incluyendo a Javier Iguiñiz, Charles Bettelheim, Samir Amin, Ernest Mandel, Anwar Shaikh y Nail Satligan.

Otra forma de transferencia de valor está basada en las inversiones de cartera y endeudamiento internacional del Sur. La primera tiene que ver con la repatriación de aquellos beneficios obtenidos en la inversión especulativa de capital dinero en acciones, bonos, divisas y una variedad de otros instrumentos financieros; la segunda está basada en las ganancias

⁷ Para una discusión detallada de estos puntos, ver el artículo fundamental de Shaikh sobre comercio exterior, la ley de valor y el intercambio desigual (1979, 1980). Este artículo es también útil para identificar las diferencias entre los principales teóricos de intercambio desigual como Arghiri Emmanuel, Ernest Mandel, y Samir Amin. Debo indicar que algunos de los puntos en el trabajo de Shaikh también fueron desarrollados por Javier Iguiñiz en su disertación doctoral (supervisada por Shaikh) en la New School of Economics de Nueva York (Iguiñiz, 1999)

⁸ Un trabajo empírico reciente sobre intercambio desigual sugirió que, para el Sur, la fuga de valor transferida oscilaba alrededor de 10% a 20% (Ricci, 2019).

obtenidas de los exorbitantes pagos de intereses impuestos a los países deudores del Sur.

Históricamente, una de las principales formas de transferencia de valor ha sido la repatriación de ganancias basadas en inversión directa por los capitalistas del Norte en los países del Sur. Desde el panfleto de Lenin sobre el imperialismo, la Inversión Extranjera Directa (IED) ha sido considerada una característica principal del imperialismo capitalista moderno. A medida que el capitalismo se desarrolla, la primacía del capital mercantil (tanto en la apropiación de recursos naturales y materia prima del Sur, como en la venta de mercancías finales allí) ha sido reemplazada por capital productivo (Inversión Extranjera Directa)⁹. Dada su significancia histórica, la centralidad de esta forma de transferencia de valor y el énfasis excesivo (de los anteriores teóricos del imperialismo) en la IED son comprensibles. Sin embargo, un par de observaciones deben ser realizadas dados los recientes patrones de entrada de IED. El primer punto tiene que ver con el hecho de que las entradas de IED a economías desarrolladas últimamente han sido más grandes que aquellas dirigidas hacia economías en desarrollo (44% en 2018, excluyendo a China). En la actual fase de la globalización, la entrada de IED a las economías en desarrollo excedió aquellas de las economías desarrolladas por primera vez en 2018 (54%, incluyendo a China) (UNCTAD, 2019). Sin embargo, este primer fenómeno es una anomalía de acuerdo con UNCTAD:

Los flujos de IED hacia las economías desarrolladas alcanzaron su punto más bajo desde 2004, cayendo a un 27 por ciento. Las entradas a Europa se redujeron a menos de USD 200 billones, debido a las entradas negativas en algunos grandes países receptores como resultado de los fondos repatriados y a una considerable caída en el Reino Unido. Las entradas en los Estados Unidos también se redujeron, en un 9 por ciento hasta los USD

⁹ Una conceptualización temprana y sumamente original de la transición desde la dominación de un tipo de circuito del capital a otro ha sido propuesta por el marxista francés Christian Palloix (1977).

252 billones. Los flujos a los países en desarrollo se mantuvieron estables, incrementándose cerca del 2 por ciento. Como resultado del incremento y la caída anómala de la IED en países desarrollados, la participación de los países desarrollados en la IED global aumentó a 54 por ciento, un récord (UNCTAD, 2019).

Participación de las economías en desarrollo en la IED total



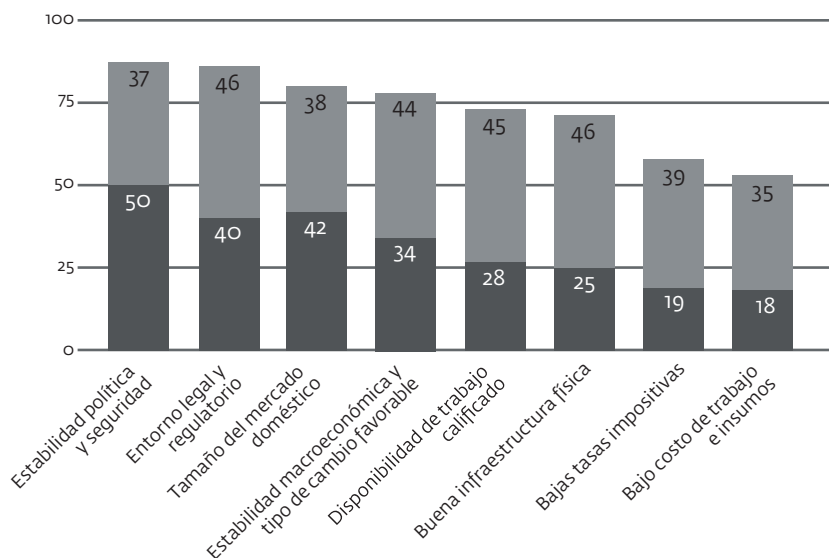
Fuente: Basado en datos de UNCTAD (2019)

Segundo, y contrariamente a lo que generalmente se asume en la izquierda, el capital extranjero no fluye hacia el Sur porque los salarios allí son en su mayoría bajos. Esto ha sido convincentemente argumentado por David Gordon, que encontró que la importancia de los factores de bajos salarios y el plustrabajo en el exterior han sido muy exagerados y que hay otros factores que han influenciado la decisión del capital de invertir en otros países. Gordon identificó tres factores como los más importantes: la proximidad a grandes mercados locales; el precio y los horizontes comerciales relativamente estables; y el clima general institucional y su evolución prospectiva por más de una década (Gordon, 1988, p. 59).

Tan solo este año, cuando 754 ejecutivos de grandes corporaciones multinacionales fueron encuestados sobre los facto-

res relevantes para sus decisiones sobre inversiones en países extranjeros, el factor de bajos salarios no fue citado entre los más importantes (World Bank, 2018). De hecho, entre aquellos factores considerados «críticamente importantes» o «importantes» para las decisiones de inversión se encontraban la estabilidad y seguridad política, el ambiente legal y regulatorio, el gran tamaño de mercado doméstico, la estabilidad macroeconómica y el tipo de cambio favorable, el talento y la habilidad del trabajo disponible, buena infraestructura física, y bajas tasas impositivas, con 87%, 86%, 80%, 78%, 73%, 71% y 58% de apoyo a las respuestas, respectivamente. Por otro lado, el factor de bajo costo de trabajadores e insumo fue solamente considerado importante por el 53% (World Bank, 2018). ¡Es notable que los responsables de tomar decisiones en las corporaciones multinacionales compartieran lo que Gordon identificó 32 años atrás como razones más importantes que los bajos salarios en las decisiones con respecto a las inversiones extranjeras!

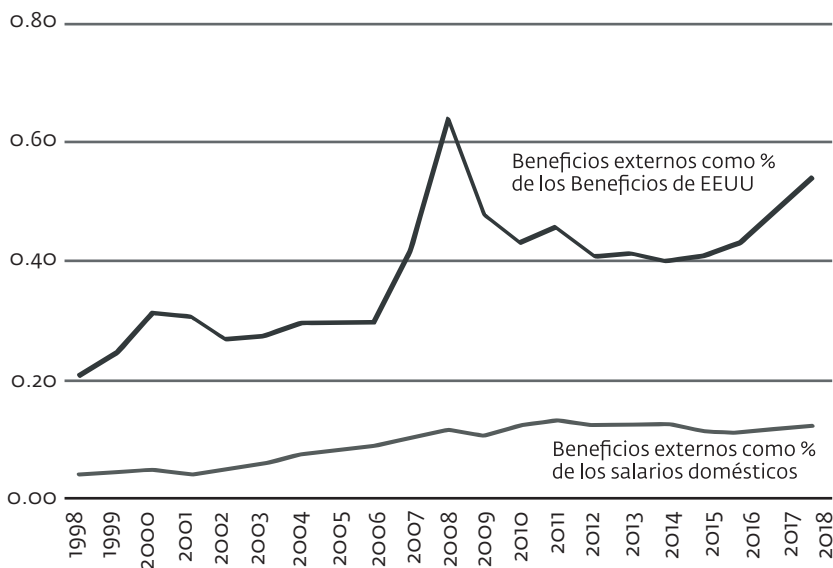
Principales factores que direccionan la Inversión Extranjera Directa



Fuentes: Banco Mundial, 2018.

Un último punto destacado de la importancia de las ganancias obtenidas en el extranjero desde el punto de vista del capital estadounidense (y de los trabajadores) es el que se ilustra en el siguiente gráfico. Los beneficios repatriados de corporaciones multinacionales de Estados Unidos como un porcentaje del total de beneficios de Estados Unidos han fluctuado entre 20 y 50 por ciento (si se excluye el período de la crisis 2007-2009) desde 1998.

Ganancias externas como porcentaje del total de domésticas y salarios domésticos en Estados Unidos, 1998-2018.



Fuente: Beneficios Corporativos desde NIPA Tablas 6-16 B-D: línea 2, Domestic Industries; línea 6, Receipts from Rest of the World; Compensación a empleados from NIA Tabla 1.13, línea 6, Compensación a empleados (Post, 2010: 21)

Considerando el hecho de que solo cerca del 50% de aquellas «utilidades extranjeras» se originaron en países del Sur, uno no debe exagerar su contribución, que varió entre 10% y 25% del total de las ganancias de EE. UU. Relacionado a esto, a pesar del asunto de si el «trabajo aristocrático» en EE. UU. es

sostenido por ganancias transferidas o no, resaltaría el hecho de que la porción de ganancias repatriadas desde el Sur corresponde aproximadamente a solo el 6 o 7% del total de salarios. Este último número está basado en el supuesto extremadamente irreal de que todas las ganancias extranjeras transferidas están completamente asignadas a los trabajadores estadounidenses, mientras que las corporaciones multinacionales de Estados Unidos no retienen ninguna porción (Post, 2002).

La tasa de plusvalor y el imperialismo

La tasa de explotación es uno de los conceptos más importantes en la teoría del valor de Marx. Es la base de la distribución de ingresos, por lo tanto, de la tasa de ganancia, así como es central a nuestro entendimiento de la naturaleza específica de la sociedad capitalista (Amsden, 1981, p. 229). Además, es esta medida, a saber, el ratio de un componente de valor agregado (plusvalor) al otro (capital variable, es decir los salarios de trabajadores productivos), que nos permite mostrar cuánto contribuye el trabajador al incremento de valor en el proceso de producción y cómo este valor agregado es compartido entre capitalistas y trabajadores. Debe resaltarse que, aunque al trabajador se le pague más, la tasa de explotación se incrementa aun así como resultado de la mecanización (abaratando los bienes de consumo) y la administración eficiente del proceso de producción (aumentando la intensidad del trabajo). Dado que la tasa expresa cuantitativamente los intereses contradictorios de los capitalistas y los trabajadores, hay una política radical implícita en el análisis de la tasa de explotación. Permite a los trabajadores ver qué participación del valor producido es apropiado por los capitalistas y, por lo tanto, defender una manera diferente de organizar la producción y poner fin a la explotación (Tricontinental, 2019).

Los trabajadores venden su fuerza de trabajo por una cantidad determinada de dinero, conocida como capital variable. Cuando empiezan a trabajar en la producción de mercancías, les lleva una fracción de su día de trabajo generar suficientes

mercancías para cubrir sus propios salarios. Marx llama a esto el tiempo necesario de trabajo. Es necesario porque los trabajadores deben reproducir su empobrecida fuerza de trabajo continuamente. Sin embargo, la cantidad de tiempo de trabajo necesario (o el monto correspondiente de salarios) varía a través de diferentes épocas y países debido al hecho de que la canasta de consumo de los trabajadores consta de diferentes cantidades de bienes y servicios. En algunos países, el estándar de vida es menor que en otros, lo que significa que el tiempo de trabajo necesario es más corto, manteniendo los salarios bajos. El resto de la jornada de trabajo, después de que el tiempo de trabajo necesario ha finalizado, es tiempo de trabajo excedente. Es el tiempo que el trabajador pasa produciendo mercancías que están por encima y más allá de la cantidad que necesitan producir para pagar por su masa salarial. Ya sea expresada como un ratio de plusvalor (S) a capital variable (V) o bien como el ratio de tiempo de trabajo excedente a tiempo de trabajo necesario, la tasa de plusvalor es considerada una expresión cuantitativa de la explotación del trabajador.

Lo que he presentado brevemente es bien conocido para cualquiera familiarizado con lo básico de la economía marxista. El terreno menos familiar es la manera en la cual la tasa de plusvalor concretamente se expresa en la realidad de las economías capitalistas, así como su estimación empírica. Mi trabajo con Anwar Shaikh presentó un método para la estimación de la tasa de plusvalor para la economía de Estados Unidos durante el período 1948-1989, presentado paso por paso¹⁰. Ya que este trabajo está disponible para lectores interesados, voy a reiterar simplemente una de sus mayores conclusiones: la tasa de plusvalor (s/v ; la tasa de explotación de trabajadores productivos) aumentó un 40% durante el período de posgue-

¹⁰ Shaikh y Tonak (1994). Este trabajo proveyó la base metodológica de otras estimaciones similares en varios países diferentes, incluyendo aquellas de Grecia de Paitaridis y Tsoulfidis (2012), Tsoulfidis y Persefoni, (2014), y sobre Turquía de Karahanoğullari (2009). También debo mencionar las importantes contribuciones de Simon Mohun en la actualización de nuestras estimaciones (con algunas correcciones) basadas en la disponibilidad de nuevos conjuntos de datos (Mohun, 2005).

rra, de 170% en 1948 a 244% en 1989 (y, de acuerdo con las estimaciones actualizadas de Mohun, a casi 300% en 2001).

Tanto el nivel de la tasa de plusvalor en Estados Unidos como su impresionante aumento nos permiten hacer algunos comentarios adicionales sobre la extraordinaria previsión de Marx con respecto al ritmo y función de la tasa. Marx predijo que a medida que el capitalismo se desarrolla, necesariamente la tasa de plusvalor va a subir. Y así lo hizo: casi se duplicó en 50 años en el caso de Estados Unidos. Otra vez, como señaló Marx, los capitalistas recurren a una variedad de medios para incrementar la tasa de plusvalor, especialmente durante períodos de caída de las tasas de ganancia, para contrarrestar la tendencia de la rentabilidad a caer. Queda ahora bien establecido el hecho de que «la represión directa contra el trabajador que comenzó con la era Reagan tenía el claro efecto de revertir el patrón de rentabilidad de posguerra», como se manifestó en el aumento de la tasa de plusvalor desde un 200% en 1980 a 300% en los 2000 (Mohun, 2005).

Dado que la diferencia entre las tasas de plusvalor en los países del Norte y en aquellos del Sur ha sido un tema central en el desarrollo de la noción de «superexplotación» (y, sobre esa base, incluso de una teoría del imperialismo), será útil citar algunas estimaciones desde el Sur. Miremos primero las estimaciones de la tasa de plusvalor en Turquía y en Grecia y luego citemos brevemente algunas otras pocas estimaciones para establecer una base comparativa.

Con respecto a las estimaciones para Turquía, sin duda el análisis más comprehensivo y sofisticado fue desarrollado por Karahanoğulları en su libro *Is Marx's Value Measurable?* Karahanoğulları analizó el período 1988-2006 y documentó el hecho de que el valor promedio de la tasa de plusvalor durante ese período fue 239%, fluctuando de 254% en 1988 a 312% en 2006 (Karahanoğulları, 2009¹¹). En otro trabajo empírico relevante para la discusión sobre imperialismo en el contexto de Turquía (Tonak, 1998), se

¹¹ Karahanoğulları (2009). Algunas de las estimaciones tempranas fueron realizadas por Tonak (1980), donde los números cambiaron de 376% in 1950 a 352% en 1975.

exploraron los ratios de ganancia/salario (un pseudo indicador de la tasa de plusvalor) en algunas de las empresas intensivas en IED durante 1966. Basado en los datos para las 500 compañías líderes recolectados por la *Istanbul Chamber of Industrialists* (Cámara de Industria de Estambul) y los seis consorcios (*joint ventures*) mayores con participación de capital extranjero, los resultados fueron consistentes con nuestras explicaciones teóricas. Dado que estos consorcios son tecnológicamente sofisticados y capaces de implementar una supervisión profesional para incrementar la intensidad de trabajo, todas tienen los ratios de ganancia-salario mucho más altos que el promedio de las 500 firmas líderes. Para dar un sentido concreto del alcance de la «explotación» como fue indicado a través del ratio de ganancia/salario, podemos citar el hecho de que cuatro firmas (de variados sectores incluyendo tabaco —Philip Morris— y automotores —Renault) tenían ratios ganancia/salario entre 4 y 6 veces más altos que el promedio; y otros dos (ambas fabricantes de autos —Toyota y Fiat—, que son consorcios con capital turco asociado) tenían entre 3 y 2 veces más que el promedio, respectivamente.

El trabajo relativamente reciente sobre la tasa de plusvalor en Grecia es de Tsoulfidis y Persefoni (2014). Ellos han encontrado que la tasa de plusvalor estimada cambió de aproximadamente 150% en 1970 a cerca del 200% en 2006.

Una de las primeras contribuciones importantes a la literatura sobre el análisis comparativo de las tasas de plusvalor en la industria manufacturera para el período 1969-1977 fue realizada por Alice Amsden (1981). Tanto la originalidad de su análisis como su relevancia para nuestro entendimiento del capitalismo antes del período actual de globalización puede verse en su comentario introductorio:

Una comparación internacional de las tasas de plusvalor arroja luz sobre las dimensiones y las posibilidades de la creación de plusvalor bajo varias condiciones históricas e institucionales. Esto sirve como un punto de partida para la propagación desigual del capitalismo a escala global que afecta a la extracción de plusvalor en diferentes contextos sociales (1981, p. 22).

El resultado final de las conclusiones de Amsden, incluso permitiendo del hecho de que sus cálculos fueron sectoriales más que agregados para el período preglobalización, son bastante inesperados: encontró que las tasas de plusvalor en los países del Sur han excedido sustancialmente a aquellas del Norte. Curiosamente, la tasa de plusvalor entre los países de ingresos medios del Sur tiende a ser más alta que aquellas de los países del Sur de ingresos bajos (1981, p. 242).

Cuadro comparativo de tasas de plusvalor

Norte		Sur	
	EEUU		Grecia
Shaikh & Tonak (1994)	170% (1948) 244% (1989)	Tsoufídis & Tsaliki (2014)	150% (1970) 200% (2006)
Mohun (2005)			Turquía
Venida (2007)	300% (2001)	Karahanoğulları 2009	254% (1988) 312% (2006)
		Tonak 1980	376% (1950) 352% (1975)
		Venida	Filipinas
			137% (1961) 243% (19994)
			México
			217% (1970) 292% (1976)
			Puerto Rico
			97% (1948) 93% (1963)
Amsden (1981) para industria manufacturera, promedio 1969-1977			
EEUU 249%	EEUU 249%	Egipto 262%	Bolivia 346%
Alemania 259%	Alemania 259%	Turquía 388%	Panamá 402%
Suecia 220%	Suecia 220%	India 244%	Puerto Rico 303%
Canadá 202%	Canadá 202%	Corea del Sur 465%	Malawi 352%

Fuente: Compilación de varios estudios por el autor

Como se mencionó previamente, la diferencia entre la tasa de plusvalor en los países del Norte y aquellos del Sur ha sido una idea central en el desarrollo de la noción de superexplotación y, sobre esa base, una teoría del imperialismo, desde la original contribución de Ruy Mauro Marini¹². Los más recientes defensores de este enfoque son Andy Higginbottom (2010) y John Smith (2016). En particular, el galardonado libro de Smith recibió mucha atención y generó un debate sustancial. En lugar de resumir los puntos de debate, que están disponibles especialmente a través del blog sostenido por M. Roberts (2019), simplemente quiero subrayar algunos de los puntos de acuerdo y desacuerdo entre Smith y yo.

No hay dudas que la expansión global del circuito del capital productivo en la forma de cadenas de valor es un fenómeno relativamente reciente y muy importante. Es un área que definitivamente requiere más atención y necesita trabajo adicional, tanto teórico como empírico, usando la teoría del valor trabajo. También ha sido demostrado por algunos trabajos empíricos (incluyendo el nuestro en el Instituto Tricontinental de Investigación Social) que aquellas firmas integrantes de las cadenas de valor en el Sur han impuesto tasas de plusvalor mucho más altas sobre sus trabajadores que sus contrapartes en el Norte. Nuestro reciente trabajo sobre el iPhone 10 estima la tasa de explotación de los trabajadores implicados en su producción por encima de 2000% (Tricontinental, 2019).

Más allá de estos acuerdos, sin embargo, por el hecho de que la transferencia de valor entre el Norte y el Sur (o de economías capitalistas más débiles a las más fuertes, tanto doméstica como internacionalmente) tiene múltiples fuentes, como se indicó previamente, es muy complicado determinar su dirección y el monto neto y aún más distinguir la fuente particular

¹² Desde nuestro punto de vista, los defensores de la hipótesis de superexplotación en definitiva pertenecen a la escuela de subdesarrollo porque, para ellos, el problema ha sido cómo identificar la fuente del «desarrollo del subdesarrollo» dentro del ámbito de las llamadas causas externas, es decir, el imperialismo. Sin embargo, en esta perspectiva, el subdesarrollo del Sur es el producto del desarrollo del Norte, y en este sentido los dos procesos están entrelazados. Además, el enfoque superexplotador implica una pasividad atribuida a las clases trabajadoras tanto en el Sur como en el Norte.

(por ejemplo, tasas más altas de plusvalor) e intentar construir una teoría del imperialismo alrededor de ella. El concepto de superexplotación requiere una definición clara y empíricamente aplicable. Smith ha intentado hacer lo primero en su libro, definir superexplotación como procedente del hecho de que en el Sur la tasa de plusvalor es más alta que la tasa de plusvalor promedio en el Norte¹³¹⁴. Sin embargo, no hay una sola estimación comparativa de las tasas de plusvalor en dicho libro, aunque afirma que el mismo concepto de superexplotación no solo sirve como base de una nueva teoría del imperialismo, sino que también iniciaría el resurgimiento del marxismo.

Conclusión

Para recapitular, la teoría del imperialismo definitivamente necesita una teoría de la competencia global y la misma puede desarrollarse sobre la base de la noción de competencia doméstica de Marx presentada en *El Capital*. Este intento incluye teorías del comercio internacional, de la determinación del tipo de cambio real y de la formación de precios a través de la aplicación de una teoría real de competencia internacional entre sectores y dentro de sectores¹⁵. Por lo tanto, el imperialismo en sí mismo no debe ser entendido como un ejercicio de poder de las firmas monopólicas del Norte sobre las más débiles del Sur. En cambio, las relaciones imperialistas deben ser vistas como manifestaciones de la muy desigual e históricamente determinada naturaleza del desarrollo capitalista global. Estas relaciones contienen en sí varias formas de transferencia de valor, que son en sí mismas medios para perpetuar las ya existentes relaciones imperialistas, más que causantes de ellas.

¹³ De acuerdo con Smith, el intercambio desigual entre capitalistas y trabajadores (en el sentido que los pagos a los trabajadores están por debajo del valor de su fuerza de trabajo) lleva a la superexplotación.

¹⁴ Dentro de un país, se debe tener en cuenta el «problema de habilidad» en Smith, Ricardo y Marx. Un artículo sobre este tema de Shaikh y Glenn (2018), en el que tasas iguales de explotación incluso dentro de un país implican salarios desiguales, se encuentra en: <https://ideas.repec.org/p/new/wpaper/1811.html>.

¹⁵ Algunas de estas áreas de investigación fueron cubiertas en nuestro libro anterior (Shaikh y Tonak, 1994) pero también de manera más exhaustiva en el libro reciente de Shaikh (2016).

Referencias

AMIN, S. (1977). *Imperialism and Unequal Development*. New York: Monthly Review Press.

AMSDEN, A. (1981). An international comparison of the rate of surplus value in manufacturing industry. *Cambridge Journal of Economics*, (5) 3, pp. 229–249.

BOTWINICK, H. (1993). *Persistent Inequalities: Wage Disparity Under Capitalist Competition*. Princeton: Princeton University Press.

EMMANUEL, A. (1972). *Unequal Exchange: A Study of the Imperialism of Trade*. New York : Monthly Review Press.

GORDON, D. (1988). The Global Economy: New Edifice or Crumbling Foundations? *New Left Review*. March–April, 168, pp. 24–64.

HARVEY, D. (2017). A Commentary on A Theory of Imperialism. En Patnaik, U. y Patnaik, P. *A Theory of Imperialism*. New York: Columbia University Press.

HIGGINBOTTOM, A. (2010). Underdevelopment as super-exploitation: Marini's political-economic thought. En *Historical Materialism: Crisis and Critique, 7th Annual Conference*; 11-14 November, London, U.K. (Unpublished).

HIGGINBOTTOM, A. (2014). Imperialist rent in Practice and Theory. *Globalizations*. 111, pp. 23–33.

IGUINIEZ, J. I. (1979). *Elements Towards a More General Theory of Unequal Exchange*. Ph.D. Dissertation, New School for Social Research.

KARAHANOĞULLARI, Y. (2009). *Marx'ın Değeri Ölçülebilir mi?* İstanbul. Yordam Kitap.

MANDEL, E. (1976). Introduction. En Marx, Karl (1976). *Capital, Volume One*. London: Penguin Books Ltd.

MEHTA, S. 2019. *This Land Is Our Land: An Immigrant Manifesto*. New York: Farrar, Straous and Giraoux.

MOHUN, S. (2005). On measuring the wealth of nations: The U.S. economy, 1964-2001. *Cambridge Journal of Economics*, (29) 5, pp. 799–815.

- PAITARIDIS, D. y TSOULFIDIS, L. (2012). The growth of unproductive activities, the rate of profit, and the phase-change of the U.S. economy. *Review of Radical Political Economics*, (44) 2, pp. 213-33.
- PALLOIX, C. (1977). The self-expansion of capital on a world scale. *Review of Radical Political Economics*, (9) 2, pp. 1-28.
- POST, C. (2010). Exploring Working-Class Consciousness: A Critique of Theory of the «Labour-Aristocracy». *Historical Materialism*. 18, pp. 3–38 .
- RICCI, A. (2019). Unequal Exchange in the Age of Globalization. *Review of Radical Political Economics*. 51, (2), pp. 225-245.
- ROBERTS, M. (2019). *HM2 – The economics of modern imperialism*. Recuperado de <https://thenextrecession.wordpress.com/2019/11/14/hm2-the-economics-of-modern-imperialism/>.
- ROBERTS, M. (2016). *Imperialism and super exploitation*. Recuperado de <https://thenextrecession.wordpress.com/2016/03/07/imperialism-and-super-exploitation/>.
- SATLIGAN, N. (2014). *Emek Değer Teorileri ve Dışticaret*. İstanbul: Yordam Kitap.
- SEMMLER, W. (1984). *Competition, Monopoly and Differential Profit Rates*. New York: Columbia University Press.
- SHAIKH, A. y GLENN, K. (2018). The Classical Treatment of Skilled Labor. *Working Papers 1811*, New School for Social Research, Department of Economics. Recuperado de <https://ideas.repec.org/p/new/wpaper/1811.html>.
- SHAIKH, A. (2016). *Capitalism: Competiton, Conflict, Crises*. New York: Oxford University Press.
- SHAIKH, A. y TONAK, E. A. (1994). *Measuring the Wealth of Nations: The Political Economy of National Accounts*. New York: Cambridge University Press.
- SHAIKH, A. (1979). Foreign Trade and the Law of Value: Part I. *Science & Society*, 43, 3, pp. 281–302. Recuperado de <http://homepage.new-school.edu/~AShaikh/lawvalue1.pdf>.

SHAIKH, A. (1980). Foreign Trade and the Law of Value: Part II. *Science & Society*, 44, 1, pp. 27–57. Recuperado de <http://homepage.newschool.edu/~AShaikh/lawvalue2.pdf>.

SMITH, J. (2016). *Imperialism in the twenty-first century: globalization, super-exploitation, and capitalism's final crisis*. New York: Monthly Review Press.

SMITH, J. (2018). Exploitation and super-exploitation. *MR-Online*. Recuperado de <https://mronline.org/2018/04/14/exploitation-and-super-exploitation/>.

TONAK, E. A. (1980). Artık Değer Oranının Ölçümü ABD ve Türkiye. *Toplum ve Bilim*, 11, pp. 13-48.

TRICONTINENTAL (2019). *The Rate of Exploitation (The Case of the iPhone)*. Northampton, MA. Recuperado de https://www.thetricontinental.org/wp-content/uploads/2019/09/190928_Notebook-2_EN_Final_Web.pdf.

TSOULFIDIS, L. y TSALIKI, P. (2014). Unproductive Labour, Capital Accumulation and Profitability Crisis in the Greek Economy. *International Review of Applied Economics*, September, (28) 5, pp. 562-585.

UNCTAD (2019). *World Investment Report 2019*. New York: United Nations Publications.

VENIDA, V. (2007). Marxian Categories Empirically Estimated: The Philippines, 1961-1994. *Review of Radical Political Economics*, (39) 1, pp. 58-79.

WORLD BANK. (2018). *Global Investment Competitiveness Report 2017/2018: Foreign Investor Perspectives and Policy Implications*. Washington, DC: World Bank.

Notas sobre imperialismo y la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos

por Atilio A. Boron

Introducción

En las páginas que siguen compartiremos algunas observaciones sobre la actualidad del imperialismo y su impacto sobre la guerra y la paz en el mundo actual y, muy especialmente, sobre el presente y el destino de América Latina y el Caribe. Se trata, sin duda, de un conjunto de temas de la mayor importancia porque el capitalismo estuvo desde su nacimiento asociado a la guerra y al arte militar. Diversos escritos de Marx y Engels corroboran el cuidadoso seguimiento que ambos hacían de las guerras en curso dentro y fuera del continente europeo. En su *Introducción General a la Crítica de la Economía Política*, de 1857, Karl Marx nos dice que «la guerra se ha desarrollado antes que la paz» y por eso se propone «mostrar la manera en que ciertas relaciones económicas tales como el trabajo asalariado, el maquinismo, etcétera, han sido desarrollados por la guerra y en los ejércitos antes que en el interior de la sociedad burguesa» (Cuadernos de Pasado y Presente, 1974). Pero de los dos jóvenes amigos fue Friedrich Engels quien se especializó en el estudio sistemático de la problemática militar. Este, a quien por su pasión por las cuestiones de la guerra Marx lo había apodado como «el ge-

neral», dejó innumerables escritos dispersos a lo largo de su obra que son una fuente fundamental de reflexión sobre el tema que nos ocupa y que los latinoamericanos deberíamos estudiar en profundidad¹.

Va de suyo que por más importante que sea este tema —sobre todo en un continente como el nuestro que, al día de hoy, alberga a 80 bases militares de Estados Unidos y algunas de la OTAN— no será el objetivo de esta presentación indagar en las reflexiones de Marx y Engels sobre la materia. Tampoco haré un examen del corpus de teorizaciones en torno a la guerra surgido al calor de la Primera Guerra Mundial, en donde Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburg, Kautsky y más tarde Gramsci se refieren extensamente al tema. El propósito de esta intervención está fuertemente signado por las exigencias que impone la coyuntura y por consiguiente me limitaré a invitar a incursionar en esos escritos militares de los padres fundadores y de las principales figuras del marxismo clásico. En todo caso será suficiente señalar aquí que en la medida en que la tradición marxista coloca en el centro de la dinámica histórica el enfrentamiento social, era tan solo lógico que sus análisis sociológicos y económicos terminaran refiriéndose, de una u otra manera, a la guerra social, desarrollada abierta o encubierta. Por eso en el célebre Manifiesto del Partido Comunista Marx y Engels hablan de «la guerra civil más o menos encubierta» que se desarrolla en las sociedades burguesas y de ahí también la permanente referencia a los escritos sobre la guerra de Carl von Clausewitz, el más importante teórico de la guerra en aquellos tiempos².

Dicho lo anterior pasemos a abordar la problemática central de este trabajo: el imperialismo.

¹ En una carta a Joseph Weidemeyer, en la cual le pedía libros y artículos sobre la cuestión militar y las guerras, le dice que se había propuesto estudiar a fondo el asunto «por la inmensa importancia que le debemos asignar al mismo con vistas a la próxima insurrección de la clase obrera». Cf. F. E. «Carta Weydemeyer», 19 de junio de 1851.

² Agradezco a Paula Klachko por haberme llamado la atención sobre este asunto, así como su muy cuidadosa lectura de la primera versión de este trabajo. De esta misma autora recomiendo muy especialmente el libro escrito conjuntamente con Katu Arkonada: Klachko y Arkonada (2016).

I. Caracterización de la fase actual del capitalismo: la tercera ola de la expansión imperial

La expansión/mundialización del modo de producción capitalista es un rasgo estructural de este sistema económico. Adquiere un impulso especial luego de la Segunda Revolución Industrial que, a mediados del siglo XIX, modificó radicalmente el panorama de los transportes y los medios de comunicación. La revolución en la navegación y el ferrocarril, así como la telegrafía sin hilos, dieron un nuevo impulso al comercio mundial y a la expansión territorial del capitalismo. Poco más de un siglo después, en la época actual, las telecomunicaciones, Internet y los avances en los transportes aéreo, marítimo y terrestre producirían idénticos resultados, pero en una escala y con una profundidad incomparablemente mayor.

Hoy estamos inmersos en lo que apropiadamente podría llamarse «la tercera ola» de la expansión imperialista. La primera tuvo su origen como colofón de la Segunda Revolución Industrial y logró que las principales potencias coloniales europeas se repartiesen el mundo, un acto de pillaje consagrado y legalizado en la Conferencia de Berlín de 1884-85, que si bien tuvo como eje de las discusiones el desmembramiento de África, también tuvo implicaciones para el resto de los países que luego serían denominados como «el Tercer Mundo». Las consecuencias de esta división criminal e irresponsable la sufren muchos pueblos hasta el día de hoy. La tragedia que enluta a muchos países africanos y al Medio Oriente tiene en esa conferencia una de sus causas más significativas. Esta primera ola de expansión imperialista culmina con la carnicería de la Primera Guerra Mundial, el derrumbe de cuatro imperios —el Zarista, el Alemán, el Austro Húngaro y, en cámara lenta, el Otomano— y nada menos que con el triunfo de la Revolución Rusa, abriendo así una nueva etapa en la historia universal.

No obstante, lo que sigue no es la paz sino un armisticio. Para algunos autores, como Immanuel Wallerstein en varios de sus escritos, en realidad no hubo dos guerras mundiales sino una, con una tregua de dos décadas hasta que, realineadas las fuerzas y las alianzas, se produjo la batalla definitiva en lo que normalmente se reconoce como la Segunda Guerra Mundial. Si en la anterior cayeron cuatro imperios, en esta se derrumbaron los dos que quedaban en pie: el Imperio Británico y el Francés, sobreviviendo en extrema precariedad aventuras imperiales marginales como la de los portugueses, belgas y holandeses. Pero la Segunda Guerra Mundial, además, fue testigo de un acontecimiento asombroso: la sobrevivencia de la Revolución Rusa y su increíble fortalecimiento, que no solo resistió a los horrores de la guerra civil y a la invasión por una veintena de ejércitos de las «democracias occidentales», dispuestas a ahogar la peste soviética en su cuna, sino que, dos décadas más tarde, su protagonismo fue decisivo para derrotar al nazismo. No solo eso: con la derrota de las potencias del Eje se hundió también la vieja y compleja estructura de un sistema internacional basado en los volátiles acuerdos entre las principales potencias europeas y cuya eje integrador era el Reino Unido, para dar lugar a una más simplificada, de carácter bipolar y que enfrentaba en la cúspide a dos superpotencias y sus aliados: Estados Unidos y la Unión Soviética.

La segunda vida del imperialismo

La redistribución del poder económico, político y militar internacional unida a la fenomenal destrucción de vidas humanas, territorios y fuerzas productivas provocada por la conflagración no podía sino dejar profundas huellas en la conciencia de la época, especialmente si se tiene en cuenta que fue en ese marco cuando se realizaron los dos mayores atentados terroristas de la historia universal: el bombardeo atómico sobre las indefensas ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Es un lugar común decir que la segunda posguerra abri-

ría el capítulo más esplendoroso de la historia del capitalismo, el famoso «cuarto de siglo de oro» transcurrido entre 1948 y 1973. Fue en ese breve lapso que, según la recientemente fallecida teórica marxista Ellen Meiksins Wood, el capitalismo dio lo mejor que podía ofrecer. La adopción de la perspectiva keynesiana en esta fase se tradujo en la expansión de la ciudadanía, de los derechos sociales y laborales; favoreció la construcción de regímenes democráticos, el fortalecimiento de las organizaciones populares, de los sindicatos, de los partidos comunistas y socialistas. Pero ese período llegó a su abrupto fin a partir de mediados de la década de 1970 con el auge del neoconservadurismo en los países desarrollados —con Margaret Thatcher y Ronald Reagan a la cabeza— y la implantación de sangrientas dictaduras militares en casi toda América Latina. Tal como lo asegurara Ellen Meiksins Wood, esa primavera ya no volvería a repetirse jamás. Con la desintegración de la Unión Soviética, el capitalismo retornó a su normalidad y las antiguas conquistas populares fueron o bien suprimidas de plano o severamente recortadas, al paso que las democracias burguesas fueron sufriendo una perversa metamorfosis que terminó convirtiéndolas, al día de hoy, en vergonzantes plutocracias (Brooks, 2016)³. En Europa, la soberanía popular ya no brota del pueblo, sino que reposa en los tentáculos de la Troika (Comisión Europea, Banco Central Europeo y Fondo Monetario Internacional) que saca y pone gobiernos a su antojo, como lo demuestran varios casos, siendo Grecia el más resonante de todos, aunque lejos de ser el único. En otras palabras, si la dominación del capital admitió aquellos avances en materia de derechos ciudadanos y organización democrática fue debido a la presencia amena-

³ Ver declaraciones al respecto del expresidente James Carter, quien calificó el fallo de la Corte Suprema de EE. UU. que establecía que las donaciones de campaña tanto de individuos como de empresas son, en esencia, libre expresión —y por lo tanto, no pueden ser limitadas— como algo equivalente a la simple y llana legalización del soborno. En una entrevista con la Radio 4 de la BBC, Carter agregó que, gracias al fallo erróneo de la Suprema Corte, millonarios y multimillonarios podrán aportar montos ilimitados de dinero, con lo que el soborno a los políticos se ha legalizado. Autores como Jeffrey Sachs, Noam Chomsky, Tom Engelhardt y Gianni Vattimo han venido desarrollando este mismo argumento en los últimos años.

zante de la Unión Soviética y el peligro de un «contagio» con el «virus ruso» que diera por tierra los regímenes burgueses imperantes en la época. Pero con la desaparición de la URSS las cosas han cambiado.

Como lo recuerda en su notable obra el historiador catalán Josep Fontana, entre el fin de la Segunda Guerra y el inicio del «cuarto de siglo de oro» hubo tres años terribles. La URSS perdió 27 millones de vidas, especialmente de varones jóvenes. La ocupación alemana arrasó 1710 ciudades y unas 70 000 aldeas. Alemania y Japón vieron destruido gran parte de sus territorios por los bombardeos. Y a esta devastación se sumó el hambre, producto de la destrucción de la agricultura, de la sequía que arruinó las cosechas de 1946 y del inusualmente frío invierno de 1946-1947. «A los millones de muertos causados por la guerra —observa Fontana— habría que sumarles otros millones de víctimas de las grandes hambrunas de 1945 a 1947» (Fontana, 2011, p. 25).

Un tendal: sumando las gentes que murieron no solo en el escenario europeo sino también en el asiático —sobre todo a causa de los horrores de la ocupación japonesa—, se llega fácilmente a unos 100 millones de personas sacrificadas en el altar de la tasa de ganancia del capital. Este fue el necesario preámbulo de aquellos años «gloriosos» de 1948-1973, que coincidieron con la veloz expansión del imperialismo norteamericano a escala planetaria, cuyos orígenes se remontan al robo de gran parte del territorio de México al promediar el siglo XIX, su temprana expansión en la región centroamericana y caribeña en las postrimerías de ese mismo siglo y, sobre todo, a su secuestro de la victoria cubana sobre el colonialismo español en 1898. Después de la Segunda Guerra Mundial, con el Reino Unido y Francia desbaratados, sus colonias en franca rebeldía y sin rivales a la vista, la expansión imperial norteamericana parecía que no conocería límites. Esta fue la segunda ola imperialista, que coincide en términos generales con los «años gloriosos». Solo que, con la recuperación europea y japonesa, visible desde los años sesentas, el paisaje del imperialismo comienza a reconocer múltiples banderas

y no solo la de las estrellas y barras de Estados Unidos. Las transnacionales norteamericanas poco a poco comenzaron a verse desafiadas por la rápida aparición de grandes conglomerados corporativos de origen europeo y japonés primero, y luego de otros países, principalmente Corea del Sur.

La segunda ola imperialista culminó con el abandono del keynesianismo, el retorno de la ortodoxia (al decir de Raúl Prebisch), el auge de la globalización neoliberal impulsada por los enormes avances tecnológicos en el campo de la informática, de las telecomunicaciones y del transporte. Todo esto en un clima conservador orquestado por un formidable tridente reaccionario, compuesto por Ronald Reagan, Margaret Thatcher y el Papa Juan Pablo II. Al finalizar la década de 1980 se derrumba el Muro de Berlín y poco después se desintegra la Unión Soviética. Parecía entonces que la victoria de Occidente estaba asegurada y así algunos intelectuales y académicos estadounidenses y sus epígonos latinoamericanos, de pensamiento rápido que se mueve en la superficie de las cosas, concluyeron que había llegado la hora del «nuevo siglo (norte) americano» y que de ahora en más la estructura del sistema internacional sería «unipolar». Ni lerdos ni perezosos, las corporaciones y las agencias del gobierno federal comenzaron a alimentar financieramente a una fundación creada con el objeto de elaborar la hoja de ruta de ese nuevo siglo, que aparecía tan propicio para Estados Unidos. Centenares de académicos, expertos e intelectuales se dieron a la tarea de diseñar los contornos de tan promisoriosa jornada. Bill Clinton, en compañía de sus mayordomos británicos, hizo lo suyo: desmontó las últimas piezas que quedaban en pie de las regulaciones financieras y creó el mundo soñado por Wall Street y la City londinense. Parecía, efectivamente, que todo estaba bajo control. El ALCA no era sino la manifestación hemisférica de este proceso de reorganización global de un imperio sin rivales.

Pero, como dice Rubén Blades, «la vida te da sorpresas» y vaya si las tuvo Washington. Primero que nada, en medio de estos himnos y cantos de alegría por el nuevo siglo america-

no se produjeron los atentados del 11 de Septiembre, el primer ataque en territorio norteamericano en casi dos siglos. Recuérdese que Estados Unidos había participado en las dos guerras mundiales sin que se disparase un tiro en su territorio. Súbitamente, el país cayó en la cuenta de su vulnerabilidad y que el enorme presupuesto militar no garantizaba su inviolabilidad. Si militarmente Estados Unidos dejaba de ser inexpugnable, el vertiginoso ascenso de China —no inesperado pero sí prematuro, según los analistas del imperio, que lo estimaban para el año 2030 aproximadamente—, junto con el inquietante retorno de Rusia a los primeros planos de la política mundial, la impetuosa entrada de la India en los asuntos internacionales y la consolidación de una serie de potencias regionales como Brasil, Sudáfrica, Indonesia, Corea del Sur y Turquía configuraron un escenario global muchísimo más desafiante que el de la era bipolar. Porque ahora, con la desintegración de la Unión Soviética y los avances de la informática, la no proliferación nuclear se convertía en una quimera y la «seguridad nacional» de los Estados Unidos demostraba ser más incierta que antaño.

Relanzamiento imperial

Es en este escenario que la liberalización financiera y comercial, junto con la violenta aplicación de las políticas neoliberales en casi todo el mundo, dio lugar al tercer ciclo de expansión imperialista, que precisamente cobra impulso en la década de 1990 y que continúa hasta nuestros días, incorporando como cotos de caza del capital imperialista a regiones y países otrora vedados a sus ambiciones: Rusia, los países del Este europeo, China, Vietnam, todo lo cual permite hablar de un imperialismo recargado y estimulado por nuevos horizontes en los cuales desarrollar sus proyectos. Varios son los signos distintivos de este tiempo, pero quisiera llamar la atención sobre dos. En primer lugar, el acelerado ritmo de concentración de la riqueza en todos los países, desde China a Estados Unidos, sin ninguna relevante excepción

a nivel mundial. Esto ha sido denunciado por Oxfam en su reporte ante el Foro Económico Mundial de Davos, al señalar que —según estimaciones oficiales— al momento actual, el 1 por ciento más rico de la población mundial detenta el control del 51 por ciento de la riqueza del planeta, es decir, más que lo que posee el 99 por ciento de la población mundial. En línea con lo anterior, un estudio realizado bajo los auspicios de la Universidad de Zurich ha demostrado que 147 megacorporaciones controlan el 40 por ciento de la riqueza del planeta. La segunda señal de identidad de la fase actual ha sido la intensificación de la carrera armamentista, el surgimiento de varias zonas de extrema tensión bélica y el aumento en el número de guerras y de sus víctimas. Hay en la actualidad tres puntos calientes en el sistema internacional: el polvo-rín de Medio Oriente, infame consecuencia de la rapacidad de Estados Unidos y de sus compinches europeos que no han dudado un minuto en destruir países enteros (Líbano, Irak, Libia y actualmente Siria) con tal de apropiarse de su petróleo, que es lo único que les interesa. Han desencadenado una serie de dramas humanitarios como el mundo no había visto desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Segundo punto caliente: Ucrania y su extensión en Europa del Este, en donde el afán de la Casa Blanca y de la Unión Europea de contener al «oso ruso» (¡que no soviético!) ha llevado a promover un golpe de Estado en aquel país, con el activo protagonismo del Departamento de Estado en la persona de su subsecretaria Victoria Nuland; y a desplazar las tropas de la OTAN hacia la propia frontera ruso-ucraniana. Esto pese a que cuando se derrumbó la URSS los líderes de las «democracias» occidentales juraron solemnemente que la OTAN «no se movería ni una pulgada en dirección al Este». No lo hicieron. Solo que se movieron varios centenares de kilómetros hacia los confines de la frontera rusa. El tercer punto caliente se localiza en el Mar del Sur de la China, rico en petróleo y territorio en disputa entre varios países: China, Japón y Vietnam, entre los más directamente involucrados. Esta es una situación que puede fácilmente salirse de control, al igual que las ya

señaladas, pero es de una gravedad especial: Washington puede reaccionar tibiamente ante una invasión de Rusia a Ucrania, o a una retaliación de Moscú a Turquía por el derribo del avión ruso. Pero no puede sino reaccionar con toda su fuerza si China, el segundo presupuesto militar del planeta, decidiera atacar a su socio y vasallo japonés.

En resumen, esta fase, tercera en la historia de la expansión imperialista, presenta —como todas las demás— la guerra como su necesaria contrapartida. Esta lacerante realidad demuestra, por enésima vez, los errores de la teoría del superimperialismo, o ultraimperialismo, desarrollada en primer lugar por Karl Kautsky y continuada por muchos de sus seguidores contemporáneos que insisten en rechazar la tesis de que el imperialismo podría hoy —no necesariamente en el pasado, pero sí hoy— desembocar en una guerra entre potencias capitalistas. Pese a su glorioso pasado soviético, Rusia lo es; y con sus peculiaridades, también lo es China. Y para los más recientes documentos del Pentágono y del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, Rusia es —explícitamente— no un competidor sino el enemigo a derrotar. Aparte de ello, hay que tener en cuenta que aun durante los años del bipolarismo Estados Unidos-Unión Soviética, las guerras proliferaron sin cesar en la periferia del sistema. En la actualidad, el panorama, lejos de haber mejorado, no hizo sino agravarse.

II. Factores determinantes de esta retomada del impulso expansivo del imperialismo

¿Cómo entender esta delicada situación actual? Sucintamente hablando, y a riesgo de simplificar demasiado esta presentación, digamos que hay tres rasgos del sistema internacional que pueden ofrecer algunas claves interpretativas para comprender esta escalada guerrerista.

En primer lugar, la inestabilidad del equilibrio geopolítico mundial es un elemento de decisiva importancia en la gene-

ración de las tensiones y conflictos que agitan al sistema internacional. Uno tras otro, los diversos documentos elaborados por los organismos militares y de inteligencia de Estados Unidos insisten en señalar que el nuevo escenario mundial está erizado de amenazas a la seguridad nacional y que, en consecuencia, el país debe prepararse para varias décadas de guerras. Esto no es para expandir la dominación global de Estados Unidos sino para conservar las posiciones relativas en el tablero geopolítico mundial. La paz, o su búsqueda, es algo que ni se menciona en estos documentos; el supuesto básico es la continuación indefinida de la guerra, sea de carácter «preventivo», como lo planteara George W. Bush; sea de tipo «retaliatorio» ante un ataque a los Estados Unidos, a sus ciudadanos o a países aliados y sus ciudadanos. El multipolarismo actual es un formato del sistema internacional relativamente novedoso. Hubo en el pasado algo parecido, que se llamó «Concierto de Naciones» pero era un sistema exclusivamente europeo: ni Estados Unidos, ni Japón y menos aún China tenían parte en esos acuerdos que perduraron desde la paz de Westfalia (1648) hasta su estrepitoso derrumbe con la Primera Guerra Mundial. Durante esos casi tres siglos, ningún país extraeuropeo tenía algo que decir en las mesas de negociaciones. Hoy es muy diferente porque las potencias extraeuropeas han disminuido la gravitación de la declinante y decadente Europa; y los difíciles consensos del pasado entre naciones que compartían básicamente una misma cultura son muchísimo más difíciles de lograr en la actualidad, cuando quienes toman parte de la discusión son naciones y gobiernos portadores de historias y cosmovisiones muy diferentes y, en más de un sentido, contradictorias. Y, por supuesto, portadoras de intereses en conflicto y en buena medida irreconciliables. Bajo estas condiciones, la paz se convierte en una empresa que debe sortear enormes dificultades para su concreción y marca también la excepcionalidad de América Latina que, de lejos, es la región más pacífica, la única zona de paz de este convulsionado planeta. Los principales líderes de la izquierda y el progresismo latinoameri-

cano no han dejado de marcar esta singularidad, ratificada además formalmente por la aprobación, en enero de 2014, en el marco de la Segunda Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) que tuvo lugar en La Habana, de América Latina y el Caribe como una «Zona de Paz».

Segundo, un factor que alienta y promueve las guerras y la violencia es la creciente gravitación del complejo militar/industrial/financiero en el proceso decisorio del gobierno norteamericano y, en menor medida, de sus aliados europeos. Esa infernal maquinaria vive de la guerra y para la guerra. Para ellos, la paz significa su ruina, la bancarrota. La única estrategia positiva para estas megacorporaciones es estimular los conflictos y las rivalidades por todos los medios posibles. Su tasa de ganancia está directamente asociada con la guerra y es inversamente proporcional a la paz. Su poderío es inmenso: fue denunciado nada menos que por el presidente Dwight Eisenhower en su discurso de despedida del 17 de enero de 1961, cuando lo describió como la más seria amenaza para la libertad y para la democracia de Estados Unidos. A lo largo de más de medio siglo, aquel inmenso poder no hizo otra cosa que acrecentarse, hasta asumir proporciones monstruosas. Si en aquella época era una amenaza, hoy es quien realmente manda en Estados Unidos, acelerando el tránsito de una república democrática a un régimen plutocrático⁴. Es decir, una forma política que, parafraseando a Lincoln, es el gobierno del dinero, por el dinero y para el dinero. Y dado que el gasto militar de Estados Unidos es el principal motor de la economía, aglutinando en su seno a sectores industriales, financieros y petroleros, es en interés de los gobiernos otorgar toda clase de garantías a las empresas de ese sector. Y estas, a su vez, disponiendo de fenomenales recursos, se convirtieron en las principales e indispensables financiadoras de las onerosas carreras políticas de representantes,

⁴ Tema sobre el cual hemos ya hablado y que ahora ratificamos aludiendo expresamente a la obra de Tom Engelhardt (2015). Ver asimismo dos textos clásicos sobre este tema: Scott (2014), Wolin (2009) y también Bosch (2015)

senadores, gobernadores y presidentes, prostituyendo definitivamente el funcionamiento de la democracia en Estados Unidos y abriendo las puertas para la constitución de la plutocracia que hoy gobierna a ese país. No es de extrañar, en consecuencia, que desde la Guerra de Corea en adelante, Estados Unidos no haya conocido un solo año sin tener tropas combatiendo en el exterior. Tampoco lo es que, pese a los optimistas anuncios oficiales, el gasto militar haya aumentado aun luego de la desaparición de quien durante los largos años de la Guerra Fría fuera su enemigo fundamental: la Unión Soviética. En este sentido, la operación propagandística del imperio pregonando los supuestos «dividendos de la paz» como fuente de una renovada ayuda al desarrollo quedó rápidamente al desnudo. Ni se mejoró la asignación de recursos para facilitar el progreso económico y social de los países de la periferia, ni se redujo la escalada del gasto militar. Según los cálculos más rigurosos, el gasto militar total de Estados Unidos superó el umbral considerado hasta no hace mucho como absolutamente insuperable de un billón de dólares, es decir, un millón de millones de dólares, lo que equivale aproximadamente a la mitad del gasto militar mundial⁵. Con perfiles menos acusados que en Estados Unidos, el complejo militar/industrial/financiero también opera en los países europeos, en Japón y en Corea del Sur. En otras palabras, la acumulación capitalista siempre estuvo signada por la violencia. Si no, cómo explicar la «Conquista de América» o el masivo despojo del campesinado en los países del capitalismo metropolitano, para no hablar del que día a día se viene llevando a cabo en la periferia. En tiempos recientes, esta violencia se ha institucionalizado y profundizado *pari passu* con el fenomenal crecimiento del aparato militar, lo que impulsa las guerras a la vez que socava los fundamentos de la democracia tanto en el mundo desarrollado como en la periferia del sistema.

⁵ Hemos desarrollado este cálculo en nuestro Boron (2012).

Un tercer elemento que impulsa las guerras es lo que un autor como Michael Klare ha denominado «la cacería de los recursos naturales» (Klare, 2012). En un mundo cada vez más amenazado por el agotamiento de ciertos bienes comunes de carácter estratégico, comenzando por el agua y siguiendo por el petróleo, la biodiversidad, los minerales estratégicos y los alimentos, y frente a un imparable aumento de la población mundial —que hacia mediados de este siglo tal vez cruce la barrera de los 10 000 millones de habitantes—, las principales potencias se han lanzado con toda su fuerza en una campaña mundial para asegurarse los insumos básicos requeridos por un patrón de consumo capitalista que se caracteriza por la utilización irracional y el irresponsable derroche de los recursos naturales. Para nadie es un misterio que la vigorosa expansión de China en los países del Tercer Mundo tiene como objetivo fundamental asegurarse el suministro de ciertos recursos naturales imprescindibles para su economía, fenómeno este que se manifiesta sobre todo en África, pero también, aunque en menor medida, en América Latina. No es necesario ser un pesimista radical para reconocer que muy a menudo lo que comenzó como una guerra comercial termina siendo una guerra en el sentido más integral del término. Un solo dato, de los muchos existentes, servirá para graficar lo que ha significado, en términos de uso de recursos naturales, la modernización capitalista de China. Un informe divulgado por la revista de negocios estadounidense *Forbes* demuestra que entre los años 2011 y 2013 China consumió más cemento que los Estados Unidos a lo largo de todo el siglo XX (McCarthy, 2014).

Dejando de lado el caso particular del gigante asiático, una buena perspectiva sobre la gravedad de la «cacería de los recursos naturales» la brinda el cálculo de la «huella ecológica» que realiza Global Footprint Network. Este indicador nos dice que al ritmo actual, Estados Unidos, Reino Unido y Francia requieren para sostener su nivel actual de consumo entre 3 y 5,5 planetas. Esto nos brinda una sumamente elocuente y exime de mayores comentarios; y sirve por sí solo

para demostrar la insustentabilidad del patrón de consumo «occidental», tan publicitado por los medios de comunicación y tan promovido por los gobiernos capitalistas de todo el mundo. Esa pauta de consumo desenfrenado solo puede funcionar si una parte significativa de la población mundial es condenada a la pobreza y la indigencia. Sencillamente, no hay hierro para todos, cemento para todos, petróleo para todo, fosfatos para todos, jagua para todos! Por eso el imperialismo se ha ido tornando cada vez más agresivo y sanguiinario, acicateado por la presión para preservar un modelo de sociedad, el «*American way of life*», al cual solo una minoría de la población mundial puede acceder. Un último ejemplo: el papel se produce a partir de la pasta de celulosa, extraída de los árboles. Buena parte de la deforestación que sufre el planeta se origina en el gran aumento producido en años recientes en el consumo de papel. Pero no todos consumen por igual. El consumo por persona/año en Estados Unidos es de 270 kilogramos y en Europa Occidental es de 230. Pero en Indonesia y Brasil es de 35 kilogramos por persona/año y japeñas de 5 kilogramos por persona/año en la India y el África Sub-Sahariana!⁶.

III. La estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos para enfrentar los desafíos contemporáneos

A finales de 2017 la Casa Blanca dio a conocer una nueva versión de su Estrategia de Seguridad Nacional, la primera con Donald Trump en la presidencia. Este documento, emitido con fecha de diciembre de 2017 se publicó poco después de su versión anterior, datada en febrero de 2015, elaborado en las postrimerías de la Administración Obama. Hubo otro anterior, producido por el staff de la Casa Blanca después de

⁶ El consumo de papel es importante, entre otras cosas, como un indicador de la higiene de los productos alimenticios y farmacéuticos que se expenden en el mercado. No es casual la correlación inversa que existe entre tasas de mortalidad y morbilidad infantil y consumo de papel en los países más pobres del planeta. Hemos examinado estos asuntos Boron (2014).

que Barack Obama asumiera la presidencia, que apareció en mayo del 2010. Cinco años transcurrieron entre la edición de los dos primeros documentos, 2010 y 2015, y apenas dos entre este último y el del 2017. No es ajeno a todo esto el ritmo vertiginoso al cual está cambiando la escena internacional en estos últimos años y el verdadero terremoto político que significó la irrupción y el acceso a la Casa Blanca de un personaje extravagante y ajeno a la «nomenclatura» de Washington como Donald Trump. En las páginas que siguen trataremos de analizar algunos de los aspectos más relevantes de las dos últimas versiones de la ESN (o la NSS, por sus siglas en inglés), en especial en lo tocante a América Latina y el Caribe.

Si en el último documento de Obama el telón de fondo era el explícito reconocimiento del acelerado tránsito del sistema internacional en dirección al multipolarismo o al policontrismo —transición imposible ya de negar y cuyo ritmo ha sido extraordinariamente acelerado por la pandemia de COVID-19—, el que se elabora bajo la inspiración (para decirlo de algún modo) de Donald Trump proclama, desde el primer renglón, que su misión será que Estados Unidos «vuelva ser grande otra vez» y la nueva configuración del poder mundial es olímpicamente ignorada, o al menos menospreciada⁷. La formulación que se encuentra no podría ser más explícita:

China y Rusia desafían al poder estadounidense, su influencia y sus intereses, en un intento por erosionar la seguridad y prosperidad americanas. Ellos están resueltos a hacer que las economías sean menos libres y menos justas; a expandir sus fuerzas militares y a controlar la información y los datos necesarios para reprimir a sus sociedades y expandir su influencia. (NSS, 2017, p. 2)

Nótese bien el lenguaje utilizado en este documento: anuncian la emergencia de un desafío integral a la seguridad

⁷ No es un dato menor recordar que la expresión «*Make America Great Again*» («Hagamos que América sea grande otra vez») fue registrada como una marca por Donald Trump, quien también hizo lo propio con su lema de campaña para la elección del 2020: «*Keep America Great*» («Mantengamos América grande»). Ver Wilson (2018).

y prosperidad de Estados Unidos y un plan maligno para que las economías sean menos justas y libres, unido a un crecimiento del músculo militar de Rusia y China y una intención de controlar y reprimir a sus respectivas sociedades y expandir su influencia. El diagnóstico se inserta sin fricciones en la retórica de la Guerra Fría. Pero, atención: ¿Son estos los únicos enemigos de Washington? De ninguna manera: aparte de los dos villanos principales hay varios «Estados canallas», de los cuales tres concentran poderosamente la atención de los redactores del informe: Corea del Norte e Irán, a los que se agrega el denominado «Estado Islámico».

Como no podía ser de otra manera, los gobiernos de Rusia y China reaccionaron airadamente una vez que el documento fue hecho público. El portavoz de la cancillería china dijo que el mismo refleja una mentalidad de Guerra Fría y una concepción de suma cero de la arena internacional que distorsiona los objetivos estratégicos de su país. El Kremlin, por su parte, calificó al documento como un anacronismo que revela una vocación imperialista, anclada en los años de la Guerra Fría preñado de ominosas consecuencias.

A la luz de estos antecedentes se torna evidente el empecinamiento de la Administración Trump en negarse a reconocer que el mundo ya no es lo que era y que por más que Estados Unidos desee retornar a su aplastante poderío global, dicha aspiración está condenada al fracaso. El nuevo orden multipolar, detectado con claridad y una evidente dosis de resignación en el segundo documento de la Administración Obama, no ha hecho sino fortalecerse con el paso del tiempo. China no solo es una gran potencia económica sino que se convirtió en la segunda economía del planeta —o la primera, si se mide su PIB por la paridad de compra— y la principal locomotora industrial y comercial del mundo, desplazando de ese lugar a Estados Unidos. Cabe agregar que nunca en su historia Estados Unidos fue el primer socio comercial o financiero de 133 países, cosa que China logró en 2019. Rusia, a su vez, con un liderazgo que ha demostrado una inusual capacidad para leer correctamente el complejo tablero de la

política mundial y una actitud cerebral que le ha permitido sortear todas las trampas y provocaciones que le ha plantado Occidente, ha recuperado su papel protagónico en los asuntos mundiales, cerrando el ignominioso paréntesis abierto por la infausta dupla Mijail Gorbachov/Boris Yeltsin.

De modo más pausado, India está asomándose a los primeros planos de la política internacional. De momento su área de influencia se circunscribe sobre todo al Asia pero en pocos años más comenzará a jugar en el escenario global. Por su parte, aun debilitados, los BRICS se reafirman como una constelación de poder cuya presencia ya no puede ser menospreciada y mucho menos soslayada. En Nuestra América, la UNASUR y la CELAC, pese a su declinante vigor debido a la pérdida del impulso progresista y de izquierda que aflorara con fuerza a comienzos de siglo, son aun así molestas realidades para el imperio, lo que explica el empeño de Washington —y el de sus aliados como Mauricio Macri y otros— en debilitarlas y, de ser posible, desmantelarlas definitivamente.

Sin duda, todos estos cambios muy brevemente esbozados hablan de la profundidad del proceso de transición hegemónica en curso, así como del carácter irreversible de la declinación del poderío imperial de Estados Unidos, reflejado con inusual intensidad en el ámbito interamericano en el cual antaño las políticas de Estados Unidos se imponían sin resistencia, salvo Cuba, por eso mismo expulsada del sistema interamericano.

Claro que la Casa Blanca no se resigna a perder el control de la estratégica masa continental que se extiende al sur del Río Bravo y en fechas recientes ha lanzado una contraofensiva encaminada a restaurar la «armonía interamericana» en función, claro está, de sus intereses. Conviene aclarar que al hablar de transición hegemónica no significa que habrá otra potencia (¿China, Rusia?) que vaya a ocupar el trono dejado vacante por Estados Unidos, porque dicho sitio ya no existe. Con el paso del unipolarismo de la última década del siglo XX al multipolarismo de la segunda década del siglo XXI, el

lugar del *hegemon* inexpugnable ha desaparecido. Lo que hay en su lugar es una constelación de grandes potencias con capacidad de veto recíproco y sin que ninguna pueda imponer unilateralmente su voluntad en todos los terrenos de la vida internacional. Los Estados Unidos son ahora el «*primus inter pares*» y no más la omnipotente nación del pasado. Es la principal potencia militar del planeta, sus ejércitos pueden arrasarse países pero no pueden ganar guerras. Pueden destruir países enteros pero no pueden ocuparlos, normalizarlos y explotar sus recursos para su provecho.

Cinco transiciones

Del documento elaborado por el *staff* de Trump, se podría decir sin exagerar que pretende ser una guía para la política exterior, pero prescinde de ofrecer un mapa de navegación para el piloto de la Casa Blanca. Más aun: analistas del sistema internacional coinciden en señalar que el magnate neoyorquino elabora y ejecuta su política exterior sin atender en lo más mínimo a las reglas institucionales que tradicionalmente estuvieron en vigor en Estados Unidos. Como los monarcas absolutistas, sus caprichos son los que hacen la política internacional de Estados Unidos, voluble e inestable como sus antojos y súbitos cambios de humor.

El eje de la NSS 2017 se centra en la protección del territorio norteamericano, de sus fronteras, contra el yihadismo, las migraciones, las pandemias y el narcotráfico y, por otro lado, en la necesidad de preservar la paz a través de la fuerza y de disuadir a sus enemigos —que la atacan desde la informática (Rusia), destruyendo a la prensa libre y deslegitimizando la democracia o desde lo comercial (China)— para que no continúen con sus agresiones.

Pero la descripción de la estructura y dinámica del sistema internacional están ausentes en el NSS 2017. El documento anterior, en cambio, tenía otro espesor teórico que en el gestado por la Administración Trump se diluye por completo, al

punto tal de aparecer como un texto declaratorio, más que de análisis; una serie interminable de buenas intenciones pero sin un relevamiento serio y preciso de la situación actual del sistema internacional y de su probable evolución futura. Por eso nos referiremos un poco más extensamente a su predecesor, en donde se identifican cinco transiciones globales, de carácter histórico, que han transformado radicalmente el tablero de la política mundial y, por consiguiente, los imperativos de la seguridad estadounidense. Estados Unidos debe comprender esa dinámica transicional, dice el documento, e influenciar sus trayectorias, aprovechar las oportunidades que esos cambios precipitan y manejarse con eficacia ante los riesgos que ellos representan. Las transiciones identificadas por el NSS 2015 son las siguientes.

Primero, el poder internacional y su distribución han cambiado significativamente. Se produjo un desplazamiento en el centro de gravedad de la economía mundial con el avance de los países del Asia Pacífico y, sobre todo, de China. Hay nuevos roles que desempeña el G-20, que ha desplazado a otras instancias de la organización internacional, como el Banco Mundial y el FMI. Ha surgido el BRICS, proyectando una influencia importante en los asuntos mundiales, sobre todo en los bordes de los capitalismo centrales. Pero en este rubro el documento señala muy especialmente tres cosas: el potencial de crecimiento de la India, que junto con China representará el 39% del PBI mundial en poco más de una década; el ascenso ya producido y consolidado de China como la segunda economía del planeta y, como ya dijimos, el principal núcleo de dinamización de la economía mundial; y en tercer lugar, la «agresión» (¡sic!) de Rusia (NSS, 2015)⁸. La estigmatización de este país se acentúa en el NSS 2017, cuando se lo caracteriza como el enemigo que «está utilizan-

⁸ El documento dice textualmente: «*In particular, India's potential, China's rise, and Russia's aggression all significantly impact the future of major power relations*» (NSS, 2015, p. 4). En ninguna parte del documento se indica cuál es el país o el objeto de la agresión rusa. Se trata de una caracterización prejuiciosa, negativa y abstracta y no de una acusación verídica.

do herramientas informacionales en una tentativa de socavar la legitimidad de las democracias. Nuestros adversarios tienen como objetivos los medios de comunicación, los procesos políticos, las redes financieras y los datos personales» (NSS, 2017, p. 14). Por eso tienen razón los gobernantes de Rusia cuando hablan de la «rusofobia» que inficiona el NSS 2017 y las actitudes y las iniciativas del gobierno de Trump. Si hacia finales de la Administración Obama, Moscú era un peligroso adversario, con Trump pasa lisa y llanamente a ser el malvado enemigo a vencer.

Ambas versiones del NSS concuerdan —si bien lo dicen con una oportuna sordina— en que el poderío relativo de EE. UU. en la arena internacional ha menguado. Los datos que avalan ese diagnóstico son irrefutables, pero no se exponen en los documentos, lo que constituye un tácito reconocimiento a lo que en América Latina hace tiempo venimos observando: el lento pero irreversible declive de la potencia hegemónica, negado de modo intransigente por sus voceros y por sus lacayos neocoloniales en Nuestra América, pese a que salta a la vista y es reconocido inclusive en un documento oficial de la importancia del que estamos analizando⁹. Esto actualiza la necesidad de estudiar la trayectoria y la velocidad de ese descenso, su impacto sobre el resto del mundo y las modalidades aberrantes en que, en términos de violencia, incurre todo imperio en su fase de descenso. Explorar, en otras palabras, si el «aterrizaje imperial» será suave («*soft landing*»), brusco («*rough landing*») o simplemente se estrellará («*crash*») como producto del acoso de los «bárbaros» que lo rodean¹⁰. Aun un autor como Joseph Nye, tradicional académico de Harvard y alto funcionario de sucesivas administraciones norteamericanas, reconoce esta mutación del poder internacional y el debilitamiento del poderío estadounidense. El lenguaje que utiliza no deja lugar a dudas: «En la primera mitad de este

⁹ Sobre el tema de la decadencia del poderío imperial ver Boron (2014, pp. 50-58).

¹⁰ En Washington circula entre murmullos esta visión tripartita de los posibles desenlaces: «*soft*», «*rough*» y «*crash landing*», aunque es políticamente incorrecto hablar en voz alta de estas cosas.

siglo, EE. UU. conservará su primacía en materia de recursos de poder y seguirá desempeñando un papel fundamental en el equilibrio mundial de poder. [...] Pero si bien la era de la primacía de EE. UU. no ha concluido, va a experimentar cambios importantes. Lo que está por verse es si esos cambios aumentarán la seguridad y la prosperidad mundiales, o no» (Nye, 2004). Toda la nueva teorización sobre el «poder blando», de la cual Nye es uno de sus principales exponentes, se asienta sobre esa premisa.

Una reflexión final sobre esta primera transición remite al tema de los cambios operados en la principal configuración del poder en el mundo contemporáneo: el Estado. Muchos disputarán este aserto, diciendo que esa cristalización en realidad se corporiza en la gran empresa transnacional y no en el Estado. Pero según nuestro punto de vista, eso no es así. Así como hay empresas pequeñas, medianas y gigantes, también se puede decir lo mismo de los Estados. Y mientras las megacorporaciones de nuestro tiempo no puedan reclamar para sí —y menos aún aplicar— en la vida práctica el monopolio de la violencia legítima, los Estados serán más poderosos que las empresas y seguirán siendo la principal cristalización del poder social —con su núcleo duro clasista— en el mundo contemporáneo, estableciendo además el marco jurídico y organizando el aparato coercitivo que las grandes corporaciones necesitan para proseguir depredando el planeta y sometiendo a sociedades enteras. Pero esto no significa que la imagen convencional que los científicos sociales tienen del Estado sea la correcta y se corresponda con lo que es en la actualidad. El politólogo y diplomático Chester A. Crocker acertó cuando dijo que «la imagen clásica de un Estado Leviatán, capaz de controlar, coaccionar, restringir, regular, cobrar impuestos y reclutar ciudadanos para sus ejércitos (y reclutar también corporaciones) es anticuada» y ya no se corresponde con la realidad de los Estados en el mundo de hoy (Crocker, 2015). Algunos todavía conservan buena parte de los atributos hobbesianos clásicos, pero aun en aquellos casos sus capacidades se han visto en cierto modo recortadas

por las modificaciones producidas en el capitalismo contemporáneo. Son casi infinitos los intersticios y las fracturas de la sociedad burguesa; y además las nuevas tecnologías de información y comunicación ofrecen una gran cantidad de escapatorias al control estatal, que ni remotamente existían en el pasado, aunque también aportan una fenomenal capacidad de vigilancia y control por parte de las autoridades¹¹. El «Gran Hermano» de Aldous Huxley en *Un Mundo Feliz* anticipó con clarividencia esta ominosa realidad, pero la acrecentada capacidad de fiscalización tropieza con el hecho de que esas mismas tecnologías también ofrecen inéditas capacidades de fuga y resistencia para quienes, en la sociedad, resisten o desean combatir al sistema. O, como en el caso de las grandes corporaciones, eludir los controles que un régimen político podría imponer sobre sus actividades. En todo caso, la tesis de Crocker —«el mundo está a la deriva y carente de liderazgo»— es lo suficientemente rotunda como para graficar claramente la preocupación que anida en los corredores de las agencias del gobierno norteamericano.

Segunda transición: el documento de la NSS de 2015 señala que el poder está desplazándose hacia abajo y más allá del Estado nación. Incluso Estados con débiles controles, debido a la ausencia de eficaces «pesos y contrapesos» que contrarresten la dinámica arrolladora del Ejecutivo, encuentran demandas de rendición de cuentas ante actores subestatales o inclusive actores no estatales, anclados en una sociedad civil cada vez más empoderada. Los ejemplos que ofrece el documento van desde los alcaldes de megaciudades hasta los grandes gerentes de las megacorporaciones, que disponen de un poder *de facto* que no puede ser ignorado por las autoridades estatales. La juventud y una pujante clase media, ambas potenciadas en su influencia social y política por su familiarización con las nuevas tecnologías, levantan asimismo importantes barreras a la acción estatal. Si bien estos son desarrollos que la NSS mira con muy buenos ojos, en algunos

¹¹ Sobre este tema, remitimos al imprescindible libro de Ignacio Ramonet (2016)..

casos puede traducirse en la conformación de actores no estatales muy violentos, portadores de inestabilidad y conflictos políticos muy graves en Estados débiles o fallidos, con el riesgo de rupturas revolucionarias de imprevisibles derivaciones o el retorno a despotismos tradicionales dispuestos a preservar la preeminencia del Estado a cualquier costo en algunas regiones del Tercer Mundo. El ya mencionado Crocker dice, por ejemplo, que el antiguo monopolio estatal de la gestión internacional es cosa del pasado. Numerosos y poderosos actores no estatales hacen hoy sentir su influencia en el escenario global, favorecidos por las nuevas tecnologías de información y las redes sociales que han empoderado a sujetos y organizaciones que antes tenían mínimas —¡si algunas!— chances de gravitar en el escenario mundial. El ininterrumpido ciclo de 24 horas de noticias propalado por las grandes cadenas internacionales tiene la capacidad (no siempre realizada) de rescatar a millones de personas de su pasividad y aislamiento, a la vez que potencia la gravitación de las gigantescas corporaciones transnacionales y de los mercados globales, de los organismos supranacionales como el G-20 pero también del crimen organizado a escala internacional y de las violentas milicias de los terroristas, aunque este autor no termine de definir quién o quiénes se hacen merecedores de esta calificación. ¿Las compañías norteamericanas de subcontratación de mercenarios, los *marines*, el ISIS, quién? Agregaríamos que para sortear los efectos paralizantes de la cuarentena impuesta a causa de la pandemia, una parte significativa de los sujetos del campo popular y de la izquierda se ha visto obligada a aprender a utilizar los instrumentos que ofrecen las nuevas tecnologías de información y comunicación, posibilitando nuevas formas de lo que podría llamarse un «asociativismo digital» que antes no disponía y que le facilita la realización de estrategias de acción colectiva antaño enormemente dificultadas por la distancia, la escasez de recursos materiales y el desconocimiento mutuo entre los sujetos sociales. La combinación de una renovada presencia en las calles a la salida de la cuarentena junto con la poten-

cialidad organizativa y conscientizadora del «asociativismo digital» pueden inclinar hacia la izquierda la salida de la crisis capitalista. Las «guaridas fiscales» que articulan y viabilizan los negocios sucios de gobiernos y corporaciones en su vinculación con el crimen organizado, especialmente el narcotráfico, también han dado lugar a la emergencia de nuevos actores que se mueven en la escena internacional, pero no es este un tema que preocupe a los redactores de los documentos de 2015 y 2017. La lista sería demasiado extensa a los fines del presente trabajo.

Tercera transición: se señala como otra de las grandes transiciones de nuestro tiempo la creciente interdependencia de la economía global y los rápidos y profundos procesos de cambio en las tecnologías de la información, algo a lo cual hemos ya aludido más arriba. Sus autores observan el carácter dual de estos procesos: por un lado la internacionalización de la acumulación capitalista, eufemísticamente caracterizada con el neutro nombre de «globalización», facilita la cooperación a través de las fronteras y la liberación de los mercados pero, simultáneamente, dicen, crea vulnerabilidades ante los perversos designios de actores antisistémicos. Los ciberataques tan citados en el documento de la NSS 2017, las pandemias, el crimen transnacional (narcotráfico, trata de personas y órganos, venta ilegal de armas, etcétera) que en esta última versión tiene como especial objeto de referencia a los migrantes que intentan penetrar en Estados Unidos (de ahí el Muro que pretende erigir Trump) expresan una ominosa nueva realidad: las recargadas capacidades de quienes, en el documento, se los denomina «actores violentos extremistas» cuya facultad de actuar malignamente crece exponencialmente a partir de los mayores niveles de interconexión del sistema en su conjunto. Va de suyo que en ninguno de los documentos de la NSS, a lo largo de todos los años, se hace la menor alusión a la responsabilidad de Estados Unidos en el surgimiento de estas variantes del «crimen organizado» o en la aparición de «actores violentos extremistas», como el ISIS, por ejemplo, probadamente demostrado

que su origen, desarrollo y fortalecimiento fue posible gracias al apoyo financiero, militar, diplomático y mediático de Estados Unidos, Israel, Reino Unido y Arabia Saudita. Lo mismo cabe decir de la crucial responsabilidad de los principales países del capitalismo desarrollado en la perpetuación de una red de «guaridas fiscales» que permiten la evasión fiscal y el desfinanciamiento de los Estados, la cobertura de los hechos de corrupción, la fuga de capitales y la estafa a los ahorristas incautos (Shaxson, 2014).

Cuarta transición: examinada no por casualidad muy rápidamente en el documento del 2015 es la que se pone de manifiesto en los cambios que están ocurriendo en Oriente Medio y el Norte de África, los cuales han desatado una intensa lucha por el poder que, según sus autores, podría desestabilizar irreparablemente una región fundamental para el mercado petrolero mundial. Se afirma, por ejemplo, que hay en marcha una lucha generacional desencadenada en toda la región luego de la Guerra de Irak y que se manifestó de forma rotunda con los alzamientos en el mundo árabe del año 2011, que pusieron fin a las dictaduras de Egipto y Túnez. En este contexto, el citado documento afirma que hay en curso una redefinición de las relaciones entre las diferentes comunidades étnicas y entre la joven ciudadanía del mundo árabe y sus gobiernos. Los peligros de una desestabilización en cadena se acrecientan a causa del extremismo religioso o del rechazo de gobiernos autocráticos a aceptar reformas democráticas, todo lo cual podría incendiar una región crucial para la economía mundial.

Pero la NSS 2017 va un paso más allá, habida cuenta de la total simbiosis entre la Casa Blanca y Tel Aviv, relación manejada personalmente y al margen de cualquier entramado institucional norteamericano por el yerno del presidente Trump, el empresario Jared Kushner. Dice textualmente la NSS 2017: «Hoy, las amenazas de las organizaciones yihadistas y de Irán demuestran que Israel no es la causa de los problemas de la región» (NSS, 2017, p. 49).

Quinta transición: los cambios en el mercado global de la energía, íntimamente vinculado al punto anterior. Lo esencial no es lo que dice el documento, que asegura que Estados Unidos está llegando al autoabastecimiento petrolero; ni la acusación de que Rusia utiliza sus reservas energéticas, sobre todo el gas, para hacer política y coaccionar a Europa¹². A nuestro entender, lo más importante es lo que se menciona casi al pasar, a saber: que en los próximos años el mundo subdesarrollado va a consumir más energía que los desarrollados, alterando los flujos comerciales de energía y desestabilizando los arreglos tradicionales¹³.

La nueva agenda internacional

De lo anterior se desprende que hay una agenda de política exterior que ya tiene poco que ver con la tradicional. Si la escena mundial cambió como lo hizo, es evidente que los desafíos y los grandes temas de las relaciones internacionales ya no pueden ser los mismos. La agenda de la época de la guerra fría tenía como eje principal todo un conjunto de cuestiones —la carrera armamentista, el equilibrio nuclear, las guerras en y entre *proxies*, las «áreas de influencia», etcétera— que giraban en torno a lo que solía llamarse el conflic-

¹² Estados Unidos viene tratando de lograr la «independencia petrolera» desde la primera crisis del petróleo, en 1973, sin tener éxito en esa política. Para colmo, las decisiones de la Casa Blanca de acompañar vergonzantemente la política del Estado Islámico de vender el crudo a 30 dólares el barril, con el objeto de agredir económicamente a Rusia, Irán y Venezuela, ha desatado una gravísima crisis en las empresas que extraían el «*shale oil*» (petróleo de esquisto) y que habían disminuido la dependencia norteamericana del crudo importado. Ahora todo eso es historia y las empresas que explotaban ese petróleo no convencional en Texas, California y las Dakotas han cesado sus actividades. Sobre el uso de un recurso como el gas o el petróleo como arma política: Estados Unidos ha sido el campeón en ese ramo, de modo que su crítica a Rusia por hacer lo mismo que Washington ha venido haciendo desde tiempos inmemoriales no tiene sustancia alguna.

¹³ No obstante, el derrumbe del precio del petróleo no solo cambió la fisonomía del mercado petrolero mundial, sino que liquidó la palanca fundamental con la cual Estados Unidos desestabilizó ese mercado en los últimos años. El *fracking*, decisivo para la presencia estadounidense en ese mercado, se derrumbó porque su rentabilidad requiere que el barril de petróleo oscile en torno a los USD 70, cosa que no ocurre ni con el petróleo ruso o el saudí. Las renovadas tensiones del sistema internacional encuentran allí una de sus múltiples causas.

to Este/Oeste, eufemismo que ocultaba lo que en términos más prosaicos debía denominarse como la competencia entre capitalismo y socialismo. Otros temas eran la deuda externa, las políticas de ajuste estructural y condicionalidad financiera, las migraciones y asuntos tales como equidad de género y derechos de las minorías sexuales.

La agenda actual es muy diferente. Sobreviven algunos de los viejos temas —el ajuste estructural y las políticas de austeridad, la caída de los precios de las *commodities* y la deuda externa, por ejemplo— pero hay otros sobre los cuales el consenso es aún más problemático de lograr que antaño. Entre ellos sobresalen: (a) el terrorismo internacional en sus diversas formas y distintos objetivos ; (b) la desestabilización y crisis en Oriente Medio (Siria, Estado Islámico, Palestina, Irak, Irán, el Kurdistán, Turquía) y Europa Oriental (principalmente, Ucrania) ; (c) las crecientes tensiones en el Mar del Sur de la China ; (d) la militarización del espacio exterior; (e) las ciberguerras y la ciberseguridad; (f) refugiados y migraciones incontroladas, por guerras y por cambio climático; (g) el cambio climático; (h) gobernanza de la Internet; (i) conservación de la biodiversidad y recursos marinos; (j) explotación de recursos en el Ártico; y (k) la trata de personas y el tráfico de órganos.

De la simple enumeración de los temas en disputa el documento de la NSS 2015 deduce algunas recomendaciones estratégicas, algunas de las cuales sobreviven en la gestión de Trump mientras que otras pasan por completo a un segundo plano.

En primer lugar, y aquí coinciden ambos documentos, la necesidad de no cejar en la defensa del orden mundial de posguerra: sus instituciones y su marco normativo («liberalismo global», «democracia», «libertad», «derechos humanos», todo esto entrecomillado porque remite a la concepción ideológica que el imperio tiene acerca de estos temas) que, tal como lo reconoce el documento del 2015, «han servido muy bien» a los intereses de Estados Unidos durante setenta años

y nada autoriza a pensar que un cambio en los fundamentos del «orden mundial», en realidad, un peligroso e irreparable desorden, podría ser desde el punto de vista de Washington una aportación positiva al orden mundial¹⁴. Nótese que Henry Kissinger ha certificado que a causa de la pandemia el viejo orden mundial yace en ruinas, pero exhortó a la fundación de un nuevo orden también inspirado, como su antecesor, en el liberalismo global, algo que ciertamente no va a ocurrir (Kissinger, 2020). Las reiteradas tentativas de los países de la periferia por democratizar a las Naciones Unidas y, sobre todo, al despótico, irrepresentativo e inoperante Consejo de Seguridad se estrellan contra esta clarísima defensa que Washington hace de un sistema que, como se dice en el documento, funcionó bien (para Estados Unidos, al otorgarle impunidad a sus crímenes), por lo que cualquier cambio sería para peor.

Segundo, una nueva área de concordancia entre las dos versiones del NSS se encuentra en la recomendación de hacer pagar un elevado precio a quienes, como Rusia, transgreden —según los gobiernos occidentales— las normas del orden mundial de posguerra. Solo que en la versión de Trump, el énfasis de las sanciones es aun más marcado y entre los países a los cuales se les debe aplicar se incluye, ahora, a China, que en la versión 2015 estaba a salvo de las iras de la Casa Blanca. Por lo tanto, ambos documentos convergen en la idea de que las sanciones económicas puntuales y específicas deben continuar. En relación a Rusia, el secretario de Estado, Mike Pompeo, declaró en su audiencia de confirmación ante el Senado de Estados Unidos que «la época en que las políticas hacia Rusia eran suaves» ha terminado. Sanciones que de ser posible deben aplicarse multilateralmente; en caso contrario, de modo unilateral. Es por eso que en el documento del 2017 el multilateralismo ha pasado al olvido y aparece solo como una referencia verbal carente de toda sustancia.

¹⁴ Aquí es donde se marca claramente el disenso en el consenso bipartidario, pues Trump le atribuye al liberalismo global la responsabilidad por la decadencia industrial de Estados Unidos.

Claro que sería un error atribuirle este desprecio del multilateralismo tan solo a la Administración Trump. La postura actual de Washington ha sido la prevaleciente desde fines de la Segunda Guerra Mundial, que lejos de atenuarse se acentuó con la desintegración de la Unión Soviética y con el auge del neoliberalismo global de los años de Bill Clinton. Recordemos que fue Madeleine Albright, la Secretaria de Estado en el segundo turno de aquel presidente, quien tiempo después pronosticaría el fin de la diplomacia, al anunciar el cambio en la misión de la cartera que había estado a su cargo. «Antes el Departamento de Estado fijaba la política exterior y el Pentágono la respaldaba con la fuerza disuasiva de sus armas. Ahora es este quien la determina y a los diplomáticos nos cabe la misión de explicarla y de lograr que otros gobiernos nos acompañen en nuestra tarea», dijo con total cinismo.

El mismo Barack Obama remarcó más de una vez que a veces «a los amigos había que torcerles un poco el brazo» para que aceptaran las políticas de Washington. Albright recordaba en otra ocasión que Estados Unidos debe guiar la formulación de la política exterior por los siguientes principios: «El idealismo cuando sea posible, el realismo cuando sea necesario; priorizar los derechos humanos cuando sea posible, la elevación de interés nacional en todo momento; el multilateralismo cuando sea posible, el unilateralismo cuando sea necesario». Las palabras de Albright suenan como música celestial en los oídos de los halcones norteamericanos y los belicosos asesores de Donald Trump. Pero un eminente estudio norteamericano, ya fallecido, advertía sobre los peligros que entrañaba el unilateralismo para la seguridad nacional de Estados Unidos. Samuel P. Huntington, un conservador sin fisuras, recomendaba redoblar los esfuerzos para avanzar por la vía de la cooperación con los aliados en lugar de caer en la riesgosa tentación de convertir a su país en un temerario «sheriff solitario» (Huntington, 1999). En línea con esto, Washington no solo se esmeró por aplicar sanciones unilateralmente sino que trató de que las mismas fuesen acompañadas por sus aliados y súbditos. Los casos concretos más re-

cientes son las sanciones en contra de Cuba, Irán, Venezuela y Rusia, quien ya en el primer documento era caracterizada no como una competidora sino como la enemiga a vencer.

Tercero: la NSS 2015 recomienda fortalecer la presencia de Estados Unidos en el Asia Pacífico, reafirmando que ese país es una potencia del Pacífico y tiene intenciones de seguir siéndolo. En el documento del año 2017, el énfasis es menor. Los acuerdos firmados entre Estados Unidos y Australia bajo la Administración Obama, que autorizaron la instalación de personal militar en varias bases de Estados Unidos en territorio australiano y la reforma constitucional exigida a Japón a instancias de Washington, en virtud de la cual se autoriza la salida de contingentes militares fuera del territorio japonés, son claras manifestaciones de esta política de reafirmar la presencia norteamericana en el Asia Pacífico. Esta se inscribe en la estrategia más global de contener o cercar a China, lo que en el caso de la Administración Trump se encuentra exacerbado. Si el documento del 2015 dice, textualmente, que «damos la bienvenida a una estable, pacífica y próspera China a la vez que tratamos de minimizar las incomprendiciones y los cálculos erróneos [*“miscalculations”*]», en la NSS 2017 el gigante oriental ya entra en la categoría de país enemigo, culpable de erosionar la gravitación de Estados Unidos en la política y la economía mundiales. La guerra comercial desatada por Trump contra China encontró en este país una rotunda respuesta. Por primera vez en muchos años Beijing redobla la apuesta de la guerra comercial declarada por Washington con duras declaraciones de sus gobernantes y enérgicas medidas proteccionistas¹⁵.

¹⁵ Esta enigmática frase, «cálculos erróneos», seguramente alude a la posibilidad de que China, que está reforzando su músculo militar, pueda emprender alguna acción bélica en el marco del litigio del Mar del Sur de la China, especialmente orientada a atacar o neutralizar la presencia de Japón en el área. En una manifestación completamente inusual de la diplomacia china, el vocero oficial del Partido Comunista de China, *People's Daily*, publicó poco después de la visita de Obama a Australia —para rubricar el acuerdo de instalar bases norteamericanas en ese país— que «Australia podría ser atrapada en un fuego cruzado» entre Estados Unidos y China.

Cuarto, el documento del 2015 enfatiza la necesidad de fortalecer la «permanente alianza» con Europa y subraya el papel esencial que cumple la OTAN convertida, de hecho, en una extensión del Pentágono, no solo en Europa y en el Atlántico Norte sino en los más diversos teatros de operaciones en donde se encuentran tropas de Estados Unidos. La cuestión ucraniana, presentada desde una óptica completamente sesgada, absorbe gran parte del apartado a la vez que se justifica la severa penalización infringida a Rusia por su supuesta agresión a aquel país. No obstante, en la versión del 2017, el papel de la OTAN se ha debilitado en la medida en que Trump exige a sus socios europeos que dediquen mayores esfuerzos y fondos para la defensa europea. De hecho, si algo ha ocurrido durante su administración ha sido un marcado distanciamiento con los líderes europeos, en especial con Angela Merkel, y un indisimulado ataque a la Unión Europea (no solo con el *Brexit*), que hoy se encuentra seriamente debilitada.

Quinto, trabajar para lograr la estabilidad y la paz en Oriente Medio y el norte de África. Este apartado es de una superficialidad impresionante porque se limita a decir que para el logro de aquellos objetivos hay que fortalecer la ayuda a Israel, a las monarquías amigas del Golfo Pérsico y a Jordania. Apenas una línea y media se dedica al conflicto Palestino-Israelí y no se hace mención alguna del Estado Islámico.

En sexto lugar, los documentos aconsejan a la Casa Blanca favorecer un flujo de inversiones en África, sin ninguna clase de precisión.

Séptimo, y último, el documento de 2015 «celebra los avances en las Américas», que se traducen en el hecho de que por primera vez en su historia hay más clase media que pobres, al paso que la región adquirió una creciente importancia en el mercado energético mundial. Claro está que la estabilidad de ambos logros es puesta en cuestión, según el documento, por un diagnóstico que en buena cuenta desmiente el optimismo anterior. En efecto, el avance de la región es acechado «por débiles instituciones, alta criminalidad, grupos criminales

altamente organizados, narcotráfico, disparidad económica e inadecuados sistemas de salud y educación» (NSS, 2015, p. 27). El documento hace explícito el apoyo de Washington a los Diálogos de Paz en La Habana y confía en que «aunque unos pocos países permanecen atrapados en viejos debates ideológicos» —en oblicua referencia a Cuba y los países bolivarianos e inclusive a la Argentina kirchnerista y al Brasil del PT— «continuaremos trabajando con todos los gobiernos que estén interesados en cooperar con nosotros para fortalecer los principios de la Carta Democrática de la OEA». Y en referencia a Cuba sostiene: «Avanzaremos en nuestra nueva apertura hacia Cuba de forma tal que promueva, más efectivamente, la capacidad del pueblo cubano para determinar su futuro libremente» (NSS, 2015, p. 28).

La NSS 2017, en cambio, limita a poco más de una página todas las referencias al «Hemisferio Occidental» con las conabidas críticas a y Cuba, sin aportar absolutamente ningún elemento novedoso. Pero la belicosidad de Trump en contra de Caracas y La Habana se ha acrecentado de modo extraordinario: lo prueban la continuidad de la guerra económica y el acoso diplomático, mediático, financiero y (para)militar en contra del gobierno de Nicolás Maduro, junto al total congelamiento de las relaciones diplomáticas y económicas entre Estados Unidos y Cuba. Medidas éstas que, pese a su radicalidad, fueron endurecidas en el marco de la pandemia, incurriendo en una política genocida que se configura como un delito de lesa humanidad.

La NSS 2017 manifiesta la preocupación por las actividades del crimen organizado en Guatemala, Honduras y El Salvador y por la continuidad de modelos anacrónicos de izquierda en Cuba y Venezuela, que siguen reprimiendo a sus pueblos y condenándonos a la pobreza. Observa —diríamos que con razón— que China está acrecentando su capacidad de influencia en la región, mediante fuertes inversiones de sus empresas públicas y algunas privadas y que Rusia continúa promoviendo sus fracasadas políticas de la Guerra Fría. Rusia y China han sostenido a la dictadura en Venezuela, ase-

gura el documento, todo lo cual plantea graves desafíos para la seguridad nacional de Estados Unidos (NSS, 2017, p. 51).

IV. El lugar de América Latina y el Caribe en el tablero de la geopolítica mundial

Sobre este escenario, teniendo en cuenta los planteamientos del documento ya analizado, se comprueba que la guerra —o la amenaza de su estallido— es el telón de fondo sobre el cual se desenvuelven las relaciones internacionales de América Latina y el Caribe. Cabe preguntarse cuál es el papel de esta parte del mundo.

Por empezar, somos la región del mundo mejor dotada de recursos naturales: con 7 por ciento de la población mundial, disponemos entre el 42 y el 45 por ciento del agua dulce de la Tierra. Somos, además, el pulmón del planeta, dueños de la mitad de la biodiversidad mundial, sede de enormes depósitos de petróleo, gas y minerales estratégicos y de tierras extraordinariamente bien dotadas para la producción de todo tipo de alimentos de origen vegetal o animal. Esta formidable dotación suscita los apetitos del imperio norteamericano por subordinar, a cualquier costo, a un país como Venezuela, cuyas reservas comprobadas de petróleo son las mayores del mundo, hoy superiores a las de Arabia Saudita. Un continente que cuenta con el 80 por ciento de las reservas mundiales de litio, fuente energética fundamental para toda la industria microelectrónica y sus derivados (teléfonos móviles, computadoras en sus diversas variantes, cámaras fotográficas corrientes y satelitales, filmadoras, automotores híbridos y así sucesivamente), reservas que se encuentran abrumadoramente concentradas en Bolivia¹⁶. La nanotecnología y sus increíbles aplicaciones tienen como fundamento práctico la biodiversidad, de la cual América Latina (y espe-

¹⁶ De ahí que algunos observadores hayan dicho que —dado que el litio será en este siglo lo que el petróleo fue en el pasado— Bolivia debe ser considerada como la Arabia Saudita del litio, al contar con las mayores reservas probadas de ese estratégico elemento.

cialmente Sudamérica) tienen el mayor caudal del planeta. Ni hablemos del agua, crucial para un país como Estados Unidos, cuyo derroche de ese líquido elemento lo ha llevado a convertir el otrora impetuoso río Colorado —capaz de cavar un profundo cañón en Arizona— en un arroyo que a menudo no llega siquiera a desaguar en el Océano Pacífico. Tendrían que ser unos tremendos ignorantes los administradores imperiales (y no lo son) como para ser indiferentes ante una realidad tan exuberante como la que ofrece nuestra región. Por eso, desde los inicios de su vida independiente, Estados Unidos consideró a esta parte del mundo como su «patio trasero», su zona de seguridad. Y por eso también tanto Fidel como el Che no se cansaron de decir que América Latina y el Caribe eran «la retaguardia estratégica del imperio».

En segundo lugar, las concepciones estratégicas militares de Estados Unidos desde los años fundacionales de la república siempre adhirieron a la tesis de la «gran isla americana», extendiéndose desde Alaska hasta Tierra del Fuego. Esta concepción militar asume que la seguridad nacional de Estados Unidos depende de la capacidad de Washington para evitar que poderes extracontinentales hagan pie firme en algún sector de la isla americana, o que existan en ella gobiernos hostiles a —o incompatibles con— los designios de Estados Unidos. Esta concepción se perfeccionó desde mediados del siglo XIX y adquirió connotaciones prácticas claramente belicosas hacia el final del mismo, con sucesivas invasiones a varios países de Centroamérica y el Caribe, incluyendo a México. La «Doctrina Monroe» de 1823 y el Corolario a dicha pieza doctrinaria formulada por Theodore Roosevelt en 1904 plantean abiertamente la aspiración hegemónica de Estados Unidos sobre esta dilatada geografía que yace al sur del Río Bravo. A resultados de ello, Washington puede tolerar, aunque sea a regañadientes, un gobierno socialista en algún país africano (casos de Mozambique, Zimbabwe o Angola, en determinadas épocas) pero responde con fulminante brutalidad cuando una pequeña isla de 344 km² y 90 000 habitantes como Granada comete «el error» de tener, en 1979, un gobier-

no socialista radical bajo el liderazgo de Maurice Bishop. La respuesta de la Administración Reagan no se hizo esperar: en octubre de 1983 despachó un poderoso contingente militar compuesto por casi 8000 hombres (poco menos que el 10 por ciento de la población invadida), que en pocos días depuso al gobierno. La justificación por este crimen: la construcción de un nuevo aeropuerto para facilitar el turismo a la isla, lo cual fue interpretado por los criminales de Washington como un perverso plan para facilitar el aterrizaje de aviones de guerra soviéticos en el Caribe. Nada siquiera remotamente semejante fue jamás hecho por Estados Unidos en ninguna otra región del planeta ante un país de las pequeñas dimensiones y casi nula gravitación de Granada, salvo en América Latina y el Caribe, díscola y turbulenta frontera de un imperio protegido por un enorme *hinterland* y dos grandes océanos¹⁷. El único peligro proviene del Sur, del mundo del subdesarrollo latinoamericano. Es a causa de ello que, con algunos matices, argumentos semejantes a los expresados en el caso de Granada sobre una supuesta amenaza a la «seguridad nacional» se han seguido esgrimiendo hasta el día de hoy. Se hizo antes con la Guatemala de Arbenz en 1954, con Cuba desde el 1° de enero de 1959, después con la revolución nicaragüense en 1979 y desde marzo del 2015, con la primera orden ejecutiva firmada por el presidente Barack Obama estableciendo una «emergencia nacional» por la «amenaza inusual y extraordinaria» a la seguridad nacional y a la política exterior de los Estados Unidos que implica el gobierno bolivariano de Venezuela. Trump se limitó a profundizar y radicalizar la línea marcada por su predecesor, expresando de modo inequívoco que en aquel país, —como lo recuerda a menudo Noam Chomsky— no hay dos partidos sino solo uno: el partido del capital imperialista.

¹⁷ Sobre este tema del intervencionismo norteamericano en Nuestra América es insoslayable la referencia a la monumental obra de Gregorio Selser (1994), *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*. Véase asimismo la obra, más reciente, del politólogo e historiador cubano Luis Suárez Salazar (2006).

De todo lo anterior se desprende que Washington se opondrá a cualquier proceso genuinamente democratizador que se desarrolle en nuestros países. Cualquier fuerza política que acceda al gobierno y trate de hacer verdad aquello de la soberanía popular —que se asienta sobre la soberanía económica y política, en un mundo de naciones poderosas, imperialistas y colonialistas, por un lado; y países débiles y sometidos, por el otro— será ferozmente combatido por el imperio.

Piénsese si no en la parafernalia de vínculos existentes entre los aparatos de inteligencia norteamericanos (nada menos que 16, según la última cuenta) y los organismos militares y policiales del imperio con sus homólogos de América Latina y el Caribe. El gobierno de Estados Unidos entrena a nuestros espías, soldados y policías; les enseña tácticas de interrogatorio; les aporta las armas, y junto con las armas, la definición doctrinaria de quienes son los amigos y quiénes los enemigos a los cuales habrá que disparar; coordina con sus ejercicios conjuntos las labores de nuestros ejércitos de aire, mar y tierra; tiene escuelas especiales, como la remozada Escuela de las Américas, ahora cambiada de nombre pero que sigue cumpliendo las mismas funciones; mantiene en vigor la Junta Interamericana de Defensa, para coordinar los estados mayores de nuestras fuerzas armadas en función de las prioridades y necesidades militares de Estados Unidos. Todo esto sigue en pie, pese a los esfuerzos de la prácticamente difunta UNASUR y sus tentativas de concebir y coordinar una estrategia sudamericana de contención de la virulencia imperial, experiencia que hoy está paralizada; y a algunas valiosas excepciones como Cuba y Venezuela. Hablar de imperialismo, violencia y guerra es algo tan elemental que no debería exigir mayores argumentaciones.

Por otra parte, y en consonancia con la creciente importancia del «golpe blando» como sustituto del viejo golpe militar latinoamericano, Washington se ha esmerado por trabajar muy meticulosamente sus vínculos no solo con los militares o los gobiernos de la región, sino que concentró enormes recursos (dinero, personal, organizaciones) en «colaborar»

con el «*aggiornamento*» de los poderes Judicial y Legislativo de nuestros países, así como con la modernización de los medios de comunicación. Numerosos cursos y viajes de estudio son regularmente organizados por la USAID, la NED (*National Endowment for Democracy*) y otras agencias del gobierno federal u organizaciones supuestamente «independientes» de Washington, como universidades y fundaciones privadas, para educar a jueces y legisladores latinoamericanos y caribeños en las «buenas prácticas» de su labor. Son, digámoslo sin ambages, cursos de formación ideológica y política tendientes a socializar en los valores norteamericanos a los participantes, para tornarlos especialmente amigables en relación con los intereses nacionales de Estados Unidos y sus conglomerados empresariales. Lo mismo ocurre con los periodistas. Los resultados de esta política están a la vista. Los «golpes blandos» contra Mel Zelaya, Fernando Lugo y Dilma Rousseff tuvieron como actores principalísimos a jueces «independientes», una turba de legisladores fanatizados hasta límites pocas veces vistos en la región y a la oligarquía mediática, coordinada desde Washington, difamando sin tregua a los citados jefes de Estado y manipulando a la población con una sarta interminable de mentiras que, finalmente, lograron crear un «clima de opinión» favorable al golpe. Impulsado por el juez Sergio Moro, el mecanismo de *lawfare* o guerra judicial se utilizó en Brasil para proscribir la candidatura de Luis Inacio Lula Da Silva en las elecciones de 2018, gracias a lo cual resultó electo Jair Bolsonaro, que recompensó a Moro nombrándolo como ministro de Justicia. Transcurriría poco más de un año de gobierno para que ambos bribones, Moro y Bolsonaro, rompieran su complicidad, pero el daño hecho a Brasil sería, a esas alturas, inmenso, como lo prueba el gran número de víctimas mortales del COVID-19 ocasionado por las criminales políticas del excapitán del ejército brasileño y del inescrupuloso abogado y exjuez que hizo posible su llegada al Palacio del Planalto.

V. Palabras finales

Nuestro continente es prioridad número uno para la política exterior de Estados Unidos. Es la región más importante del mundo, de lejos. Hemos planteado esto en todo detalle en un trabajo previo y no tiene sentido insistir sobre el tema en este lugar (Boron, 2014; Boron y Vlahusic, 2009). Washington puede perder Angola, Namibia, Nigeria, Cambodia, Vietnam, pero no se quedará de brazos cruzados ante la perspectiva de perder Granada, Nicaragua, Cuba, Chile, ni digamos Brasil o Venezuela. Puede esforzarse por «contener al comunismo» como lo hizo en los años de la Guerra Fría y para ello, elaborar una serie de alianzas regionales. Siendo que el eje articulador de la revolución comunista mundial (como se decía en esos años en Washington) estaba en Europa, en Moscú para ser más precisos, ¿fue Europa la primera beneficiaria de la estrategia de contención que elaborara George Kennan para el presidente Harry S. Truman? ¡No! Fue América Latina. En un mundo amenazado por el riesgo mortal de la dominación comunista, la primera región que Estados Unidos trató de poner a salvo de esa indeseada eventualidad fue América Latina. En 1947 firma el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) con ese propósito. ¿Y Europa? Tendría que esperar dos años más, pues recién en abril de 1949 se crearía la OTAN. Y en el apogeo del auge progresista en la región y en coincidencia con los anuncios del presidente Lula da Silva informando al mundo el descubrimiento de los grandes yacimientos petrolíferos en el litoral paulista, la respuesta de la Casa Blanca fue ordenar la reactivación de la Cuarta Flota, que había sido desactivada en 1950. Como dice un conocido aforismo estadounidense, «*first things first*», o sea, «lo primero es lo primero». Y lo primero es América Latina. Si África cae en manos del comunismo es un problema; si cae Asia es un problema mucho mayor; si cae Europa es una tragedia; pero si cae América Latina es una catástrofe de incalculables proyecciones. Porque Asia, África y Europa están lejos, separadas por grandes océanos. Pero desde América Latina, los

enemigos del imperio ¡pueden llegar caminando!, como en medio de la psicosis despertada por la revolución sandinista se escuchaba en los pasillos del gobierno estadounidense en Washington. Los cambios en el paisaje sociopolítico latinoamericano desde finales del siglo XX marcaron un importante retroceso de la influencia norteamericana en la región. El rechazo del ALCA fue una durísima derrota para el imperio; y la consolidación de una serie de gobiernos progresistas —algunos de izquierda— y la heroica sobrevivencia de la Revolución Cubana marcaron a fuego todo el período abierto desde la elección presidencial de Chávez en diciembre de 1998 hasta nuestros días. La victoria del líder bolivariano fue la chispa que incendió la pradera: su carisma y su fenomenal capacidad de comunicarse con las masas del continente movilizó y excitó las ansias emancipatorias de los pueblos y naciones del área, abatidos y humillados por siglos de opresión colonial y neocolonial. Chávez voltea en Venezuela la primera ficha de un dominó que luego recorrería todo el continente: la segunda caería en Brasil con Lula en 2002 para seguir con Kirchner en Argentina, en 2003; con Evo y Tabaré Vázquez en Bolivia y Uruguay, en 2005; con Correa en Ecuador, en 2006 y en ese mismo año con Ortega en Nicaragua y con Zelaya en Honduras; con Cristina en Argentina en 2007; con Lugo en Paraguay en 2008 y con Funes en El Salvador, en 2009, despejando el camino para que el exComandante del FMLN, Salvador Sánchez Cerén, asumiera la presidencia de ese país en 2014. En 2010 José «Pepe» Mujica ratificaría la hegemonía del Frente Amplio y conquistaría la presidencia del Uruguay, misma que en 2015 volvería a recaer en las manos de Tabaré Vázquez.

En suma: basta con recordar esta radical modificación del mapa sociopolítico latinoamericano para calibrar el imperecedero espesor político de la herencia chavista y la ansiedad de la burguesía imperial para retomar la «normalidad» en las relaciones hemisféricas. Ante este inédito desafío, la contraofensiva estadounidense no se hizo esperar: comenzó con el frustrado golpe de Estado contra Chávez en abril de 2002

y siguió, ante su fracaso, con el paro petrolero de diciembre 2002/febrero 2003 y con las violentas protestas («guarimbas») de 2014 y 2017, fogoneadas por el imperio y continuadas hasta hoy con diversos ciclos de protestas, sabotajes, recurrentes ataques paramilitares en la frontera colombo-venezolana, intentos de magnicidio en contra del presidente Nicolás Maduro hasta llegar en mayo de 2020 a la tentativa de invasión por mar de un pequeño ejército mercenario, operación que dio cumplimiento a un contrato firmado entre Juan Guaidó y sus colaboradores y Silvercorp, empresa destinada a realizar «operaciones especiales» para el gobierno de EE. UU. Derrotadas aquellas iniciativas de inicios de siglo, que tuvieron un efecto *boomerang* y liquidaron el ALCA en el 2005, poco después el imperio volvió a la carga: frustrada tentativa de golpe y secesión de Bolivia en 2008 pero retomada, con éxito para el imperialismo, en noviembre de 2019, ilustrando el decisivo control que Washington ejerce sobre las fuerzas armadas y policiales entrenada por décadas bajo su tutela; golpe «jurídico/parlamentario» en Honduras contra Zelaya en 2009; golpe frustrado en Ecuador contra Correa en 2010, por lo que tuvieron que esperar a la traición de Lenin Moreno en 2017; golpe exitoso en Paraguay, también «jurídico/parlamentario», contra Lugo en 2012; golpe «jurídico/parlamentario/mediático» contra Dilma Rousseff, consumado en agosto de 2016 y consolidado con el triunfo de Bolsonaro (2018), proscripción de Lula mediante. A esto hay que sumarle el importantísimo triunfo diplomático y geopolítico regional al lograr el triunfo de Mauricio Macri en la elección presidencial de noviembre de 2015. Su presidencia, desastrosa para el pueblo argentino, fue eficaz en recrear mecanismos de dominación entre los que se destacan la multiplicación de la deuda externa y el poder del capital financiero internacional, además del alineamiento incondicional respecto a la política exterior norteamericana. Todos estos acontecimientos ilustran los alcances de la ofensiva restauradora del imperio, configurando un mapa sociopolítico en permanente movimiento porque las respuestas populares, aún débiles y carentes de

coordinación continental, no pudieron ser neutralizadas. La elección de Andrés Manuel López Obrador en México y Alberto Fernández en la Argentina son indicios de que el péndulo comienza a moverse en sentido contrario. Y no puede dejar de valorarse la enorme importancia de las grandes protestas populares en contra del gobierno de Sebastián Piñera en lo que sin duda es la «nave insignia» del neoliberalismo latinoamericano. La formidable movilización sostenida desde mediados de octubre de 2019 en Chile solo fue aplacada por la pandemia y la cuarentena, cuando Piñera parecía ya tener sus días contados. Más al norte, Ecuador languidece ante el monumental fracaso del corrupto y traidor gobierno de Lenín Moreno, sostenido desgraciadamente, al igual que Piñera, por la involuntaria desmovilización impuesta por la pandemia. Grandes protestas en contra del neoliberalismo también sacudieron a Colombia, a Perú y a Haití; y, tal vez de modo menos vigoroso, a Honduras. Este 2020 podría haber sido el año en el que cayeran varios gobiernos neoliberales. El coronavirus los preservó de esa fatalidad pero, como una vez dijera Hugo Chávez, eso es «por ahora».

En este contexto, hay un país que juega un papel de excepcional importancia en Nuestra América: Colombia. En este sentido hay que destacar la firma, en junio del 2013, de un acuerdo de cooperación entre Colombia y la Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN) ha causado una previsible preocupación en Nuestra América. La OTAN es una organización sobre la cual pesan innumerables crímenes de guerra y masiva violaciones a los derechos humanos perpetrados en la propia Europa (recordar el bombardeo a la ex Yugoslavia y las masacres de los Balcanes); la destrucción del Líbano, Irak, Libia; su complicidad con el gobierno fascista de Israel en su continuo genocidio del pueblo palestino y ahora su colaboración con los terroristas que han tomado a Siria por asalto, sembrando de muerte y destrucción todo el Medio Oriente¹⁸.

¹⁸ Sobre el siniestro papel de la OTAN, ver el completo estudio publicado como libro de Nazemroaya (2015).

Hasta ahora el único país de América Latina «aliado extra OTAN» había sido la Argentina, que obtuvo ese deshonroso estatus durante los nefastos años de Carlos S. Menem, más específicamente en 1998, luego de participar en la Primera Guerra del Golfo (1991-1992) y aceptar todas las imposiciones impuestas por Washington en muchas áreas de la política pública, como por ejemplo desmantelar el proyecto del misil Cóndor y congelar el programa nuclear que durante décadas venía desarrollándose en la Argentina. Dos gravísimos atentados que suman más de un centenar de muertos —en la Embajada de Israel y en la AMIA— fue el saldo que dejó en la Argentina la represalia por haberse sumado a las actividades de la organización terrorista noratlántica.

El estatus de «aliado extra OTAN» fue creado en 1989 por el Congreso de los Estados Unidos —no por la organización sino por el Congreso estadounidense— como un mecanismo para reforzar los lazos militares con países situados fuera del área del Atlántico Norte y que podrían ser de ayuda en las numerosas guerras y procesos de desestabilización política que Estados Unidos despliega en los más apartados rincones del planeta. Australia, Egipto, Israel, Japón y Corea del Sur fueron los primeros en ingresar, poco después lo hizo la Argentina y ahora Colombia. El sentido de esta iniciativa del Congreso norteamericano salta a la vista: robustecer y legitimar sus incesantes aventuras militares —inevitables durante los próximos treinta años, si leemos los documentos del Pentágono sobre futuros escenarios internacionales— con un aura de «multilateralismo» que en realidad no tienen. Esta incorporación de los aliados extra regionales de la OTAN, que está siendo también promovida en los demás continentes, refleja la exigencia impuesta por la transformación de las fuerzas armadas de Estados Unidos en su tránsito desde un ejército preparado para librar guerras en territorios acotados a una legión imperial que, con sus bases militares de distinto tipo (más de mil en todo el planeta), sus fuerzas regulares, sus unidades de «despliegue rápido» y el creciente ejército de «contratistas» (vulgo: mercenarios) quiere estar preparada

para intervenir en pocas horas para defender los intereses estadounidenses en cualquier punto caliente del planeta. Con su incorporación como «aliado extra OTAN», Colombia se pone al servicio de tan funesto proyecto y, puertas adentro, refuerza la militarización de un país que lleva más de medio siglo de guerra civil.

Si bien la Argentina es un lamentable precedente (que en el año 2012 afortunadamente perdió el estatus de «aliada extra OTAN»), el caso colombiano es muy especial, porque desde hace décadas —sobre todo en el marco del Plan Colombia— ese país recibe un muy importante apoyo económico y militar de Estados Unidos, de lejos el mayor de los países del área, solo superado por los desembolsos realizados a favor de Israel, Egipto, Irak, Corea del Sur y algún otro aliado estratégico de Washington. La pretensión de la derecha colombiana, en el poder desde siempre, ha sido convertirse —especialmente a partir de la presidencia de Álvaro Uribe Vélez— en la «Israel de América Latina»: con el respaldo de la OTAN, erigirse en el gendarme regional del área para vigilar, amenazar y eventualmente agredir a vecinos que tengan la osadía de oponerse a los designios imperiales. A su vez cabe preguntarse qué implicaciones tiene sobre los diversos proyectos de integración y coordinación de políticas en América Latina el hecho de que Colombia, al asociarse a la OTAN, adhiere a la postura británica en el diferendo con la Argentina por las Islas Malvinas.

Un proyecto largamente acariciado por nuestros pueblos es lograr que América Latina sea un continente desnuclearizado. Si durante décadas pudimos estar seguros de ello, ya no más. Hay evidencias que sugieren que es muy posible que exista armamento nuclear en las Islas Malvinas, e ignoramos qué clase de armamentos hay en las 7 bases que Washington dispone en territorio colombiano, o en las 11 existentes en Perú¹⁹.

¹⁹ Sobre el tema de las bases militares, consultar el imprescindible libro de Telma Luzzani (2012) y, asimismo, los diversos documentos de trabajo del Movimiento por la Paz, la Soberanía y la Solidaridad entre los Pueblos (MopaSSol), que bajo la dirección de Rina Bertaccini realizó una notable tarea de relevamiento de las bases militares extranjeras establecidas en la región.

Los acuerdos que hicieron posible la instalación de estas bases contienen cláusulas que le confieren a Estados Unidos el derecho de ingresar cargamento militar sin tener que ser sometido a control alguno de los Estados anfitriones. Por algo, cuando en una de las reuniones de la UNASUR Chávez solicitó a la organización que se procediera a verificar qué era lo que había en cada una de las bases norteamericanas en la región, tropezó con la cerrada negativa de Álvaro Uribe y de Alan García, no por casualidad los dos países que abrieron de par en par sus puertas para la penetración de tropas y pertrechos militares estadounidenses en sus territorios. Es imposible que este continente conquiste la paz con las más de ochenta bases militares norteamericanas existentes en nuestros países. Estas son dispositivos para la guerra, no para la paz. Y entrarán plenamente en funciones a medida que el deterioro de la situación internacional impulse a Washington a consolidar su reaseguro en el patio trasero y a sofocar cualquier intento de autodeterminación nacional o de avance democrático. Deberíamos lanzar una campaña continental para expulsar a todas las bases norteamericanas —y a las pocas que existen del Reino Unido, Holanda y Francia— de la región. Ellas solo traerán violencia y muerte; y los latinoamericanos y caribeños queremos la paz. Es una propuesta razonable, que atraviesa a la gran mayoría de las fuerzas políticas y movimientos sociales de la región. Y nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos jamás nos perdonarán que no hayamos hecho todo lo que esté a nuestro alcance para acabar definitivamente con esas amenazas.

Referencias

BORON, A. (2012). *América Latina en la Geopolítica del Imperialismo*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

BORON, A. y MASSHOLDER, A. (2014). Pensamiento Estratégico Estadounidense. *Revista de Estudios Estratégicos*. Segundo Semestre, pp. 39-52. La Habana, Cuba.

BOSCH, J. (2015). *El Pentagonismo, sustituto del imperialismo*. Santo Domingo: Fundación Juan Bosch.

BROOKS, D. (2016). Democracia a la venta. *Página 12*. Recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-306731-2016-08-13.html>.

BRZEZINSKI, Z. (2012). *Strategic Vision. America and the crisis of global power*. New York: Basic Books.

Cuadernos de Pasado y Presente. N.º 1, pp. 56-57. Córdoba.

ENGELHARDT, T. (26 de marzo de 2015). El nuevo orden estadounidense. *Rebelión*. Recuperado de <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=196927>.

FONTANA, J. (2011). *Por el Bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado & Presente.

GLOBAL FOOTPRINT NETWORK (s/f). *Country Work*. Recuperado de <https://www.footprintnetwork.org/our-work/countries/>.

HUNTINGTON, S. (1999). The lonely superpower. *Foreign Affairs*. Marzo-Abril de 1999. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/1999-03-01/lonely-superpower>.

KAGAN, R. (2013). *The World America Made*. New York: Vintage Books.

KISSINGER, H. (3 de abril de 2020). The Coronavirus Pandemic Will Forever Alter the World Order. *The Wall Street Journal*. Recuperado de <https://www.wsj.com/articles/the-coronavirus-pandemic-will-forever-alter-the-world-order-11585953005>.

KLACHKO, P. y ARKONADA, K. (2016). *Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

KLARE, M. (2012). *The race for what is left*. New York: Metropolitan Books.

LUZZANI, T. (2012). *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*. Buenos Aires: Debate.

MCCARTHY, N. (2014). China Used More Concrete In 3 Years Than The U.S. Used In The Entire 20th Century. *Forbes*. Recuperado de <http://www.forbes.com/sites/niallmccarthy/2014/12/05/china-used-more-concrete-in-3-years-than-the-u-s-used-in-the-entire-20th-century-infographic/#639f7cbc7194>.

NAZEMROAYA, M. (2012). *The Globalization of NATO*. Atlanta: Clarity Press.

NYE, J. (2004). *Soft Power. The means to success in world politics*. New York: Public Affairs.

OBAMA, B. (2014). *Remarks by the President at the United States Military Academy Commencement Ceremony*. Recuperado de <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2014/05/28/remarks-president-united-states-military-academy-commencement-ceremony>.

OBAMA, B. (2015). *National Security Strategy 2015*. Washington DC: White House.

RAMONET, I. (2016). *El Imperio de la Vigilancia*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

SHAXSON, NICHOLAS (2014). *Las islas del tesoro. Los paraísos fiscales y los hombres que se robaron el mundo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SCOTT, P. D. (2014). *The American Deep State: Wall Street, Big Oil and the Attack on U.S. Democracy*. Nueva York: Rowman & Littlefield.

SELSER, G. (1994). *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*. México DF: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/ Universidad Autónoma de la Ciudad de México/ Centro Académico de la Memoria de Nuestra América.

WILSON, C. (2018). «Make America High Again» and 279 Other Ways People Are Ripping Off Trump's Campaign Slogan. *Time*. Recuperado de <https://time.com/5084673/donald-trump-make-america-great-again-trademark/>.

WOLIN, S. (2009). *Democracia S.A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*. Buenos Aires: Katz Editores.

La reconfiguración imperial de Estados Unidos y las fisuras internas frente al ascenso de China¹

por Gabriel E. Merino

Introducción

La transición histórica/espacial actual del sistema mundial se manifiesta, entre otros modos, como una crisis capitalista estructural y una crisis de la hegemonía estadounidense y del orden mundial construido por el polo de poder angloamericano. Son dos caras de la misma moneda. La acumulación capitalista está siempre en relación con el poder político y militar que la garantiza (que sanciona las reglas de juego, construye monopolios para la valorización del valor, conquista territorios, disciplina a los rivales, otorga legitimidad, etcétera). Y el poder político y militar se nutre del poder económico y de la acumulación sin fin de valor para procurarse los recursos de su propia reproducción ampliada. Esta es la naturaleza del imperialismo moderno.

La transición histórica en su dimensión geopolítica comienza a percibirse claramente a partir de 1999-2001, cuando brota germinalmente la situación de multipolaridad relativa que hoy vivimos, como reacción a la globalización financiera

¹ El presente trabajo está basado en un conjunto de investigaciones publicadas en Merino (2014, 2016, 2018a, 2018b, 2019) y Merino y Trivi (2019).

neoliberal estadounidense/angloamericana y su expansión política y militar. El declive relativo de Estados Unidos y «Occidente», por un lado, y la reemergencia de China y Asia Pacífico, por el otro, es una de las características centrales del cambio de época que vivimos, el cual no puede ser interpretado solamente como una transición hegemónica más dentro del moderno sistema mundial. Es decir, como parte de la sucesión de ciclos de hegemonía iniciado en el siglo XV: ibérico/genovés, holandés, británico, estadounidense y ahora... La re-emergencia de China, el ascenso de Asia Pacífico, las alianzas con Rusia, el creciente desarrollo de un espacio Euroasiático y la insubordinación antihegemónica impulsada por fuerzas del Sur Global constituyen expresiones de la crisis de los elementos constitutivos del moderno sistema mundial: su carácter eurocéntrico u «occidentalocéntrico», para incluir a Estados Unidos, su carácter capitalista, su particular ordenamiento centro/semiperiferia/periferia y la especificidad del imperialismo moderno asociado a la acumulación sin fin del capital y a la resolución de los obstáculos de la acumulación.

Actualmente estamos en el proceso inverso al que sucedió a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, cuando el imperialismo capitalista occidental encabezado por Reino Unido logró subordinar y hacer declinar las economías más importantes del mundo, China y la India, convirtiéndolas en periferia. Ello lo logró fundamentalmente por su poderío militar. Este proceso, conocido como la Gran Divergencia, lleva a preguntarnos si actualmente estamos frente a una nueva gran divergencia, pero a la inversa.

Una cuestión fundamental de la transición es que los grupos de poder y las fuerzas dirigentes de Estados Unidos no acuerdan en qué hacer o cómo enfrentar el ascenso de China, dando lugar a distintas estrategias imperiales. En este sentido, Arrighi señala distintas opciones (2007, p. 283). En primer lugar, destaca la posición neoconservadora dominante durante el gobierno de Bush, según la cual las fuerzas estadounidenses deben ser lo suficientemente fuertes como para disuadir a posibles adversarios de continuar una acumulación

militar con la esperanza de sobrepasar o igualar el poder de Estados Unidos. El foco se centra en la supremacía militar de Estados Unidos, el intervencionismo unilateral y el control de la región de Medio Oriente y de sus recursos hidrocarbúricos como una de las llaves para la primacía mundial. Frente a ello y especialmente debido al fracaso en Irak, emergen desde la perspectiva neorrealista tres estrategias: 1) la de contención de China mediante una coalición de equilibrio y el establecimiento de una alianza militar en el Asia Pacífico similar a la OTAN, conocida como PACOM, formulada por Kaplan, que otros extienden también al Índico; 2) la estrategia de cooptación y establecimiento conjunto de un sistema internacional estable, una estrategia de contención centrado en las dimensiones políticas y económicas, que comprometa a China a sostener el orden mundial vigente a cambio de concesiones, formulada esencialmente por Kissinger y también por Brzezinski; y 3) la estrategia de «tercero feliz» de los Estados Unidos jugando con la rivalidad de China con otras potencias asiáticas (especialmente India y Japón) y una política *neohamiltoniana* de industrialización (fuertemente proteccionista) con foco en las industrias vitales para la defensa, formulada por Pinkerton². Esta última podemos diferenciarla y comprenderla como dos formulaciones articuladas. También podemos mencionar el internacionalismo liberal, que se centra en la crítica a China por el no respeto a los derechos humanos y, en general, por el rechazo de la dirigencia china a aceptar la comunidad de valores propuesta por Occidente. El liberalismo argumenta que la guerra no es inevitable y que China puede ser controlada a partir del establecimiento de instituciones y normativas regulatorias para los Estados, no solo externas sino también internas.

² Con distintos matices y valoraciones, en las tres estrategias aparece la idea del equilibrio de poder propio del neorrealismo, que también formula Brzezinski, con el objetivo de que Estados Unidos mantenga la primacía en Eurasia y, a partir de ello, en el mundo: «Emplear su influencia en Eurasia para crear un equilibrio continental estable en el que Estados Unidos ejerza las funciones de árbitro político» (Brzezinski, 1998, p. 11)

Tomando estos debates, aquí proponemos otra perspectiva para observar las diferencias estratégicas en los Estados Unidos para enfrentar la amenaza que significa para su posición dominante a nivel mundial el ascenso de China. Esta otra perspectiva está formulada en base a identificar las fuerzas en pugna en los Estados Unidos, focalizándonos en las disputas entre los que denominamos *globalistas* y *americanistas*. A partir de allí, articulamos discursos, grupos de poder e intereses para identificar dos grandes estrategias imperiales —con sus geoestrategias particulares— y para comprender las diferentes maneras de enfrentar a China. Partiendo de dicho análisis, en este trabajo se busca comprender las reconfiguraciones imperiales en marcha a partir de la presidencia de Donald Trump. Además, se observan ciertos elementos claves del ascenso de China, sus aspectos geopolíticos y las respuestas del gigante oriental frente a las estrategias en su contra de Washington. Por último, se realiza un análisis de guerra comercial en el marco de las fracturas internas de los Estados Unidos y las pugnas geopolíticas.

La fugaz *belle époque* neoliberal unipolar

Las transformaciones en el campo económico, producto del desarrollo del capital financiero transnacional y el cambio en las relaciones capitalistas de producción, junto con la ofensiva en los campos político, ideológico y militar del proyecto neoliberal encabezado por los Estados Unidos y el Reino Unido, permitió una reconstrucción de la hegemonía estadounidense y, en términos más exactos, angloamericana. Sin lugar a dudas, la caída de la URSS fue fundamental en este sentido. El nuevo ciclo de crecimiento iniciado en 1993-1994, que dejó atrás el ciclo negativo desde la década de 1970, consolidó a la breve *belle époque* neoliberal.

El mundo devino unipolar y emergió el *globalismo* como descripción ideológica de la nueva fase del capitalismo mundial, pero también como proyecto político. A la transnacionalización financiera, productiva y en buena medida cultural debía

corresponderle una estructura de poder transnacional para administrar el nuevo orden del sistema mundial y suturar las contradicciones del capitalismo global. El proyecto de Estados Unidos como Estado verdaderamente global era imposible, pero a su vez, sobre su base y desarrollo, se configuró el andamiaje de una institucionalidad globalista. En función de ello, se fortalecieron algunas organizaciones multilaterales claves de la posguerra bajo el control de Estados Unidos y el Norte Global: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Además, se creó la Organización Mundial del Comercio (OMC) y comenzó a impulsarse un conjunto de normas globales referidas al comercio, la inversión, la propiedad intelectual, etcétera, plasmadas en acuerdos e instituciones. Incluso, se establecieron tribunales internacionales, como el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias relativas a Inversiones (CIADI), perteneciente al Banco Mundial, para arbitrar sobre diferencias relativas a inversiones, despojando de herramientas soberanas a los Estados nacionales. Toda esta institucionalidad globalista significó un proceso de debilitamiento de las soberanías nacionales, una desnacionalización progresiva de los Estados.

Sin embargo, hacia fines de siglo, en el auge de la *belle époque* neoliberal, comenzaron a manifestarse los primeros síntomas de la crisis. Mientras el levantamiento del campesinado zapatista en el sur de México en 1994 puso en evidencia el feroz impacto en los pobres del Sur Global del proyecto financiero neoliberal, hacia 1999 se manifestaron un conjunto de contradicciones entre los grupos dominantes del sistema —tanto centrales, como semiperiféricos y periféricos— y comienza a observarse en términos políticos y estratégicos los primeros indicios de la particular multipolaridad, la forma geopolítica de la transición. La reconstrucción de la hegemonía estadounidense de la década de 1980 y en su esplendor, de la década de 1990, empieza a mostrar sus propios límites y contradicciones: si la llamada globalización, la transnacionalización económica y los vínculos con China fueron pilares de dicha reconstrucción, estos elementos contenían a su vez el germen de una crisis terminal de la hegemonía estadounidense.

En este sentido, si hacia el año el fin del milenio los BRICS³ aparecían como los espacios fundamentales de la expansión del capital transnacional del Norte Global, nueva solución espacial a la acumulación del capital, e integrados progresivamente como semiperiferias en las instituciones internacionales de gobernabilidad global creadas por Occidente, también se observará lo que pocos años después será una realidad poco feliz para el *establishment* defensor del orden mundial vigente: el desarrollo en ciertos países llamados «emergentes» o del Sur Global de capacidades estructurales y fuerzas político sociales desafiantes de las jerarquías estatales establecidas, de las instituciones del orden mundial y del lugar asignado en la división internacional del trabajo. Así lo interpreta el *establishment* angloamericano, que podemos leer en *Financial Times*:

No hace tanto tiempo los políticos de Occidente asumieron que China y Rusia eventualmente decidirían que querrían ser como «nosotros». China se desarrollaría como un actor responsable en el orden internacional existente y Rusia, aunque con errores, vería su futuro en la integración con Europa. Xi y Putin tomaron otra decisión. El mundo está despertando de los sueños posmodernos de la gobernanza mundial a otra época de gran competencia por el poder (Stephens, 2014).

El ataque militar unilateral de la OTAN conducida por Estados Unidos a Yugoslavia en 1999 y el bombardeo a Belgrado, en el cual las fuerzas estadounidenses destruyen la embajada china, comienza a mostrar los límites de la creencia acerca del «fin de la historia». A su vez, en dicho año China recupera Macao, posición portuguesa desde el siglo XVI, convertida en colonia en 1887, mientras que dos años antes ya había recuperado la soberanía de Hong Kong, colonia del imperio británico desde 1842 y probablemente el primer hito de la Gran Divergencia, iniciada con las guerras del opio, en un camino de subordinación y periferalización de China. Esto, junto a la consolidación de la Organización para la Cooperación de Shanghái junto a Rusia y

³ Acrónimo acuñado por Jim O'Neal de Goldman Sachs y para quien la capital de estos mercados emergentes era Londres.

a los países de Asia central, sobre los cuales Estados Unidos había puesto el foco en sus avances, son algunas de las manifestaciones geopolíticas de un cambio de época que tiene a China como protagonista.

Otro indicio de ello sería la captura por parte de China de un avión espía estadounidense que colisionó con un avión caza chino en abril de 2001 en el Mar de China, obteniendo acceso a material electrónico de vigilancia de alta tecnología, extremadamente secreto, en un aparato considerado una fortaleza tecnológica aérea. Esto exacerbó los ánimos del gobierno de George W. Bush y mostró la creciente hostilidad de Pekín a los desafíos a su soberanía territorial.

Este hecho se produjo en medio de un profundo cambio, con la asunción del gobierno de Bush, en el encuadramiento de la relación bilateral por parte de Estados Unidos frente al gigante asiático, que pasó de la «asociación estratégica en el siglo XXI» al de «competencia estratégica». Las implicancias de este nuevo encuadramiento incluían la posibilidad de que Estados Unidos venda armas modernas a Taiwán, isla sobre la que China reclama la soberanía, y construya un «escudo antimisiles» alrededor de China.

Por otro lado, a partir del encuadramiento «competencia estratégica» se pasó a considerar a China como una amenaza en el «patio trasero» estadounidense, por su creciente influencia comercial en América Latina. En el año 2005, durante un debate sobre «La influencia de China en América latina» organizado por el Subcomité para el Hemisferio Occidental del Congreso de Estados Unidos, legisladores y funcionarios del Departamento de Estado y del Pentágono coincidían en que la influencia de China crecía cada día en Argentina, Brasil, Venezuela y el resto de América Latina y que ello representaba «una “preocupación” para el desarrollo de la democracia y los derechos humanos en el continente» (Alconada Mon, 2005). Allí, el máximo referente del Departamento de Defensa para América Latina, el subsecretario adjunto Roger Pardo Maurer, afirmó estar «preocupado por la presencia en aumento de China en los países de la

región» y destacó que Estados Unidos debe «estar alerta» ante «ciertas actividades chinas» (*Ibid*).

La creciente tensión con China desde 1999 y el cambio en los Estados Unidos, que como veremos es producto de una modificación de relación de poder a favor de lo que llamamos el «americanismo» en dicho país, también coincide con un conjunto de hechos que marcan el comienzo del fin de la *belle époque* neoliberal unipolar: 1) el establecimiento del euro por parte de las fuerzas «continentalistas» de Europa, conducidas por Berlín y París, en su búsqueda por fortalecerse y ganar mayores márgenes de maniobra frente a su aliado y «protector» fundamental, los Estados Unidos. 2) La asunción de Putin en Rusia, que expresará la reemergencia de las fuerzas nacionales del gigante Euroasiático. 3) La asunción de Chávez en Venezuela, que indicará un quiebre clave de la hegemonía estadounidense y del Consenso de Washington en América Latina, junto con la crisis en Brasil que debilitó a las fuerzas neoliberales en el «gigante» suramericano y las fracturas de los grupos de poder y clases dominantes en Argentina con la aparición del Grupo Productivo; también debemos sumar aquí la crisis de Ecuador, cuya salida es la dolarización, y hacia el año 2000, la guerra del agua en Bolivia, punto clave del proceso nacional popular que lleva al Movimiento al Socialismo al gobierno años después (García Linera, 2008). 4) El lanzamiento del Jubileo de la Deuda 2000 por parte de la Iglesia Católica, que propuso condonar la deuda a los países pobres, acompañado de una crítica al neoliberalismo y al capitalismo «salvaje». Es decir, allí comienzan a observarse las primeras manifestaciones geopolíticas de la crisis de hegemonía estadounidense y del orden mundial vigente, la cual se mostrará con mayor claridad a partir del fracaso de la guerra en Irak y de la crisis global de 2008.

Fractura en Estados Unidos e imperialismo

El cambio en el encuadramiento por parte del gobierno de G. W. Bush de la relación con China a la categoría de «competencia estratégica» debe ser interpretado como parte de los an-

tagonismos que existen en el *establishment* estadounidense (y angloamericano). Las características de la actual fisura en los grupos de poder y clases dominantes comienza a observarse al final del mandato de Clinton, cuando este impulsa entre otras cuestiones: a) la derogación de la Ley Glass-Steagall que permite terminar con la división entre la banca comercial y la banca de inversión, creando inmensas redes financieras globales; b) la creación del G-20 impulsado por las fuerzas globalistas como nuevo ámbito de gobernabilidad mundial de un capitalismo transnacionalizado; c) el fortalecimiento y/o creación por parte de las fuerzas globalistas de las instituciones internacionales multilaterales (FMI, BM, OMC) en detrimento de las soberanías nacionales, incluso hasta la del propio Estados Unidos, según los «americanistas».

Con el gobierno de Bush y, a partir del derribo de las Torres Gemelas, el ascenso del neoconservadurismo en el dominio de la política exterior, se evidencia una reacción «americanista», que se expresa en la puesta en práctica del unilateralismo: se deja de lado la idea del G-20 para retomar el viejo G-7 del Norte Global (Estados Unidos, Canadá, Europa occidental y Japón) y alternativamente el G-8 que incluye a Rusia. Además, se instala un unilateralismo estadounidense/angloamericano, en detrimento del multilateralismo globalista de Clinton, apelando a la supremacía militar y al dominio de la región de Medio Oriente para asegurar la posición hegemónica de Estados Unidos en el Orden Mundial. Lo cual tensiona las relaciones con sus propios aliados, como Francia y Alemania en la guerra de Irak (Harvey, 2004). También se desestima el fortalecimiento excesivo de instituciones internacionales multilaterales, para recuperar poder de decisión directa de Estados Unidos en detrimento de la «burocracia global»⁴. A su vez, aplicando un

⁴ Resulta más que interesante en este sentido la editorial del día 28 de julio de 2014 del periódico *Wall Street Journal*, un medio que expresa la voz de las fuerzas que denominamos «americanistas», con respecto al accionar del gobierno argentino frente a la embestida de los fondos buitres por la reestructuración de la deuda y en defensa del accionar del juez estadounidense Thomas Griesa a favor de la postura de los fondos buitres: «Un default sería tan absurdo que hace pensar en la posibilidad de que Kicillof esté usándolo como una forma de empujar al Fondo Monetario Internacional y a los

keynesianismo militar (déficit público y aumento superlativo del presupuesto militar, legitimado por la guerra), se buscó dinamizar la economía interna desde el complejo industrial militar⁵. Por otra parte, como vimos, se definió a China como un competidor estratégico y se puso en práctica una política que Donald Trump iba a llevar mucho más lejos: impedir a las empresas chinas la adquisición de activos considerados estratégicos por Washington. El caso resonante fue el bloqueo a la china CNOOC de la compra de la petrolera UNOCAL.

La crisis del 2007-2008 con epicentro en Estados Unidos y en el Reino Unido fue otro momento fundamental de esta puja al interior de las clases dominantes, entre fracciones financieras, entre globalistas y americanistas (Merino, 2014), en una crisis que ponía de manifiesto los límites de la financiarización y el problema de la sobreacumulación. Con el triunfo de Obama, el «globalismo» volvió al gobierno reinstalando en la agenda el multilateralismo unipolar, el impulso de tratados multilaterales de comercio e inversión, las alianzas militares expansivas en la periferia euroasiática para contener/impedir la emergencia de rivales geopolíticos, el intento de fortalecer las instituciones multilaterales creadas por el Norte Global y el impulso del multiculturalismo como ideología dominante. También los intentos por abandonar las guerras convencionales y centrarse en lo que se denominan guerras híbridas, revoluciones de color y guerras no convencionales. Un ejemplo de esto fue la multiplicación por diez de los ataques con drones en territorios donde Estados Unidos no se encontraba formalmente en guerra, como en Yemen, Somalia o Pakistán, como también el apoyo a fuerzas insurgentes y revoluciones de colo-

liberales de América para que intensifiquen su campaña de dejar las negociaciones de deuda en manos de una nueva burocracia mundial. Esto le daría más poder de negociación a los deudores y a los políticos y se lo quitaría a los mercados financieros y a los tribunales de Estados Unidos».

⁵ De acuerdo a datos del Banco Mundial, luego de una década de caída del gasto militar en relación al gasto total del gobierno central en Estados Unidos, de 2001 al 2004 subió del 15,15% a 18,61%, para mantenerse hasta el 2008 en torno a dicho porcentaje, cuando empieza a caer nuevamente. Y del déficit fiscal del 0,58% en relación al PIB en 2001 se llegó a un 6,68% en 2008 (agravado por la crisis).

res en los países con gobiernos contrarios a sus intereses. Su gobierno articuló el programa dominante del capital financiero transnacional (especialmente de origen angloamericano) y los intereses geopolíticos del *establishment* político e ideológico globalista (que procura incluir a los de sus aliados de Europa Occidental y Japón), con ciertas concesiones mínimas a las clases populares estadounidenses a través de programas focalizados y la recuperación parcial de la agenda liberal en relación a los derechos civiles y a las libertades individuales. Pero dicha articulación resultaba demasiado contradictoria.

Para las fuerzas globalistas, lo que está en juego en el escenario estratégico actual es quién/es escribe/n las reglas de juego del siglo XXI, es decir, la institucionalidad que emerja de esta transición histórico-espacial que atravesamos y configure un nuevo orden en el sistema mundial, con capacidad para contener a los polos de poder desafiantes. Dicha disputa resulta crucial, ya que la geoestrategia de las fuerzas globalistas angloamericanas es inseparable de la lógica del capital transnacional, de las redes financieras globales. Siguiendo los razonamientos de Arrighi y Silver (2001) y de Harvey (2004), entre otros, la actual crisis capitalista solo se puede «resolver» en sus implicancias geopolíticas (o fugar hacia adelante) en la medida en que se construya el poder político y militar que garantice la acumulación del capital transnacional del Norte Global. Y ello establece una tendencia para avanzar hacia una nueva institucionalidad globalista, hacia el impulso de un imposible Estado global desde Estados Unidos y el polo de poder angloamericano, y subordinar/contener a los polos emergentes que desafían al polo dominante. Para lo que resultan cruciales los acuerdos de libre comercio y las alianzas militares en las periferias Euroasiáticas, regiones claves del *rimland*.

Como observa Brzezinski, un neorrealista con gran influencia en lo que denominamos globalistas, «la primacía global de EE. UU. depende directamente de por cuánto tiempo y cuán efectivamente pueda mantener su preponderancia en el continente euroasiático» (Brzezinski, 1998, p. 39). En este sentido, la tarea es asegurarse que ningún Estado o ningún grupo de

Estados (polos de poder) obtengan la capacidad de expulsar a Estados Unidos de Eurasia o limitar su papel de árbitro. Y para ello, se vuelven fundamentales los acuerdos de libre comercio en la periferia occidental y oriental de Eurasia. Hacia 2014, dichos acuerdos se vuelven todavía más cruciales ante la debilidad de los Estados Unidos, la crisis de hegemonía global, la crisis capitalista con epicentro en Occidente, el desafío de las potencias emergentes, el despertar de Oriente, el gran desarrollo de China y la lucha por el control del Pacífico en tanto principal área de acumulación a nivel mundial.

Como expresión de esta geoestrategia que pretendía conducir e incluir al conjunto de las fuerzas de lo que se denomina geopolíticamente como «Occidente» y geoeconómicamente como «Norte Global», Hillary Clinton (2011) afirmaba que el futuro de la política mundial se decidiría en Asia y en el Pacífico, no en Afganistán o Irak (como definen los neoconservadores); y que Estados Unidos debería estar justo en el centro de la acción. Clinton, quien fuera secretaria de Estado de Barack Obama, agregó a esta idea que el eje estratégico de la política exterior norteamericana debía pasar de Oriente Cercano al Asia Oriental. También proyectaba la necesidad de generar una alianza similar a la de la OTAN para el Pacífico, que pueda incluir al océano Índico, esto es, fundamentalmente a la India, operativizada por el USINDOPACOM (United States Indo Pacific Command).

Desde esta mirada, las fuerzas globalistas apostaban a dos instrumentos claves. El Tratado Trans-Pacífico (TPP por sus siglas en inglés) y la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (TTIP por sus siglas en inglés). El TPP tendría entonces un importante impacto geopolítico en cuanto a la distribución del poder en Asia Pacífico, en tanto el interés de Estados Unidos era sostener un equilibrio favorable en dicha región y contener/rodear a China. De allí la insistencia en «proteger» a estados como Filipinas, Vietnam o Taiwán de la gran dependencia de la economía china, para que no pierdan su diplomacia independiente y su influencia política.

En el caso del TTIP, el acuerdo para avanzar en la periferia occidental de Eurasia junto con la OTAN, la cuestión de fondo es si predomina el *atlantismo*, reforzando la posición del globalismo. Las amenazas euroasiáticas, la situación de crisis del orden mundial y los nuevos desafíos de las potencias emergentes aparecen insistentemente en los discursos a favor del TTIP por parte de los *atlantistas* globalistas. En este sentido, en un discurso en Estocolmo, Michael Froman (Secretario de Comercio de Estados Unidos), advirtió que no había «Plan B» si las conversaciones del TTIP no concluyeran durante el año 2016. Y agregaba: «O trabajamos juntos para ayudarnos a establecer las reglas del mundo o dejamos ese papel a otros» (Oliver, 2016). Según observa en un artículo en *Foreign Policy*, el analista, ex almirante de Estados Unidos y comandante supremo de la OTAN, James Stavridis (2014), avanzar con el TTIP implicaría: «... unir Europa a Estados Unidos, lo que daña la influencia de Rusia. El TTIP es un acuerdo razonable por motivos económicos, en términos generales. Pero también tiene un enorme valor real en el ámbito geopolítico».

De concretarse el TPP y el TTIP, las fuerzas globalistas, cuyo núcleo fundamental es la territorialidad anglosajona, podrían cimentar una base territorial de 51 países con 1,6 mil millones de personas y dos tercios del PIB mundial, contando con una masa crítica importante de poder para atravesar favorablemente la lucha por la reconfiguración del orden mundial. Ello consolidaría algo crucial: la necesidad de mantener el control de las periferias occidental y oriental de Eurasia para debilitar el desarrollo de un bloque Euroasiático. Se reforzaría así una Europa alineada en el Atlántico, China quedaría «contenida» en su expansión e influencia regional y global; y Rusia quedaría más aislada. Mientras tanto, en América Latina avanzaría la Alianza del Pacífico —forma regional del TPP— y los acuerdos de libre comercio entre la UE y el MERCOSUR, bajo el paradigma del regionalismo abierto, en detrimento de los intentos de constitución de un polo de poder regional.

Sin embargo, primero a partir del *Brexit* y luego con el triunfo de Donald Trump sobre Hillary Clinton, las fuerzas globa-

listas obtuvieron una gran derrota política en sus propios territorios. Ello acompañó al *impasse* desglobalizante que ya se expresaba en la economía mundial desde el 2010, cuando se agotó la fórmula de la llamada globalización económica por la cual por cada punto de crecimiento del PIB, crecían dos puntos el comercio exterior y tres puntos la inversión extranjera directa.

Ya en la campaña presidencial de 2016 podíamos observar que la lucha política en Estados Unidos —inherentemente entrelazada con la crisis capitalista que transitamos⁶ y con la pérdida de poder relativo en el escenario internacional (ambas caras de una misma moneda)— manifiesta una situación de empate hegemónico entre fracciones/fuerzas dominantes. Esto se expresa en profundas polarizaciones en torno a todos los temas que hacen a las construcción de un proyecto político estratégico: 1. la guerra en Irak y la estrategia en Medio Oriente; 2. el papel y el poder de los organismos e instituciones multilaterales (FMI, BM, OMC, etcétera) en relación al papel y el poder del Estado de Estados Unidos (unipolarismo unilateral vs. unipolarismo multilateral); 3. la estrategia para el enfrentamiento con las potencias/polos de poder emergentes regionales y globales; 4. los acuerdos multilaterales de comercio, inversión y regulación económica transnacional (TPP, TTIP, NAFTA); 5. las reformas en la regulación del sistema financiero; 6. el valor de la tasa de interés de referencia de la Reserva Federal y su política monetaria general; 7. la cuestión del cambio climático; 8. la apuesta por las guerras híbridas o por las guerras convencionales. Y estas polarizaciones atraviesan el debate intelectual, articulando de forma diversa a las distintas perspectivas teóricas e incluso fracturando dichas perspectivas.

Respecto a lo que no deja de haber un acuerdo general en la casi totalidad del llamado *establishment* es en mantener el dominio unipolar y en este sentido, enfrentar en conjunto a

⁶ Los neokeynesianos como Summers (2014), ex secretario del Tesoro durante el gobierno de Obama, se refieren y conceptualizan a la crisis como una etapa de estancamiento secular.

los polos de poder emergentes que desafían esta situación, especialmente a China, como también a Rusia, y mantener a los aliados subordinados. Es decir, comparten los tres grandes imperativos de la geoestrategia imperial: impedir choques entre vasallos y mantener su dependencia en seguridad, mantener a los tributarios obedientes y protegidos e impedir la unión de los bárbaros (Brzezinski, 1998). Sin embargo, difieren en el cómo, lo cual tiene raíces estructurales. Por otro lado, como dichas pujas se siguen condensando y a la vez unificando en el Estado, que expresa el estado de las relaciones de fuerza, se produce una resultante política particular con continuidades estratégicas. Pero a la vez, esto hace que dentro del mismo Estado haya múltiples políticas contradictorias y se encuentre también polarizada la burocracia, dando lugar a una intensa puja de palacio.

Trump y el retorno al imperialismo unilateral

El triunfo de Donald Trump indica un momento cualitativamente superior de la puja de poder en Estados Unidos y expresa la reacción de un conjunto de actores que se ven amenazados o perjudicados en el proceso de globalización (fase específica del proceso histórico de internacionalización del sistema-mundo), agudizada por el declive más pronunciado de Estados Unidos y la crisis capitalista que exacerba la lucha entre capitales y afecta a importantes capas de trabajadores y fracciones empresariales. Por eso, Trump fue más allá de la agenda clásica conservadora y neoliberal de la élite del Partido Republicano, incorporando mayores elementos del nacionalismo económico industrial y un discurso anti *establishment*. Trump se posicionó claramente como partidario del *Brexit* y se manifestó contra el NAFTA o TLCAN, contra el TPP y el TTIP, procurando llevar a una relación bilateral las relaciones comerciales, para imponer el peso de la economía estadounidense, su poder político arbitrario y evitar las relaciones de competencia «perjudiciales» para los grupos y ramas retrasa-

das (especialmente con respecto a capitales de países aliados), agudizando las prácticas proteccionistas⁷.

Por otro lado, el gobierno de Trump retorna la política exterior del «eje del mal» definida por Bush y los neoconservadores, en donde se incluía a Irán, Irak, Corea del Norte, Libia, Siria y Cuba, a los que luego se agregaron Bielorrusia, Birmania y Zimbabwe. El desarrollo de posibles guerras en dichos territorios secundarios tiene como objetivo conquistar posiciones claves y/o impedir el avance de potencias rivales, a la vez que alimentar la economía doméstica de Estados Unidos mediante el complejo industrial militar, haciendo uso del monopolio del dólar para su financiamiento. Además, presenta un rotundo apoyo a la geoestrategia neoconservadora del gobierno israelí de Netanyahu (expresado en el traslado de la embajada de Estados Unidos a Jerusalén), que implica avanzar sin miramientos en la conquista de Palestina y en la construcción del Gran Israel para desequilibrar el juego de las potencias regionales. También se observa el retorno al recrudecimiento de la posición contra Irán como el gran enemigo a vencer en la llave geopolítica del Gran Medio Oriente y, por ello, la búsqueda por todos los medios de destruir el acuerdo nuclear entre dicho país y las principales potencias mundiales.

Pero a su vez, también en este plano se produce un cambio con respecto al gobierno de Bush, en línea con la nueva situa-

⁷ Las dos caras de este proceso de «globalización» son evidentes: por un lado, desde mediados de la década de 1980 —a partir de las reformas neoliberales, la globalización financiera, la transnacionalización y los saltos tecnológicos— se incrementan extraordinariamente las ganancias de las empresas estadounidenses y crecen en particular de forma extraordinaria las ganancias obtenidas en otros países en relación a las ganancias obtenidas en Estados Unidos, las cuales pasan de 50 000 millones de dólares a mediados de la década de 1980 a 500 000 millones de dólares en 2008, superando la masa de ganancias internas. En contraste, este proceso se traduce en Estados Unidos en la quiebra a 60 000 empresas, en el bajísimo crecimiento de la productividad de las pymes entre 2010 y 2017 en relación al núcleo más dinámico, en la destrucción de 5 millones de puestos de trabajo industriales en los últimos 15 años, en la caída de la participación de los salarios sobre el PIB del 48,7% (1980) al 42,7% (2015) y en la aparición de fenómenos de «sobreeplotación» de la fuerza de trabajo propios de la periferia, configurando un contrastante paisaje de destrucción creativa de los «molinos satánicos del capital».

ción mundial: el cambio en la doctrina militar, donde vuelve a ser central el enfrentamiento con Estados rivales que amenazan el dominio de Estados Unidos en el mundo, especialmente China y Rusia. Además, con el gobierno de Trump se exagera el unilateralismo, como se ve en el caso de la ruptura de los acuerdos con Irán y con Cuba, el retiro del Acuerdo de París, las tensiones en la OTAN, la guerra comercial que involucra a aliados, el cuestionamiento y crisis de la OMC, el traslado de la embajada a Jerusalén y el retiro de la UNESCO. Lo paradójico es que el orden mundial construido predominantemente por Estados Unidos es cuestionado por las propias fuerzas que pugnan en Estados Unidos: los globalistas porque entienden que ya quedó obsoleto y que resulta insuficiente para contener a las potencias emergentes y a la nueva realidad del poder mundial, mientras los «americanistas» y nacionalistas entienden que dicho orden se les volvió en contra y es un obstáculo en la estrategia de recuperar la primacía.

Para América Latina, el *trumpismo* retoma la apuesta por el control hegemónico directo de la región, como área prioritaria de influencia para el enfrentamiento con otros bloques de poder. En este sentido, el vicepresidente Mike Pence ha reivindicado posturas injerencistas propias de la Doctrina Monroe («América para Washington») y el ex consejero de Seguridad Nacional, John Bolton, llegó a afirmar que dicha doctrina está «vivita y coleando» (Sputnik, 2019). Estas figuras, junto a la de Pompeo, ligadas a los neoconservadores, han exacerbado las presiones directas contra Cuba, Venezuela y Nicaragua. Por otra parte, el propio Jefe del Comando Sur, el almirante Kurt Tidd, ha señalado insistentemente y con especial preocupación la influencia de Pekín en América Latina (como también de Rusia y de Irán) y su avance en el plano geoeconómico (principal socio comercial de Suramérica), identificando sus inversiones como una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos (Tidd, 2018). En este sentido, Washington pone en práctica de forma explícita la política de áreas de influencia. Si bien, como observa Boron (2014), siempre resulta prioritaria la región para el imperialismo estadounidense, se

pueden identificar un cambio importante de estrategia a partir de Trump. Para ejemplificar, basta tomar el caso de Cuba y observar los acuerdos y la política de «descongelamiento» de la era Obama, en comparación con la política de Eje del Mal, bloqueo absoluto y sanciones del gobierno de Trump. Se trata de dos estrategias imperiales bien distintas, como también se ve en el caso de Irán.

En el plano político, el «americanismo» reivindica un retorno a la soberanía del Estado nacional y el fortalecimiento unilateral del polo de poder angloamericano —junto al Reino Unido, Canadá, Australia, Nueva Zelanda más Israel— por lo que se vuelve muy importante el *Brexit* y el estrechamiento de los lazos económicos entre dichos países. El reforzamiento de lo que podemos llamar un «angloamericanismo» unilateral en lo geopolítico se corresponde con un «anglosajonismo» identitario como horizonte estratégico, que en su forma dominante se expresa como un supremacismo, una exacerbación de la identidad blanca, anglosajona y protestante (en inglés, los WASP) y sirve de argamasa al imperialismo retrasado, traducándose en la política como una suerte de nacionalismo étnico.

Estos cambios que expresa Trump tienen su anclaje económico y social. Así como el globalismo en el plano político tiende a institucionalizar el poder occidental transnacionalizado y en lo cultural el multiculturalismo (organizado bajo la perspectiva del liberalismo occidental) erosiona las identidades nacionales en los países centrales; en lo económico el globalismo reconfigura el viejo centro, desarrolla nuevos centros/nodos globales y crea nuevas periferias en los viejos territorios centrales. En este sentido, emerge como nueva periferia el ahora llamado *cinturón del óxido* en Estados Unidos, en lo que antes era el corazón industrial del Medio Oeste, como también el *Midland* británico, cuyos votantes se volcaron mayoritariamente por Trump y por el *Brexit*. Los capitales industriales centrados en el mercado interno que dominan estos territorios, menos competitivos en términos internacionales, sucumben frente a la intensificación de la competencia y a la concurrencia de capitales. Además, el avance industrial de China, que ya disputa en los primeros

niveles mundiales de algunas ramas productivas y en el control de los flujos globales (dinero, mercancías, datos), así como también los saltos tecnológico productivos de los capitales del propio Norte Global (alemanes, japoneses, etcétera), agudiza las presiones competitivas y achica el espacio para la acumulación global del capital, exacerbando las luchas de competencia y concurrencia entre capitales. Esto se refuerza en tanto que al Estado norteamericano le cuesta mantener las condiciones de monopolio. Por ello, estas fuerzas contrarias al globalismo también rechazan el TPP y el TTIP y apuntan contra sus propios aliados, a quienes demandan subordinación unilateral, agudizando necesariamente las pujas al interior del Norte Global.

La lucha entre capitales y los procesos de crisis alimentan las pujas político estratégicas (modelos de capitalismo en pugna, geoestrategias en pugna, identidades y cosmovisiones en pugna, etcétera) y constituyen un elemento central para analizar las fisuras en Estados Unidos y el polo angloamericano. En este sentido, no resulta casual que uno de los principales apoyos de Trump provenga de los industriales del carbón y del complejo siderometalúrgico estadounidense. Dan Dimiccio, exCEO de la siderúrgica Nucor fue uno de los principales asesores de Trump en economía y política comercial. Mientras que Robert Lighthizer, nombrado por Trump como Representante Comercial de Estados Unidos, tiene una larga trayectoria representando a la industria siderúrgica estadounidense y ha sido un promotor central del giro proteccionista en importantes sectores del Partido Republicano, a la vez que protagonizó las batallas siderúrgicas contra Japón décadas atrás.

Refuerzan esta presencia industrial en el gobierno de Trump la figura de Mike Pompeo como secretario de Estado, estrechamente ligado con las industrias Koch, así como el secretario de Defensa Mark Thomas Esper, quien fuera vicepresidente del área de relaciones gubernamentales de Raytheon (el mayor contratante de defensa de Estados Unidos). A su vez, Esper sustituyó a Patrick Shanahan, quien fuera directivo entre 1986 y 2017 de la empresa aeroespacial Boeing, estrechamente ligada al Pentágono.

No resulta extraño, por eso, que una de las primeras medidas de Trump fuera ordenar al Departamento de Comercio que lleve a cabo una investigación para determinar si las importaciones de acero, particularmente las procedentes de China, son una amenaza para la seguridad nacional, en línea con sus promesas proteccionistas. Flanqueado por representantes de la industria siderúrgica, Trump afirmó: «El acero es fundamental tanto para nuestra economía como para nuestras Fuerzas Armadas. Esta no es un área donde podamos permitirnos depender de países extranjeros» (EFE, 2017), aludiendo a la protección de esta industria como una cuestión de seguridad nacional. Es decir, lo que se impuso como dominante en el poder ejecutivo con Trump es un grupo de poder clave del complejo industrial militar.

Otro punto referido a la agenda económica y a las pugnas en la cúpula empresarial es sobre el impuesto fronterizo o un impuesto a las importaciones, que el jefe de gabinete de Trump anunció que se impulsaría como parte del proyecto de reforma fiscal. Un mes antes de dicha declaración, 16 grandes compañías industriales exportadoras emitieron un comunicado en el cual instan al gobierno a adoptar el impuesto a las importaciones. La carta en respaldo a un impuesto fronterizo fue firmada por los presidentes ejecutivos de Boeing, CoorsTek, Caterpillar, Dow Chemical Co, Celanese Corp, GE, Celgene Corp, Eli Lilly and Co, Raytheon Co, Merck & Co Inc, S&P Global Inc, Oracle Corp, United Technologies Corp, Pfizer Inc y Varian Medical Systems Inc. Estas compañías poseen una fuerte base productiva en los Estados Unidos, alguna de ellas son grandes contratistas del Pentágono y se ven fuertemente afectadas en sus ramas por la competencia global, mientras que el Estado norteamericano ya no puede garantizar monopolios.

La guerra comercial

Trump ha declarado la guerra comercial al mundo. Con ello, se puso en marcha una profundización de la política proteccionista de Estados Unidos y un bilateralismo comercial

que busca proteger a las fracciones de capital y ramas retrasadas en la economía global y fortalecer la producción industrial de Estados Unidos frente a China, pero también frente a aliados como Alemania, Japón o México. Los objetivos son reequilibrar el déficit comercial (agravado por las políticas de hiperestímulos de la administración Trump y el keynesianismo militar) y, sobre todo, reforzar la «seguridad nacional», ya que la industria es la base de la defensa, y asegurar los monopolios tecnológicos estadounidenses frente a sus rivales, aspecto central en el poder mundial (Amin, 1998). En el último discurso del Estado de la Unión, Trump fue particularmente enfático en la promesa sobre importantes inversiones en las próximas industrias tecnológicas de relevancia estratégica.

Luego del primer año de gobierno de Trump, el déficit comercial subió entre 2016 y 2017. Con China fue de 375 100 millones de dólares. Frente a ello, el gobierno de Trump demandó a China una reducción de 100 000 millones de dólares en sus exportaciones, tratando de imitar al gobierno de Reagan en la década de 1980 cuando se «obligó» a autolimitar a Japón sus exportaciones, a acomodarse a la política monetaria de la Reserva Federal y a financiar al Tesoro estadounidense. El problema es que China no es un protectorado político militar estadounidense como Japón, su escala es mucho mayor (ya superó a Estados Unidos en PIB a paridad de poder adquisitivo) y la alianza con Rusia fortalece su posición político estratégica en Eurasia.

La razón central del enfrentamiento comercial con China es detener su drástico ascenso global. Para ello, el *trumpismo* considera que debe frenar el «alarmante» plan de desarrollo tecnológico *Made in China 2025*, que tiene entre sus principales objetivos solucionar el retraso relativo en algunas ramas tecnológicas fundamentales como robótica, semiconductores e industria aeroespacial y ampliar el liderazgo en otras, como inteligencia artificial y autos eléctricos. De concretarse el plan, aunque sea de forma parcial, se terminaría de quebrar definitivamente la relación centro/semiperiferia del gigante asiático con el Norte Global, poniendo en crisis la división in-

ternacional del trabajo y las jerarquías en la economía mundial, a la vez que plantearía un desafío sistémico: que un país con la quinta parte de la población planetaria se convierta en centro desarrollado.

Lo que está en juego para el *trumpismo* es la primacía geopolítica a largo plazo de Estados Unidos. Así lo expresa el intelectual y funcionario de la administración Trump, Peter Navarro, en su libro *Death by China: Confronting the Dragon. A Global Call to Action* (2011). La primacía estadounidense solo puede lograrse a través de un equivalente del siglo XXI del *Informe sobre Manufacturas* de Alexander Hamilton de 1791, en donde se decidan qué industrias son esenciales para la seguridad nacional, junto con una política tecnológica industrial planificada para asegurar que esas industrias vitales permanezcan en el país, complementadas por un fuerte proteccionismo y una guerra económica con los rivales. Aquí aparece el nacionalismo económico de Pinkerton que mencionamos al comienzo, combinado con el neconservadurismo.

La guerra comercial tiene como trasfondo la creciente «guerra» económica, en la cual se agudizan las luchas entre capitales mediadas por los Estados. El contexto de bajo crecimiento en el Norte Global desde la crisis financiera global de 2007-2008 profundiza esta situación y su perspectiva. Al haber bajo crecimiento, la acumulación de los capitales particulares se da en detrimento de los más retrasados y de los trabajadores, poniéndose en juego mecanismos de acumulación por desposesión. Los capitales globales acumulan en los territorios emergentes que crecen (particularmente China), posibilidad que no tienen los capitales dependientes de la economía nacional estadounidense. Pero a su vez, el proceso conocido como globalización económica, por el cual el comercio mundial se expandió al doble del PIB mundial y la inversión extranjera directa al triple durante casi 30 años, se detuvo con la crisis que estalló en 2008, poniéndose de manifiesto un límite estructural.

El poco crecimiento que hubo en el Norte global en los últimos años se produjo gracias a las políticas hiperexpansivas de los Bancos Centrales. Esa política está encontrando sus límites, creando una enorme burbuja en los bonos públicos, que comenzó a estallar en este contexto de pandemia de coronavirus. Se observa una crisis próxima, que puede desplegarse sobre un ciclo de crisis mucho más profundo debido al agotamiento del ciclo expansivo (A) de Kondratiev iniciado en 1994 y a las tendencias estructurales de la economía mundial. Ello pronostica una agudización de las luchas económicas que, de acuerdo a cómo se desarrolle y se «resuelva», va a alimentar la grieta en Estados Unidos, la guerra económica a nivel mundial y la lucha entre polos de poder en todos los planos.

Ascenso de China

El ascenso de China y su dinamismo económico no son reductibles, entendemos, a la adhesión por parte de China al capitalismo neoliberal y/o como epifenómeno de la globalización y la deslocalización productiva del Norte Global, tal como se piensa en buena parte de la academia occidental. Su ascenso está estrechamente relacionado, en primer lugar, a la obtención de importantes niveles de autonomía y fortaleza política militar (soberanía) y cierto bienestar básico en materia de salud y educación producto de la revolución de 1949; luego se da el despegue —con las reformas iniciadas en 1978— que atrajo los capitales de la diáspora china, absorbió niveles inferiores del proceso de tercerización en el Asia Pacífico encabezado por Japón, desarrolló importantes entramados económicos comunales y estatales y, más tarde, absorbió grandes volúmenes de capitales de Occidente bajo sus propias condiciones (necesidades productivas planificadas, transferencias tecnológicas, restricciones a la extravención de ganancias), para devenir finalmente en la gran plataforma industrial mundial. Lo hizo desde un proyecto propio, a partir de su historia y características propias —centrado en el crecimiento de la productividad más que por la inversión de capital (Zhu, 2012)— y con una

singular combinación de modos de producción, aprovechando la propia necesidad expansiva del capital del Norte Global.

El modelo de desarrollo híbrido de China no califica dentro del marco capitalista occidental clásico, ya que se mantiene propiedad colectiva de la tierra, los núcleos centrales de la economía están en manos de grandes empresas estratégicas estatales y existe un fuerte desarrollo de las empresas de pueblos y aldeas de propiedad colectivas —TVE—, que son las principales empleadoras de la economía. Por lo tanto, la presente transición histórico espacial no se trataría (si es que se produce) de un traspaso del poder desde un Estado occidental y capitalista a otro más fuerte y dinámico, para iniciar un nuevo ciclo hegemónico del sistema mundo moderno. Es más, el propio ascenso chino invita a consolidar la pregunta de si existe una tendencia definitiva y estructural sobre el fin de la primacía de las fuerzas fundamentales de Occidente en el sistema mundial y, especialmente, la supremacía protagonizada por el mundo anglosajón a partir de lo que se denomina la Gran Divergencia entre comienzos y mediados del siglo XIX, con la combinación de revolución industrial, expansión capitalista, colonialismo y supremacía militar. Lo cual está articulado con la formulación de Wallerstein (2006) acerca de que estamos frente a una situación de límite estructural para la supervivencia del sistema mundial moderno como tal, lo que abre la pregunta de si estamos en presencia de una crisis definitiva de la modernidad capitalista como sistema histórico y en qué medida el ascenso de China y Asia Pacífico es parte de ese proceso.

Como señalamos al comienzo del trabajo, en el final de la *belle époque* neoliberal unipolar, China comienza a mostrar signos de su devenir como nuevo polo de poder desafiante del orden mundial. Un momento clave del ascenso chino fue la crisis de 2008, que golpeó al Norte Global y expuso todas sus contradicciones. A partir de allí, China deja de financiar al Tesoro estadounidense y su déficit estructural, mediante la compra de deuda: si China entre 2005 y 2008 compró el 49,3% de los títulos públicos del Tesoro, en 2009, frente a la baja en

el crecimiento, adquirió el 19,6%, mientras que el resto fue a impulsar la demanda interna e impidió una recesión inyectando en su economía fondos por 500 000 millones de dólares (Martins, 2011). Esto diferencia profundamente a China del Japón de la década de 1980, que —en tanto «protectorado» militar norteamericano, aceptó las políticas deflacionistas del «dólar fuerte», financiar el déficit estadounidense y hasta «autolimitarse» en sus exportaciones a Estados Unidos. Algo parecido a lo que demanda Donald Trump en la actualidad, pero que China se resiste a aceptar.

Por otro lado, otra de las respuestas a partir de 2009 fue la convocatoria a la primera reunión de los BRIC, en la cual comenzó a delinearse un espacio de los principales poderes emergentes —ya no solo mercados emergentes. Allí se puso sobre la mesa, entre otras cuestiones, la necesidad de avanzar en una alternativa colectiva al dólar, un desafío al corazón de la hegemonía estadounidense.

En cuanto al avance económico de China —cuyo PIB medido por la paridad del poder adquisitivo ya superó al de Estados Unidos en más de un 20% y, por otro lado, superó a la Eurozona como mayor sistema bancario del mundo—, tres cuestiones resultan claves a partir de la crisis de 2008:

1) La adquisición de empresas en el extranjero e inversiones en áreas críticas para sus necesidades de desarrollo, vinculadas fundamentalmente a energía, alimentos e infraestructura: compra por parte de la comercializadora de granos estatal china COFCO de Noble Group y de la cerealera Nidera (de capitales holandeses y argentinos), con lo que China se consolidó como uno de los principales jugadores en el monopolio de la comercialización de granos. Por otro lado, Bright Food, del gobierno municipal de Shanghái, adquirió la marca británica Weetabix y en 2015 compró la empresa catalana Miquel Alimentación. Se debe destacar también, entre otras adquisiciones, la compra del gigante biotecnológico de origen suizo Syngenta por 43 000 millones de dólares, lo que le permitió el acceso a tecnología de punta en materia agroalimentaria. O la

compra de Volvo por parte de la china Geely, que le dio acceso a tecnología automotriz de punta. El intento reciente de comprar empresas de semiconductores de Estados Unidos, con el fin de desarrollarse en esa rama tecnológica en la cual China es fuertemente dependiente, fue prohibido por las autoridades norteamericanas.

2) La internacionalización del yuan (renminbi): creciente uso del yuan como moneda de reserva de distintos bancos centrales, así como acuerdos con Bancos Centrales de préstamos en yuanes para fortalecer las reservas (*swaps* cambiarios bilaterales). En los últimos años, China y Rusia se han convertido en los principales compradores de oro de todo el mundo, incrementando de forma sustancial sus reservas de este metal. Ello está en estrecha relación con la hipótesis de apuntalar sus monedas retornando a alguna forma de patrón oro, en detrimento del dólar. También el lanzamiento de un mercado de petróleo en yuanes refuerza dicha política de internacionalización monetaria y golpea el tanpreciado monopolio del petrodólar. Esto se articula con la creación de nuevos instrumentos financieros internacionales, como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura y el lanzamiento del Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS junto a un Fondo (Acuerdo de Reservas de Contingencia) en la cumbre de Fortaleza, Brasil, en 2014. Dicha arquitectura financiera paraleliza a la del Norte Global, centrada en el FMI y el BM.

3) El avance hacia la complejidad económica y el desarrollo de tecnología, en donde China ya acortó buena parte de la desventaja con los centros del Norte Global e incluso comienza a ser vanguardia en algunos sectores. De acuerdo a datos de Banco Mundial, China es el mayor exportador de bienes del mundo, que en un 94,4% son bienes manufacturados, en un 48% son máquinas, y de los bienes manufacturados el 25,6% son de alta tecnología (año 2015). Por otro parte, cerca de 731 millones de ciudadanos chinos estaban *online* en 2016 y 95% de ellos accedían a Internet con sus teléfonos celulares. Esto brinda una masa de información digital —*Big Data*— que es varias veces mayor que la norteamericana. Es a partir del cru-

ce con esta gigantesca base que despliega su liderazgo en la inteligencia artificial (AI), la tecnología decisiva de la nueva revolución industrial en curso. Además, Shenzhen o Beijing disputan con Silicon Valley y otros centros del Norte Global el carácter de nodo estratégico de alta tecnología de la economía mundial. De hecho, Shenzhen, Guangdong, Hong Kong y Macao forman parte del Área de la Gran Bahía (AGB) en el delta del río Perla, una megalópolis de 70 millones de habitantes que fabrica el 90% de los artefactos electrónicos que se consumen en todo el mundo. En este sentido, también debe mencionarse nuevamente el plan de desarrollo tecnológico e industrial «*Made in China 2025*», que busca terminar con la brecha todavía existente con el norte global en algunas ramas tecnológicas más avanzadas (semiconductores, robótica, tecnología aeroespacial), así como consolidar el liderazgo en otras.

De la mano de su crecimiento económico, China desarrolla su complejo militar y moderniza a grandes velocidades sus Fuerzas Armadas. Ello, junto al poder en dicho plano de Rusia, pone en jaque el monopolio estadounidense. En este sentido, el presupuesto militar de China se incrementó progresivamente en los últimos años, llegando en 2014 a los 130 000 millones de dólares y superando los 220 000 millones en 2017. Posee el segundo presupuesto militar a nivel mundial, aunque muy por debajo de Estados Unidos⁸. Uno de los aspectos centrales del desarrollo militar chino tiene que ver con la disputa por el control del Pacífico. En este escenario, China profundiza la construcción de portaaviones, submarinos y misiles, fortaleciendo la capacidad estratégica de su complejo industrial militar. Según el general chino Sun Sijing, «el aumento de dos cifras del gasto de defensa a algunos puede parecerles demasiado, pero en el desarrollo del complejo militar todavía estamos muy por detrás [...] Nuestras empresas

⁸ El gasto militar mundial aumentó en 2017 a su nivel más alto desde el fin de la Guerra Fría, en un año en el que Estados Unidos, China y Arabia Saudita fueron los que más dinero destinaron a la defensa, según un estudio del Instituto Internacional de Estocolmo para la Investigación de la Paz (SIPRI, por sus siglas en inglés). Estados Unidos concentra el 35% del gasto militar global; China 13%; Arabia Saudita, 4%; Rusia, 3,8% e India, 3,7% (*La Nación*, 3 de mayo de 2018).

han tomado el mercado mundial y tenemos qué y a quién defender» (Rusia Today, 2014). La situación en la zona del mar de China se agrava por la agudización de las tensiones globales y los conflictos geoestratégicos en torno a las islas Senkaku/Diaoyu, el archipiélago Spratly y las islas Paracelso, además del histórico conflicto de las Coreas. El Mar del Sur de China es esencial para la economía de Asia. Una tercera parte de los buques del mundo navegan por sus aguas y enormes reservas de petróleo y gas yacen bajo su lecho⁹.

Otro plano fundamental para analizar el ascenso de China es el geopolítico, junto a sus imperativos geoestratégicos. Allí sobresale una apuesta fundamental, la llamada «Nueva Ruta de la Seda». El avance del Tratado Trans-Pacífico (TPP) durante la presidencia de Obama y la adhesión de Japón al TPP en marzo de 2013, implicó rodear a China y avanzar en la estrategia de contener su expansión e influencia en Asia Pacífico. Frente a ello, el gigante asiático respondió en septiembre de 2013 con la promoción de la Iniciativa del Cinturón y la Ruta —*Belt and Road Initiative* (BRI)—, buscando consolidar, ante todo, su poder en el corazón del continente Euroasiático, frente a los desafíos del «imperio de mar». Allí converge con una Rusia cada vez más inclinada hacia la construcción de un eje de poder anclado en el espacio euroasiático frente al avance de Estados Unidos y aliados (OTAN) en territorios considerados sensibles para sus intereses (Europa del Este, el Cáucaso, Asia Central, Siria). El BRI —impulsado por Xi Jinping en 2013, luego de sus viajes a Rusia, Bielorrusia y Kazajistán (los protagonistas de la Unión Económica Euroasiática, con centro en Moscú)— involucra a unos 60 países, en su mayoría en desarrollo. Allí habitan 4400 millones de habitantes (63 por ciento de la población mundial), se encuentra el 75% de las reservas energéticas conocidas al mundo y se produce el 55% del PIB mundial. El gobierno de China tiene previsto invertir en BRI la descomu-

⁹ Por su parte, Japón (aliado estratégico de EE. UU.), en lo que significó un giro histórico de su política exterior, incrementó significativamente el gasto en defensa y modificó la interpretación de su «Constitución de la Paz», para poder combatir en el extranjero y defender a sus aliados, incluso cuando Japón no sea atacado.

nal cifra de 1,4 billones de dólares. Ya está contemplado un presupuesto de 890 000 millones de dólares, procedentes del Fondo de la Ruta de la Seda, del Nuevo Banco de Desarrollo y del Banco Asiático de Inversiones en Infraestructuras. A su vez, los bancos estatales comerciales chinos —Bank of China, ICBC y China Construction Bank— han ofrecido más de 500 000 millones de dólares en préstamos e inversiones de activos (Parra Pérez, 2017).

Los seis corredores de BRI parecieran tener claras intenciones geoestratégicas: evitar los estrangulamientos al desarrollo de China y la geoestrategia angloamericana de rodear/contener a China, Rusia y aliados continentales. Esta estrategia deja encerrada y vulnerable a China, con sus principales líneas de abastecimiento amenazadas. En este sentido, en el mapa en donde se trazan los corredores y la ruta marítima, vemos que estos rompen los estrangulamientos de China: un tren a través de Myanmar proporciona una ruta hacia el mar que elimina el punto de congestión del estrecho de Malaca en Singapur (centro financiero global aliado a Occidente). Por otro lado, un corredor junto a un nuevo puerto en Pakistán proporciona acceso directo al Océano Índico y al Golfo Pérsico, desde donde sale el 40% del petróleo comercializado en el mundo, gran parte del cual va hacia China¹⁰. De igual forma, tanto el corredor China/Mongolia/Rusia como el corredor Nuevo Puente Terrestre de Asia permiten una conexión directa con Europa, una salida al Mediterráneo y una integración Euroasiática continental. Ello rompe el eje-tapón que separa territorialmente Asia Pacífico y Europa, que otorga la superioridad estratégica al polo de poder que controla el mar. Además, el importante protagonismo de Rusia permite aminorar sus posibles recelos geopolíticos con el ascenso de

¹⁰ Parra Pérez (2017, p. 8) apunta: «Cuestión importante es la profundidad del puerto de Gwadar, que permite albergar a submarinos y portaviones, convirtiéndose en un punto de referencia en la estrategia militar de China en ultramar. Esta base militar, junto con la de Djibouti, muestran el creciente interés de China por aumentar su despliegue más allá de las aguas de Asia Pacífico, entrando en competencia con las bases militares de Estados Unidos en la región».

China. Por otra parte, el corredor indochino aseguraría eliminar cualquier amenaza en el sureste asiático continental.

El desarrollo de la red ferroviaria euroasiática, para comunicar e integrar toda la masa continental, es uno de los elementos centrales que sobresalen en la propuesta de BRI: la proyección de un gran puente terrestre euroasiático que desarticula el poder marítimo que ostentaron históricamente los imperios occidentales de la modernidad. De hecho, uno de los pensadores más brillantes del «imperio de mar» anglosajón, Halford Mackinder, ya había observado las implicancias en el balance de poder de los ferrocarriles transcontinentales en Eurasia, a principios del siglo XX: «Hace una generación, el vapor y el canal de Suez parecían haber aumentado la movilidad del poder marítimo con relación al poder terrestre. Los ferrocarriles funcionaron principalmente como tributarios del comercio oceánico. Pero los ferrocarriles transcontinentales están ahora modificando las condiciones del poder terrestre y en ninguna parte pueden ejercer tanto efecto como en el cerrado “corazón continental” de Eurasia [...] ¿No es la “región pivote” de la política mundial esa extensa zona de Eurasia que es inaccesible a los buques, pero que antiguamente estaba abierta a los jinetes nómadas y está hoy a punto de ser cubierta por una red de ferrocarriles?» (Mackinder, 2010, pp. 315-316).

En términos geoeconómicos, el BRI es parte de un cambio global y significa un avance hacia la formación de un nuevo patrón de desarrollo, distinto al de la tríada y a su modelo centro/periferia, que por sus características tiende a la diversificación de los flujos de capital y de los flujos espaciales de los factores de producción, que se expanden progresiva y profundamente dentro de los *hinterlands* euroasiáticos (Ning y Chuankai, 2018). El BRI implica dar forma a una transformación radical del mundo tal y como está configurado desde el siglo XIX, con centro en el Atlántico y en Occidente, y la versión del siglo XX de este mundo, especialmente a partir de la posguerra: con centro en los Estados Unidos, desde donde se coordinan los otros dos centros económicos del sistema mundial capitalista: Europa occidental y Japón/Asia Pacífico.

Desde la perspectiva del BRI, el centro geoeconómico es China que, integrando Eurasia y sus periferias dinámicas oriental y occidental, deja en un papel subordinado a los Estados Unidos y consolida su máxima estratégica de construcción de poder global: «el reino medio está (debe estar) en el centro de todo lo que brilla bajo el cielo». Concepción que difiere del imperialismo militarista de tipo occidental.

Reflexiones finales

El cambio de gobierno de Estados Unidos, a partir de lo cual se debilitaron las fuerzas globalistas, le permitió a China avanzar en términos geoeconómicos e incluso incorporar a Japón en el BRI. Este nuevo momento político mundial se vio reflejado en la cumbre del Foro de la Franja y de la Ruta realizado en mayo de 2017, al que asistieron más de 1200 delegados de 130 países y 29 jefes de Estado, junto con 70 organizaciones internacionales. También es una muestra del avance de China la posición de Xi Jinping en Davos, donde defendió la liberalización del comercio y la inversión, en contra del proteccionismo estadounidense a partir de Trump. Como sucedió históricamente con las grandes potencias industriales, una vez que alcanzan cierto nivel de desarrollo relativo y competitividad, convirtiéndose en nuevos centros de la economía global, cambian las posiciones proteccionistas por posiciones más cercanas al libre mercado.

Sin embargo, los efectos negativos en la economía china de la guerra comercial, la agresividad de Washington para impedir el avance tecnológico de China (el caso de Huawei resulta paradigmático en este sentido) y el desarrollo de un conjunto de tensiones geoestratégicas a su alrededor, presentan grandes desafíos a dicho ascenso. Pekín necesita asegurar el aprovisionamiento de materias primas y energía que el actual gobierno de Estados Unidos está dispuesto a limitar. Por ello, entre otras cuestiones, Estados Unidos busca controlar Medio Oriente o bloquear la inversión de China en América Latina. Además, China debe solucionar problemas de sobreacumula-

ción de capital y de sobrecapacidad de producción (tiene una importante sobrecapacidad en la producción de varios bienes, entre ellos acero y cemento), que puede llevarla a desplegar una acumulación por desposesión que dinamite su concepción estratégica y la lleve al desarrollo de un imperialismo capitalista al estilo occidental. También debe defender sus líneas comerciales, pero se enfrenta al desafío de Estados Unidos, que todavía es «la potencia militar dominante en Asia y cuya marina tiene la capacidad de bloquear los puertos y el tráfico marítimo chino, contando con la ventaja estratégica que le ofrecen sus bases rodeando la periferia china, en Japón, Corea y Guam» (Mackinla y Ferreirós, 2011, p. 3). A diferencia de Estados Unidos, China está rodeada de potencias que miran con recelo su ascenso y Washington busca que confronten. A ello se le agrega un conjunto de conflictos territoriales clave en el Mar de China.

Por otro lado, existen desafíos más profundos para el ascenso chino y de Asia Pacífico. Podemos señalar dos de los más importantes, estrechamente relacionados: la imposibilidad de incorporar a una sexta parte de la población mundial al centro del sistema, por el patrón estructural de desarrollo desigual y combinado inherente al moderno sistema mundial (que además está en proceso de desmoronamiento). Y al mismo tiempo, la imposibilidad de realizar dicha incorporación en los actuales parámetros de consumo y explotación de la naturaleza, sin avanzar hacia el abismo ambiental.

La reconfiguración imperial de Estados Unidos y las fracturas «internas» frente al ascenso de China es algo propio del cambio de época que vivimos. Cada fuerza intenta enfrentar el declive de Estados Unidos dentro de sus perspectivas estratégicas, moldeadas en relación a sus intereses. En el gobierno de Trump observamos la apuesta estratégica a un nacionalismo económico *neohamiltoniano* a lo Pinkerton, combinado —como vimos anteriormente— con lineamientos propios del neoconservadurismo, que apuestan al control del Medio Oriente, al unilateralismo y a la supremacía militar absoluta —encarnado en la figura del dimitido John Bolton, el jefe de gabinete

Mike Pompeo y el vicepresidente Mike Pence. También aparecen intentos de reforzar las alianzas militares en la zona Indo-Pacífico (India, Taiwán) e intervenir en los principales conflictos geoestratégicos de la región. Por otro lado, ha quedado desplazada la visión neorrealista de contención, multilateralismo y equilibrio de poder, más cercana a los globalistas, como también las concepciones liberales.

Paradójicamente, la actual conducción de Estados Unidos puede ser la más favorable para el ascenso de China —de hecho, prácticamente le está sirviendo en bandeja aliados euroasiáticos claves como Rusia, Irán, Turquía y Alemania— pero a la vez la más peligrosa: no se sabe hasta dónde puede llegar la escalada de la guerra, no solo en el plano comercial, sino también en el militar.

Referencias

ALCONADA MON, H. (7 de abril de 2005). Preocupa a EE.UU. la influencia de China en América Latina. *La Nación*. Recuperada de <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/preocupa-a-eeuu-la-influencia-de-china-en-america-latina-nid693901>.

AMIN, S. (1998). *El capitalismo en la era de la globalización*. Buenos Aires: Paidós.

ARRIGHI, G. (2007). *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid: Akal.

ARRIGHI, G. Y SILVER, B. (2001). *Caos y Orden en el Sistema Mundo Moderno*. Madrid: Akal.

BORON, A. (2014). *América Latina en la geopolítica del Imperialismo*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.

BRZEZINSKI, Z. (1998). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Paidós.

CLINTON, H. (2011). America's Pacific Century. *Foreign Policy*, octubre 2011.

EFE (20 de abril de 2017). *Trump ordena investigar si las importaciones de acero amenazan la seguridad nacional*. Recuperado de <https://www.efe.com/efe/america/economia/trump-ordena-investigar-si-las-importaciones-de-acero-amenazan-la-seguridad-nacional/20000011-3243137>.

GARCÍA LINERA, Á. (2008). El Estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación. En García Linera, Á. (2008). *La potencia plebeya*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

HARVEY, D. (2004). *El Nuevo Imperialismo*. Madrid: Akal.

MACKINDER, H. (2010). El pivote geográfico de la historia. *Geopolítica(s)*. Vol 1, nº 2, pp. 301-319.

MACKINLAY FERREIRÓS, A. (2011). Las ambiciones marítimas de China. *Documentos de Opinión* nº06, Instituto Español de Estudios Estratégicos, pp. 1-9.

MARTINS, C.E. (2011). *Globalização, dependência e neoliberalismo na América Latina*. São Paulo: Boitempo.

MERINO, G. E. (2014). Lucha entre polos de poder por la configuración del orden mundial. El escenario actual. En *Revista de Estudios Estratégicos* N°1. Centro de Investigaciones en Política Internacional (CIPI). Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI), La Habana, 2014, pp. 13-35.

_____ (2016). Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. Perspectivas de América Latina. En *Geopolítica(s): revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 2, núm. 7, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

_____ (2017). Proyectos estratégicos e integración regional en América Latina. El surgimiento de la Alianza del Pacífico, el fortalecimiento del regionalismo abierto y el retroceso del regionalismo autónomo. En *Relaciones Internacionales*, Vol. 26 N°52, IRI, La Plata, pp. 17-37.

_____ (2018a). Los tratados comerciales y las luchas globales en la era Trump. En *Realidad Económica*, N° 313, IADE, Buenos Aires, pp. 9-40.

_____ (2018b). Trump: la fractura en Estados Unidos y sus implicancias en la transición histórica actual. En Castorena Sánchez, C.; Gandásegui, M. A. y Morgenfeld, L. A. *Estados Unidos contra el mundo: Trump y la nueva geopolítica*. Buenos Aires: CLACSO/Siglo XXI.

_____ (2019). Guerra Comercial y América Latina. En *Revista de Relaciones Internacionales*, N° 134, Centro de Relaciones Internacionales de la UNAM, México, pp. 67-98.

MERINO, G. E. y TRIVI, N. (2019). La Nueva Ruta de la Seda y la disputa por el poder mundial. En Bogado, L., Caubet, M. y Staiano, F. (eds.). *China: una nueva estrategia geopolítica y global. La iniciativa de la franja y la ruta*. La Plata: Instituto de Relaciones Internacionales y Centro de Estudios Chinos de la UNLP.

NAVARRO, P. y AUTRY, G. (2011). *Death by China: Confronting the Dragon. A Global Call to Action*. New Jersey: Pearson Prentice Hall.

NING, S. y CHUANKAI, Y. (2018). «Silk Road Cities»: Characteristics and development significance of urban pivots along the «Belt and Road». En *The Belt & Road Studies*, autumn 2018, vol. 2. Shanghai Academy of Social Science.

OLIVER, C. (31 de mayo de 2016). Europe and US in race to keep TTIP on track. *Financial Times*. Recuperado de <https://www.ft.com/content/beg1f3ca-273c-11e6-8b18-91555f2f4fde>.

PARRA PÉREZ, Á. (2017). OBOR: las 5 claves de la mayor iniciativa de infraestructuras mundial liderada por China. *Documentos de Opinión*. Instituto Español de Estudios Estratégicos.

RT (29 de septiembre de 2014). *¿Se prepara China para una guerra con Japón y Occidente?* Recuperado de <https://actualidad.rt.com/actualidad/view/141750-china-prepara-guerra-japon-occidente>.

SPUTNIK (18 de abril de 2019). *Consejero de Seguridad de la Casa Blanca reafirma la vigencia de la Doctrina Monroe*. Recuperado de https://mundo.sputniknews.com/america_del_norte/201904171086778861-bolton-reafirma-vigencia-de-doctrina-monroe/.

STAVRIDIS, J. (19 de noviembre de 2014). Vladimir Putin hates the TTIP. *Foreign Policy*.

STEPHENS, P. (9 de junio de 2014). Occidente se muestra débil ante el frente China-Rusia recargado. *Financial Times*.

SUMMERS, L. (2014). Reflections on the new Secular Stagnation hypothesis. En TEULINGS, C. y BALDWIN, R. (ed.). *Secular Stagnation: Facts, Causes and Cures*. Londres: CEPR.

TIDD, K. (15 de febrero de 2018). *Audición ante la Comisión de Servicios de las Fuerzas Armadas del Senado de Estados Unidos*.

WALLERSTEIN, I. (2006). *La decadencia del poder estadounidense*. Buenos Aires: Le Monde Diplomatique, Capital Intelectual.

ZHU, X. (2012). Understanding China's Growth: Past, Present, and Future. *Journal of Economic Perspectives*. Vol. 26, N°4, pp. 103-124.

Prabhat Patnaik

Es un economista y analista político marxista de India. Se desempeñó como profesor en el Centro de Estudios y Planificación Económicos en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Jawaharlal Nehru en Nueva Delhi, desde 1974 hasta 2010. Publicó una serie de artículos y libros muy importantes sobre el tema del imperialismo. Su última contribución, junto a Utsa Patnaik, *A Theory of Imperialism*—editado por Columbia University Press—, tuvo gran impacto en el pensamiento crítico internacional sobre la actualidad de la teoría del imperialismo en el siglo XXI.

Utsa Patnaik

Es una economista y analista marxista de India. Profesora desde 1974 en el Centro de Estudios y Planificación Económicos en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Jawaharlal Nehru en Nueva Delhi. El libro *A Theory of Imperialism*—editado por Columbia University Press en 2016— tuvo gran impacto en el debate sobre el imperialismo contemporáneo.

Ahmet Tonak

Economista marxista turco. Trabaja una diversidad de temas vinculados a la medición y aplicación empírica de las categorías marxistas para el análisis de las tendencias y los ciclos de las economías capitalistas contemporáneas. Es profesor de la Universidad de Massachusetts e investigador del Instituto Tricontinental de Investigación Social.

John Smith

Investigador independiente, radicado en Sheffield, Reino Unido. Es autor de una variedad de obras sobre temas de economía política. Su último libro sobre el imperialismo —*Imperialism in the Twenty-First Century: Globalization, Super-Exploitation, and Capitalism's Final Crisis*— es reconocido internacionalmente en el debate actual sobre el tema.

Atilio Boron

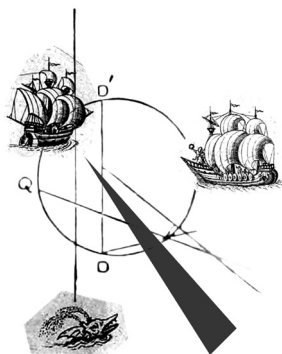
Es sociólogo, politólogo, catedrático y escritor argentino. Doctorado en Ciencia Política por la Universidad de Harvard (Cambridge, Massachusetts). Es profesor de la Universidad de Buenos Aires e investigador del CONICET. Publicó gran cantidad de libros sobre imperialismo, geopolítica y el porvenir de los proyectos emancipatorios en América Latina.

Gabriel Merino

Es sociólogo, investigador del CONICET y profesor de la Universidad Nacional de La Plata. Se especializa en temas de geopolítica y relaciones internacionales. Ha publicado una multiplicidad de artículos sobre estos temas recientemente.

Emiliano López

Es economista, investigador del CONICET y profesor de la Universidad Nacional de La Plata. Publicó diversos artículos y libros en temas de economía política y sociología política latinoamericana. Es miembro del Instituto Tricontinental de Investigación Social Oficina Buenos Aires.



Este libro se terminó de imprimir en junio de
2020 en Imprenta Dorrego,
Buenos Aires.

El concepto de imperialismo tiene mala prensa. Sin duda, en el mundo intelectual y académico hegemónico, se lo trata como un término *demodé*, centralmente ideológico y con escasa capacidad explicativa de nuestra realidad actual. Sin embargo, miremos por donde miremos en el Sur Global, nos topamos con la necesidad de explicaciones globales. La apropiación de bienes comunes en África y América Latina, la expansión de los talleres textiles en condiciones inhumanas de trabajo en Asia, el dominio de la producción de los países del Sur de Europa y Norte de África por empresas radicadas en Alemania y Francia; la dominación del Estado de Israel sobre Palestina; la imposición de la propiedad privada sobre espacios comunales transformándolos en espacios para la acumulación de capital; las innumerables intervenciones militares en Oriente Medio; la imposición del *American Way of Life* a través de la industria cultural estadounidense; no son más que expresiones de que el capitalismo global es un sistema desigualador entre países y regiones.

Por ello consideramos que para entender esta desigualdad global, el imperialismo es un concepto ineludible. Es urgente volver a darle contenido, actualizado a nuestros tiempos y a nuestras luchas, a un concepto potente en términos explicativos e históricamente asociado a las luchas de los pueblos por la liberación. Es tanto concepto como categoría nativa de nuestros proyectos de emancipación del Sur.

Este libro intenta, desde el diálogo y el debate colectivo, construir una nueva lectura acerca del imperialismo de nuestro tiempo. Es una caja de herramientas para entender el tiempo que nos toca y renovar nuestro compromiso militante en contra de todas las formas de opresión. Comprender cómo opera hoy el imperialismo, a través de qué mecanismos, delimitar la profundidad de su crisis y las posibilidades de hegemonías alternativas, permite reeditar el compromiso con la liberación de nuestros pueblos desde el Sur Global. Permite pensar que, en buena medida, debemos cerrar el desangre que implica la explotación de nuestros cuerpos, nuestra cultura, nuestros bienes comunes y nuestro trabajo. Permite reconstruir un piso histórico sobre el cual pararnos, que el Che sintetizaba en que más allá de los desacuerdos tácticos, *«en cuanto al gran objetivo estratégico, la destrucción total del imperialismo por medio de la lucha, debemos ser intransigentes»*.

**BATALLA DE
IDEAS**

tricontinental
Instituto Tricontinental de Investigación Social

ISBN 978-987-47620-0-9

9 789874 762009